Fiticón

Gerardo Guinea Diez

Colección ⁕ Narrativa

MAGNA TERRA
CENTROAMÉRICA

NARRATIVA

FITICÓN

MAGNA TERRA EDITORES

NARRATIVA

© Gerardo Guinea Diez
© De esta edición:
2016, Magna Terra editores S.A.
5ª avenida 4-75 zona 2. Guatemala, C.A.
Teléfonos: (502) 2238-0175/2250-1031
Tel/fax: (502) 2251-4298
Correo electrónico: magnaterra@hotmail.com
magnaterraeditores@yahoo.com

ISBN: 978-9929-651-38-8
Primera edición: febrero, 2016
Ilustración de portada: Fabiana Hernández Guinea

Todos los derechos reservados.

GERARDO GUINEA DIEZ

FITICÓN

MAGNA TERRA EDITORES
Centroamérica

A Armando Maldonado, el tlacuache mayor

Y así, la vida se filtra en nuestra oscuridad,
cumpliendo su parte del trato.
"Viaje celeste"
Autorretrato en espejo convexo
JOHN ASHBERY

«…las causas perdidas no son causas equivocadas,
a menos que ganarlas sea la medida de su legitimidad»
LEON WIESEITIER

EL RESTO DE NOMBRES SE AMONTONAN

Matías Bobadilla y Estela Castañeda eran dos extraños en mi vida. Los conocí un sábado, poco antes de la Semana Santa de 1994, cuando mi oficio de historiador daba paso a fundadas dudas sobre mis destrezas académicas, menos para convertirme en un gran escritor de relatos o un eminente profesor de la universidad, a pesar de que a esas alturas alardeaba una maestría y un doctorado, obtenidas entre México y Washington. Ya no me interesaba la Historia con mayúscula, sino la escrita con minúscula, tan olvidada por las grandes narraciones. Yo, Gabriel S. Lara deseé toda mi vida ser un ecologista o un oceanógrafo, pero la ambigüedad como sentido profundo del país me obligó a recalar en la Facultad de Historia. Y por las caprichos del azar, estaba aquella mañana, frente aquellos personajes. Por invitación de varios historiadores y sociólogos, mis maestros en cierta época, acudí a una casa de campo en San Martín Jilotepeque, donde habría de celebrarse una reunión informal. Llegué de mala gana porque desconfiaba de las solemnidades académicas. Como fuere, era obvio que mi vida resultaba asombrosa a los demás por mi obstinación hacia el fracaso.

Pese a mi mal humor y mis expresiones con insoportable aire socarrón sobre la historia del país, ambos hicieron un esfuerzo de paciencia para restarle oscuridades a mi escepticismo.

No recordaba haber visto a una mujer con esa entereza. Su lucha era la historia de los hijos desaparecidos, justo para demostrar lo contrario: que aún vivían y las madres se mantenían cerca de la sombra de sus cuerpos. Estela, de unos sesenta años, tenía dos hijos desaparecidos, Joaquín y Camilo.

Después del almuerzo, los tres nos separamos del resto de colegas y caminamos hacia la orilla de un barranco sin cruzar palabra y así seguimos hasta sentarnos en un tronco de un árbol caído. A distancia unos niños jugaban pelota. De pronto, se animaron y hablaron de la barbarie que nos afectó y aún nos rodeaba. El tono de su voz era un escape o efugio, no para disimular la verdad, ni eludirla, si no para subrayarla de un modo infrecuente.

Su relato fue como si observara una película de Buñuel: ciudades y pueblos abandonados, llenos de basura y hombres cubiertos de mierda abriéndose paso entre una muchedumbre, igualmente embarrada de pies a cabeza.

Hablaron de violencia, confusión de roles y hostilidad por doquier. En pocas palabras, abusos a granel. Supuse que intentaban hacer una metáfora. Nada más cierto. Dijeron murmurando: la memoria es un pozo que acumula, un sedimento bajo nuestros pies o huellas pintadas en la nada y fuera el retrato del bien y el mal como una maquinación, no sé si divina o trágicamente humana. Contra todas las expectativas, me involucré emocionalmente con esa historia que arrancó en la orilla de aquel precipicio y unos niños en ausencia.

De aquella primera tertulia quedó una pequeña cuantía de presencias fantasmales en el aire caliente de la tarde y horas con sus muertos en la lenta frontera de su ausencia, con sus lenguas de piedra para recordarnos que pese a la orfandad de su silencio, aún vociferaban como navajas heladas.

Matías era un hombre mayor, discreto y silencioso. Pese a su parquedad, esa tarde habló largamente de la resistencia ante las dictaduras, tema que lo obsesionaba con pertinaz frecuencia. Cuando nos despedimos vislumbré la encarnación de Dédalo, el dios que construyó un laberinto que no tenía principio ni fin y que de pronto veía en mí a su hijo Ícaro, para escapar por medio de unas alas.

***

Ahora, ese encuentro volvía para recordarme el desafío que tenía desde hace quince años: escribir un libro imposible. No lo vi en ese momento, pero con los años me di cuenta que entré *a un túnel de luz hacia el infierno,* como bien reza un verso de Eduardo Lizalde, porque meses después empecé a recopilar información sobre los jóvenes desaparecidos durante cuarenta y dos años y las interminables descripciones de la resistencia a las dictaduras.

Para ser veraz, mi primera experiencia con los desaparecidos ocurrió en la adolescencia. Mis padres, sin saber qué hacer conmigo ante mi turbulenta pubertad, me enviaron a Chiquimula para las vacaciones de fin de año, a la casa de mi tío Olegario. Para mi sorpresa, a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue encargarme la compra de una maqueta de hielo, para ello, me dio una carretilla de madera. Así, atravesé todo el pueblo con semejante mandato que serviría, según sus palabras, para poner una venta de granizadas. Comprar hielo no tuvo nada de heroico ni se asemejaba al famoso inicio de *Cien años de soledad*, el despropósito podía justificarse en pocas palabras: estaba enamorado de Elsita Guzmán Arrivillaga, una hermosísima viuda, de unos treinta años.

El apetito de Olegario por las mujeres era legendario, en todas creía ver a las Hamadríades, esas ninfas del bosque del Olimpo de los griegos. Ella vivía en la esquina donde él, terco, la esperaba y ante su indiferencia ideó semejante empresa. Quince días más tarde, para mi fortuna, el asunto se resolvió con el cierre del puesto de granizadas por su anunciado fracaso comercial y porque Elsita terminó rendida ante los embelecos de Olegario. Poco antes de Navidad, le pregunté cuándo se había quedado viuda, a lo cual reaccionó con rudeza, diciendo que no era viuda sino la mujer de un esfumado. Fue la primera vez que supe que esos hechos pasaban en el país con más frecuencia de lo que pensaba.

Elsita quedó, después del hecho, con tres tribulaciones: los hijos huérfanos, las penurias de una viuda de pueblo de buen ver y un sorprendente timbre en su voz que daba pauta a pensar en las más absurdas especulaciones. «Viste cómo habla, mijo», preguntó Olegario. No, respondí. «Cómo, si habla bien rico», contestó, exaltado.

***

Pasé alrededor de diez años yendo y viniendo a reuniones, congresos, exhumaciones, talleres, recopilando nombres y testimonios. Además, invertí buena parte de mi tiempo en reconstruir la biografía de la resistencia, algo que bautizamos con Matías como La Red. A la postre, no sabía cómo proceder hasta que conocí a Susana Padilla. Vista las cosas a distancia, he tardado mucho más tiempo de lo normal en tomar una decisión sobre qué hacer con los resultados de todo ello. Incluso, Matías compartía mis dudas. Lo que en principio imaginábamos de un modo, tomó otro camino y la incertidumbre acabó martirizándonos, porque adquirimos la conciencia de que algo más había que decir.

Matías me refirió por primera vez esta historia con una eficaz economía de medios. Susana, varios años después, entró al ruedo y empezó a presionar para concretar en la redacción de un libro, tantas historias desperdigadas. Sin embargo, fui muy claro, no deseaba agregar o variar el sentido de ese esfuerzo porque creía que sería una traición a los relatos originales. Por lo mismo, dos dilemas cruzándose: la historia de los desaparecidos o la historia de la resistencia. En fin, un mismo argumento con muchas tramas.

Estela estaba atrapada en el primero; me lo reprochaba hasta el cansancio y luego de exponer sus argumentos sólo le quedaba pararse a observar mi infranqueable barrera. Igual postura compartía Susana.

—¿Qué piensas hacer? —preguntaban alarmadas infinidad de veces.

—Completar la información y entregárselas tal cual —respondía sin esa pasión que agoniza, como si fuera un cuarentón feliz.

—¿Cuál información, Gabriel. La que conoces y hemos compartido contigo? Ésa nos la sabemos al dedillo.

—Me temo que tu destino es ser ágrafo —sentenció Estela, en una reunión de los familiares de los detenidos-desaparecidos. Lo que anhelaba era que esos jóvenes fueran vistos en el mundo de los vivos por medio de un gran relato.

Por salud mental, olvidé la frase profética de Estela, y traje a cuento lo dicho por mi tío Olegario, cuando picado por la curiosidad entró en mi cuarto de adolescente y al ver mis libros acomodados en una librera improvisada exclamó:

—¿Quién tiene tiempo para escribir tanta mierda, mijo?

Estela y Susana desconocían la existencia de La Red que a lo largo de muchos años habíamos construido con

Matías, por lo mismo, suponían que hablaba de su lista y no de la nuestra. Mis recurrentes imprudencias ponían en peligro el secreto y Matías molesto sólo observaba cómo me enredaba innecesariamente.

Los reproches se volvieron frecuentes. Exigían conocer la auténtica razón para negarme a escribir una biografía, una novela o lo que fuere. Sin duda, había una corriente de simpatía entre ambas. Acababa creyendo que era una conciencia alerta, yacente bajo esos miles de nombres; mis balbuceos no se organizaban, pero tampoco pretendía andar por la calle denunciando a diestra y siniestra el sinsentido de la vida.

Con Matías suponíamos que debía existir un engranaje que moviera esos nombres hacia la superficie… Mateo, Roberto, Joaquín, Lucía, Carmen, Rosa, Esteban, Héctor…, superpuestos en la absoluta quietud de su perspectiva: su inalcanzable redención, pero ya no como víctimas. Quizá como héroes.

La primera oportunidad que tuvimos de hablar del tema, Matías habló sin cesar de los compañeros que conocía en la costa sur, en la boca costa, el altiplano y las aldeas del lado mexicano. Matías, a pesar de las persecuciones, mantuvo el temple por mucho tiempo. Jamás cejó en la búsqueda de los miles de militantes que sobrevivieron a las cacerías de la inteligencia militar y le atormentaba la suerte de aquellos que luego fueron señalados con el eufemismo «desaparecidos».

—Los que sobrevivieron conocen mejor que cualquiera los detalles del rompecabezas de los desaparecidos —dijo en esa ocasión.

Un año más tarde de nuestro primer encuentro, empezamos lentamente a organizar un plan de búsqueda de sus viejos compañeros que él creía se habían librado de la muerte. Para ello, organizamos agotadoras jornadas de camino hasta dar con su paradero. Ese fue el principio de La Red.

A cualquier hora estaba listo para partir, ya sea a lomo de mula, a pie sobre sendas escabrosas o en autobuses desvencijados. Una visita nos llevaba a otra. En resumidas cuentas, procedía como si viajara al África o a Tierra Santa. Los dos primeros años fueron de búsquedas desordenadas, sin mucho norte, pero su sabiduría encontró, después de muchos aprietos, los recursos más ajustados a nuestros planes; sus manos, que todo lo organizaban, marcaron una derrotero singular por donde nos fuimos sin parar.

El caso es que el trabajo adquirió un ritmo vertiginoso, cotejando una y otra vez la veracidad de los datos obtenidos. Matías no recelaba de las ramificaciones de la investigación. Me sorprendía su espíritu tenaz, su entusiasmo sin límites, su locura, porque al regresar de algún viaje en su semblante era evidente el destello de una intuición recién hallada.

Después del desbarajuste inicial, con su oscuridad ambigua y viscosa, la claridad se abrió paso en un abrir y cerrar de ojos. Algo inesperado sucedió: Matías halló a Víctor, vivía en un rancho a las afueras de un municipio fronterizo entre la boca costa y el altiplano. Fue él quien nos llevaría con Antonio, Bernabé, Otilia, Clara, Orellana, Jiménez y López, el núcleo duro de La Red. Cuando dio con ellos, se puso más animado que de costumbre y no era para menos, los rastreamos más de veinte meses. La reunión con Víctor se fijó en las orillas de un camino de herradura, lleno de cafetales por los alrededores de Colomba, Costa Cuca; sentados en una piedra, Matías repasó los cuarenta y dos años de dictaduras, con su proverbial ingenio las describió con oficio y exhibió los rasgos más acusados de esa realidad esperpéntica.

—El 54 fue un hecho triste. Pero lo fue más la persecución ignominiosa contra Arbenz y el desprecio de la izquierda —dijo, moviendo con un palo, las ramas secas que yacían a su alrededor. No paró de repetir que sufrieron una tragedia, que en su propio obrar, desató un desamparo de tal tamaño que no hemos podido rehacernos.

—Sí, tienes razón —señalé, con la ingenua intención del consuelo.

—Mucha gente admiraba a Arbenz. No hay que olvidar a las Ligas Campesinas que actuaron después que lo derrocaron. Es más, en Tiquisate, por ejemplo, mil campesinos seguidores del defenestrado presidente, fueron fusilados en la finca Jocotén, propiedad de La Frutera. Había que estar ahí, para ver cómo los tractores cavaban las tumbas de las víctimas. Como si dictara un concepto del optimismo: creer que podíamos hacer algo para variar los pormenores; concebir de otra manera la naturaleza de la realidad. Yo, al principio de nuestra amistad, me reía por dentro, porque esa fe no iba conmigo.

En una de las tantas esperas en las veredas de los caminos, contó uno de sus encuentros con Arbenz cuando tenía doce años, en La Alameda, en Chimaltenango, pero el que más recordaba fue un año después en la estación de ferrocarril en Mazatenango. La banda de música del pueblo se reunió en la estación para esperar al presidente asediado. La gente, expuso, iba vestida como si fuera domingo y los niños llevaban ramos de flores y unas banderitas celestes que movían con sus pequeñas manos. Cuando el tren arribó, los pobladores aplaudieron y gritaron consignas. El mandatario bajó y compartió media hora con ellos. Sin embargo, el ambiente de conspiración se percibía y todos volvieron a sus casas con una sensación de irremediable derrota. Un joven Matías lloró el resto de esa tarde y las campanas de la iglesia repicaron hasta desgarrar el ánimo de los presentes.

Bajo las sombras de los cafetales, la charla con Matías me trajo a la memoria una frase de D.H. Lawrence: *cada hombre es dos hombres: uno despierto en las tinieblas y el otro adormecido en la luz*, pero también una certeza: esas vidas quedaron arrumbadas entre mucha porquería, como gotas de oscuridad en la vorágine de ideas erróneas, ajenas a ellos, lentamente hacia la mitad de nada, sin saber qué dirección tomar.

***

Víctor militó en diferentes organizaciones políticas desde 1947 hasta 1987. Es más, sus recuerdos llegaban hasta 1936 cuando los ixiles atacaron al comandante del puesto militar, por sus frecuentes abusos; nos contó con lujo de detalles cómo, días después, fueron capturados siete líderes y fusilados en el acto, asimismo, abundó en los pormenores de la huelga de la cosecha de café en 1945. Antonio, a su vez, ingresó a la guerrilla en la Costa Sur en 1965 y desde ese fecha realizó todo tipo de tareas hasta 1984. En 1980 participó en la huelga de los cortadores de caña y pudo dar fe de la represión sangrienta de los finqueros contra decenas de miles de campesinos. No olvidó que tan sólo en un día hubo 100 secuestros y a la mañana siguiente de los hechos, aparecieron 24 cuerpos regados por las calles de varios municipios y cómo, un mes después, alrededor de 27 dirigentes eran secuestrados y 18 más a las pocas semanas; Jiménez y Rodríguez (Clara), por otro lado, lo hicieron desde 1970, fungiendo, entre otras cosas, como enlaces con la ciudad, se alejaron en

1989, conocían a la perfección las aldeas del altiplano central; López (María) fue el nexo entre Víctor y los viejos agraristas que se refugiaron del otro lado de la frontera mexicana, entre Ciudad Hidalgo y Puerto Madero. Además, Orellana conoció de primera mano a los viejos combatientes y militantes de la Sierra de las Minas y años más tarde, los que lucharon en Petén. Bernabé, un experto en las luchas en Huehuetenango y Quiché, fue testigo del levantamiento de gente del pueblo q´anjob´al, chuj, akateca, poptí, mam. No dejaba de narrar la forma cómo se escondían en los chuj —el temascal—, de la persecución y cómo los alcaldes rezadores —Mamines— llevaron consuelo a las aldeas. Ellos, a pesar del tiempo, aún poseían memoria de la invasión española; Otilia, otro tanto, en Alta y Baja Verapaz. Como sea, historias de pasiones y odio, en medio de un largo recuento de crueldades sin sentido y ellos mismos, como prueba de un soberbio valor para resistir.

Se salvaron de milagro a las batidas de la inteligencia militar, como el hermano de Clara que por varios meses acompañó a la población que sobrevivió en las montañas después de las operaciones del ejército contra San Martín Jilotepeque. Incluso, lloró cuando más de siete mil pobladores se vieron obligados a rendirse y constituir la primera Aldea Modelo. Conocieron a miles de personas que militaron en las organizaciones revolucionarias. Fueron ellos los que nos dieron pistas sobre los detenidos y desaparecidos y los miles que se salvaron de la hecatombe, incluso, de los que alegaban inocencia.

Conforme se tejía La Red de viejos militantes, brotaba lo que, raras veces, hubiésemos encontrado de otro modo: nombres y seudónimos. Los datos contenían retratos parciales, biografías más o menos alteradas por los caprichos de las evocaciones. La información la cotejábamos con la de Estela, quien desde esa época estaba integrada a tres organizaciones de familiares de detenidos-desaparecidos. Desde el principio tomamos una decisión, ocultarle nuestro trabajo para no poner su vida en peligro, así como la de miles de informantes que vencían con apuro el miedo a hablar después de décadas de silencio. Parecía que decían con los ojos: no está de más tener un lugar donde consignar los sucesos.

Constatamos que la lejanía de los hechos, a pesar del aislamiento, no hizo mella en sus recuerdos. Cuando al fin hablaban, los invadía un sentimiento de angustiosa alegría, como si sus testimonios estuvieran destinados a precipitar un desenlace digno de sus historias y su valentía. Después, desconfiaban, se confundían o se contradecían porque no podían olvidar la máquina que tragaba hombres: el destacamento militar.

Matías, durante ocho años, no tuvo reposo y sus sienes lucían a punto de estallar cuando se hacía tangible la locura de la represión y el tamaño de la resistencia. Una noche contabilizamos: miles de hombres y mujeres. No llegamos a conocer a todos, pero sí a unos trescientos. Eran de probada experiencia y pagaron con sangre y desconsuelo su atrevimiento a resistir.

Lo que no aprendimos a juzgar a tiempo fue que esa revista se duplicaba, se oscurecía y aclaraba según cada informante y región. Lo que terminó llevándonos a una pregunta: ¿qué hacer con tanta información? Su contenido, su calidad, su volumen, sobrepasaba el mero interés por el paradero de los desaparecidos y los sobrevivientes. Teníamos entre manos una biografía extraordinaria de la resistencia.

A su vez, se abrió un abismo imposible de evadir: el pasado como un secreto que nunca me había sido dado ver. Para Matías, no fue ninguna sorpresa, vivía desde 1954 en esas profundidades del corazón. Por ello, una noche, sentado a la mesa con una toalla en los hombros y una taza de café en la mano, dijo:

—La verdad, Gabriel, lo que queda de ellos es precisamente su ausencia. Porque detrás de esas vidas existe una larguísima historia de despojos, esclavitud, servidumbre, violencia, abusos, agarradas para el cuartel y maltratos. Por no hablar del racismo y discriminación en todos los lugares del país. Por eso, no te extrañe que el encuentro entre la población y los revolucionarios se diera de modo natural, no hubo precisamente ideología sino coincidencia entre sus planteamientos y las demandas históricas de la población.

De ese modo se fueron los años. Las presiones de Susana crecieron conforme lo hacía mi irresolución. La dificultad estaba que no sabía escribir narrativa. Tal vez si tratara con familiaridad a un escritor daría los pasos en la dirección correcta. A lo mejor pediría su asesoría. Pero, me ganaba la vida haciendo consultorías sobre temas anómalos como «la pertinencia de género en las políticas de saneamiento ambiental», «fortalecimiento de la participación ciudadana en el poder local», «espiritualidad e identidad en los procesos de reapropiación cultural», «empoderamiento en la ruta de construcción de ciudadanía»” y «teorías del cambio», lo cual me impedía cultivar una prosa adecuada. Lo que sí sabía redactar muy bien eran unos informes geniales que justificaban oportunamente el pago de mis cheques. Para ser sincero, escritos ex profeso para esta clase de consultorías que bien podrían llamarse *fanzines* sobre la fragmentariedad temática.

Deseché la idea del escritor, son demasiado egocéntricos. Debí matizar, en cierta ocasión, en México, acompañé a José Luis a una cantina donde había una clientela sospechosa, llena de oficinistas con trajes brillantes y vaselina en el pelo, obreros con la mirada siniestra de la jodidez y estudiantes borrachos. Fuimos a conversar con un colombiano que ahora vive en París. Creí que hablaría con un famoso periodista de France Press. Me sorprendió: también escribía novelas y cuentos. Para cerrar con broche de oro la reunión, resultó ser un hombre completamente normal y sencillo. Esa charla marcó una senda de tres botellas de vodka y una sombra que me perseguiría por una semana. Quedé curado de espantos y prometí que nunca más volvería a encontrarme con un escritor y una botella.

La última: nuevamente José Luis. Lo acompañé a visitar a Monteforte Toledo. «Autor de grandes obras», dijo cuando lo presentó.

—¿Usted qué hace, jovencito? —interrogó con facha de cascarrabias.

Le expliqué que me dedicaba a las consultorías, que no tenía trabajo fijo. También le doy seguimiento a la historia de los desaparecidos y a la resistencia a las dictaduras, dije.

—Carajo, tire a la basura las consultorías. Usted debe escribir una novela —exclamó.

***

Aún no olvido cómo conocí a Susana. Fue hace cinco años en la estación de buses de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Extrañamente celebró mis ocurrencias durante el largo viaje de regreso a Guatemala. Ambos habíamos participado en un foro internacional de justicia transicional. Esa especie de contraseñas que le ponen a puras recapitulaciones de la desgracia y sirven para que los expertos oculten con una refinada corrección política, el verdadero perfil sobre las crónicas sórdidas de las víctimas.

No nos cruzamos para nada durante el desarrollo del evento, ni en los salones ni en los múltiples talleres que se llevaron a cabo. Ese día el viaje tuvo un retraso de media hora, el cual fue anunciado por unos altavoces ruinosos y metálicos. Coincidimos en la misma fila de los asientos de espera. Apenas nos separaba uno. De reojo alcancé a ver entre sus manos el folleto del Resumen Ejecutivo. No podía conjeturar qué pasaba en su cabeza al leer un texto tan plagado de generalidades. En mi caso, había renunciado en el acto después de la página dos. Cosa rara, no se molestó por mi nada discreta invasión y excesiva proximidad.

—Parece que venimos del mismo evento, me llamo Gabriel S. Lara —dije con naturalidad, aunque fue más bien una risa de ahorcado la que me salió.

—¿De verdad? —respondió con un gesto que liberó sus manos.

Minutos más adelante, y ya a la par el uno del otro, llegaron las aclaraciones de rigor y los lentos reajustes al asomarse despacio otro presente sin que nadie viniera a pedirnos los documentos que acreditaran la veracidad de esas horas de vuelta.

Para mi alivio, de lo que menos hablamos fue de justicia transicional. Refirió que estudió antropología en Inglaterra y filosofía y literatura en Barcelona. Cuando ya habíamos cruzado la frontera e íbamos en camino en dirección a abordar el autobús, bajo un sol abrazante se detuvo y se aferró a mi brazo. A juzgar por el rápido vistazo que pude dar a su rostro, estaba repentinamente tensa.

—¿Cómo se puede vivir con la memoria de tanto mal? —aquilató con miedo de constatar que envejecía, mientras iban y venían viajeros de un lado a otro de la frontera.

Unos árboles cercanos desvanecieron sin remedio las difusas sombras que corrían a nuestros pies.

Yo investigaba desde hacía diez años se tema, así que me sabía los pormenores. Sin embargo, contestar a esa hora y en ese lugar me pareció algo demasiado teatral, al final de cuentas, no me sentí capaz de decir algo sensato sin agobiarla o agobiarme.

—*Un hombre en una celda, la celda de su memoria* —logré decir entre balbuceos y tropiezos, refiriéndome a una frase de Beckett.

Vio la hora en su reloj de muñeca y siguió caminando como si no hubiera atendido la frase. Detrás de ella, expliqué que no era cuestión de historias fantasiosas ni pedantería sabionda, simplemente era un memorable pensamiento.

La frase sometía a una distorsión que enfermaba y lo que ella esperaba era un alivio y no el asombro de esa versión desgarrada. Entonces, no me quedó otra que hablarle de Marek Edelman, el único dirigente del gueto de Varsovia que logró escapar a su destrucción. Edelman guardó silencio durante treinta años convencido de la inutilidad de contar lo que había vivido.

Ciertamente mis respuestas no fueron del todo apropiadas, se beneficiaban de una innegable ausencia de entusiasmo o paliativos; aunque correctas, fueron frías como suele suceder con este tipo de tragedias.

—Sigamos —exigió con un rictus cadavérico, chorreando detrás de sí, unos minutos lentísimos como si yo no entendiese nada del argumento.

—Si quieres, te puedo llevar mucho más atrás, las purgas del estalinismo o el sufrimiento de los griegos o más adelante, la ex Yugoslavia, sin sentirnos culpables.

—A veces no todo se pierde —dijo, tomándome la mano, como si fuera la primera regla del juego y que gracias a una suerte inesperada, se anunciaban continuidades.

***

Esas continuidades cobraron vida hasta que sus reclamos fracturaron algo entre nosotros. Intentamos vivir juntos en tres ocasiones, pero invariablemente se interponía el arma de la ruina. Por temporadas lo hacíamos, algunas veces, muy pocas, en mi casa, el resto en esa enorme casota, para decirlo sin menguas. Las treguas perdían su reino cuando el deseo y la carne mordían el cebo.

En una de tantas rupturas, se ahondó a tal punto el vacío entre los dos que supe que éramos dos personas cada vez más tristes, aunque no dependía de ambos y precisamente por eso, accedí a una visión, no sé si más real, pero en todo caso, menos cursi sobre el destino de las relaciones sentimentales.

Esa vez tuvimos una discusión grotesca. Le increpé que no se podía vivir sin convicciones, ni interpretaciones del mundo.

—Ve, quién lo dice —respondió, riéndose.

—No, debemos conocer a qué atenernos. Eso no lo inventé, lo dice Ortega y Gasset en su etapa raciovitalista.

Soltó una carcajada e inmediatamente se puso seria.

—Mañana me voy a Estambul —dijo para zanjar la discusión.

La noticia me empujó a verme como un profesor de literatura griega, hablando sobre los diálogos pastoriles de Teócrito o ahondando sobre la retórica de Píndaro. Por qué no pensé en Pamuk o en alguna otra ciudad, lo ignoro. Horas más adelante, luego de los abrazos de despedida y acarrear sus maletas supimos que no deberíamos arrinconarnos con los compromisos. Lo que nunca sabré es cómo llegamos a esa conclusión. Como sea, después de ese día, antes que abordara el taxi, primer paso en su rumbo a Estambul, ella aparecía y desaparecía de mi vida según sus estados de ánimo y el próximo de sus innumerables viajes.

Su ausencia duró seis meses, en los cuales aprendí a desechar sentimientos marchitos y a conocer a fondo a Piedad Magallanes, con la cual experimentaría una intimidad casi orteguiana.

Caro pagaría con Susana mi indecisión por redactar el libro imposible. El principio de la debacle de mi relación sentimental con ella sucedió una noche a mi regreso de Quetzaltenango. No intuí esa vez que estaba frente al fin vertiginoso de una historia de amor y valentías, y que sólo se resolvería a medias en los siguientes meses. Llegué su casa con retraso considerable, una manifestación en la Carretera Interamericana me inmovilizó dos horas en Los encuentros. Miles de campesinos bloqueaban el paso a los autobuses. Según alcancé a entender, protestaban contra la minería a cielo abierto en San Marcos. En la espera, escuché por el *iPhone* las noticias sobre el desenlace del asesinato de Rodrigo Rosenberg. «La caja de los truenos» dijo el funcionario español al explicar con detalle los entretelones del crimen y el descubrimiento de los culpables.

Cuando ingresé a la sala, la encontré recostada en el sofá con una naturalidad que domesticaba la noche y una gracia difícil de nombrar, invitadora, sucia por las someras delicias que anticipaba. Y a mi edad se agradecía ese preludio del gozo. La observé en silencio tal si estuviera en un museo para persuadirme que sólo ella estaba presentísima en esa penumbra tocada. Me paralicé unos segundos ante esa perpetuidad y fue como si observara *La lechera*, un cuadro de Vermeer que descubrí por primera vez en un libro de arte, reseñado más tarde por Antonio Muñoz Molina en algún periódico que ya olvidé y que después leí en *Aquí*, libro de Wistawa Szymborska; la poeta polaca enumera en seis versos la calma y concentración de la mujer vertiendo leche de la jarra al cuenco, como una llave que garantiza que no haya fin del mundo rondando a la vuelta de la esquina. La luz sobre el cuerpo de la mujer, sus manos, los claroscuros sobre la jarra.

Deseé beber leche y que Susana no me amara como a un buen amigo. El nudo de la noche me reintegró a esa penumbra tocada que cobijaba la sala donde Susana ensayaba su muerte; penumbra similar a aquella de hace años cuando descubrí a América detrás de una de las columnas del Portal del Comercio con su insólita figura menuda como yo nunca había visto. Eran las seis de la tarde y caminaba con un amigo, acabábamos de estrenar nuestra mayoría de edad y la media luz se escurría en su espalda y en sus piernas de seda. Se parecía a la Sunamita, la doncella del rey David y fue como si éste me la hubiera enviado para hacerme compañía los siguientes meses. Atrás de ella, al fondo, el Palacio Nacional era una novedad estilizada y desabrida. Dejé a América en paz, ángel saturado de imágenes y avenidas fugitivas.

Como sea, la imagen de América se rehízo a la deriva y me sentí viejo para cualquier cosa al recordarla como una luna con traje de noche plateado y su arete de diamante colgando en una madrugada eterna. Esas amanecidas se repitieron sin luna ni vestido a lo largo de varios meses, pero fueron fielmente como la originaria: con la señera voluntad que la distinguiera, después de que salía de su departamento a media noche, desde la acera y al asomarse al balcón creyera que era una mujer de cuadro a la medida de mis deseos.

La razón del viaje a Quetzaltenango fue para impartir unos cursos de capacitación sobre escenarios de negociación y conflicto. Temas, para mí, arracimados de aburrimiento. Me acerqué a Susana, dormitaba como una *prima donna*. En mi fuero interno sabía que la escena no duraría más que unos minutos, por lo mismo, me dispuse a disfrutarlo, como ocurría a menudo cuando me esperaba al regreso de mis frecuentes viajes a la provincia. Recogí de la alfombra un libro de Philip Roth, desatendido por su mano derecha. A Roth lo devoraba en inglés. Leíamos cosas distintas y nunca coincidíamos en los temas, como si huyéramos el uno del otro. Ella pasó la mitad de su vida en Estados Unidos y Europa y descubrió afuera la diversidad del país. Por lo mismo, en ocasiones, comentaba con un entusiasmo digno de mejores causas, sobre los más de veinte idiomas que se hablan en el país, como si pillara a última hora el mito bíblico de Babel.

Entretanto, retiré unos vasos y los platos sucios de la mesa y me fui a la cocina. Experimenté la mirada del gato con su retraída sutileza. En eso estaba cuando preguntó cómo me había ido en el viaje.

—El bus hizo más de seis horas.

Me acerqué y le di un beso en la frente. Apenas vestía una playera blanca y larga hasta sus rodillas. Su tez serena, lucía bruñida por un sol de principios de enero. Callé y dejé de prestar atención a un perro que ladraba en la vecindad. También al ruido de un motor que se alejaba. Especulé que era el taxista que me había esperado por si de pronto me arrepentía de entrar a esa casa enorme y lujosa.

—¿Este es el último taller?

—No son talleres, son cursos de capacitación.

–¿No es lo mismo?

—No es lo mismo, pero da lo mismo.

—¿Traes dolor? —preguntó, mirándome con una porfía de estampa piadosa que no le quedaba.

—Un poco, ya se quitará. Un trago me aliviará —respondí antes que intentara tocarme el brazo. Un detalle, sólo eso, porque no halló el modo de explicar el movimiento ni de ponderar el grado de esfuerzo que ello suponía.

Ya no volvimos al tema de la espalda. Siguió de largo, como si rozara un aire abriéndose entre los dos, para contarme con detalle sobre una presentación de una novela de un joven y prometedor escritor. Tuve reservas a la hora de elegir un comentario. Percibió el matiz y continuó con otras cosas y su tono no amonestaba, al contrario, entró lentamente en nuestra soledad y la noche se coaguló en una brusca suspensión mientras buscaba su pañuelo. Se levantó y me dio un abrazo. Luego, se apartó el pelo con sus dedos largos y me hizo sentir fatalmente dramático. Con ella me pasaba, al igual que con América: podíamos hablar pero no lo hacíamos porque una extraña quietud nos afectaba.

—Sírvete un trago en lo que preparo la cena.

—Yo la preparo —protesté.

—De ningún modo, vienes cansado.

—Que tal si mejor cogemos —sugerí, advirtiendo su trasero redondo y perfecto. Ella se ponía caliente cuando la miraba de ese modo.

No lo pensó dos veces. Repitió la rutina de un cuarto de hora antes de la cópula. Es decir, bañarse, porque era obsesiva con el amor limpio, como si se tratara de un paradigma o coger fuera un asunto que venía de lejos, de quién sabe dónde. Yo, en tanto, preparé una ensalada de papa y unas porciones de pollo. Para esperar la regla de los quince minutos, me serví un trago, y hojeé una revista que resaltaba el hallazgo de textos en arameo y hebreo. Me dio igual.

Más tarde, apareció impecable, con una proporción poco más o menos cubista y me llamó a la habitación. Apartó las frazadas y se echó desnuda encima de la cama. Me crispó el filo de tanta belleza, contuve el aliento y cerré los ojos, valga decir que durante unos segundos su talle delgado me cohibió al grado de acariciar la idea de masturbarme para no echar a perder ese delicioso teatro femenino.

Con todo, hicimos el amor y un poco más para que nuestro río, pacífico y lustral no se desbordara antes de la cena. Transcurrido ese lapso, ya había consumido más de cuatro copas de ron, por lo que percibí las pequeñas transformaciones de su expresión, los movimientos gestuales sucediendo en esa familiaridad que flotaba sobre sí misma. Su sombra delgada reflejaba una luz ajena, cambiante que salía de su bello silencio y el disimulo del malhumor en el rostro gentil, por decir lo menos.

Encendí un cigarro y cambié a Chivas Regal, tal vez un amigo más eficaz en esa noche proclive a un entristecimiento, quién sabe, tampoco aspiraba a mi psicoanálisis, porque era arriesgado que se cumpliera en esa nebulosa. Susana lo dedujo porque hizo una pausa para luego regresar a lo mismo: la escritura del libro imposible. Con las cejas arqueadas sostuvo que en mis ejercicios de investigación histórica parecía interponerse una cínica indiferencia gracias a viejas lecturas del anticomunismo local, tan vivito y coleando. Sospeché en el acto una urdimbre anterior por lo que, para paliar algo del reproche, le conté que había leído en el bus de regreso de Quetzaltenango, *Revista de Guatemala*, la número 6, correspondiente al trimestre enero-marzo de 1953.

—Me la regaló Matías —dije.

—Quiero verla —respondió, distraída en convocar a voluntad los deslizamientos del iris y la duermevela del gato.

—Escriben en esa edición, Rafael Alberti, Louis Aragón, Carlos Illescas, entre otros. ¿Sabes qué me llama la atención?

—No tengo idea.

—En esa época un trabajador del campo ganaba 0.26 centavos al día, 7.84 quetzales al mes y 94.05 al año.

—Oíste el lío que se armó con lo de Castresana y Rosemberg —dijo sin evitar que el tema ejerciera su encantamiento simbólico y elíptico, como si fuera la cosa más sencilla de este mundo, para olvidarlo en el acto y resumir con toda seriedad el libro de Roth, *Indignación*, algo que no hizo, afortunadamente.

«Las formas son así y no hay vuelta de hoja; algo tan prosaico se transforma en un asunto de fe pública, quizá si nos diéramos el gusto de la sinceridad todo sería más sencillo», ponderé sin decírselo.

—Sí, puede que ello derive en otra cosa. Incluso, la sospecha sobre los presuntos culpables, científicamente desmentida, tambalea. Basta con escuchar los comentarios en la radio. Aquí nunca se sabe.

—Pero esa es una actitud suicida, ¿no crees?

No añadí ningún comentario a la conjetura. Me abstraje en las bruscas rebeldías sin alguna razón atendible. En cambio, ella presintió que nada de eso estaba encadenado por la seriedad, salvo, por supuesto, que aceptáramos otro orden, otra lógica. Epistemología pura de personajes menores que se las arreglan como pueden.

—Esto no tiene para cuando —dijo.

—El chisme y la anécdota reducen las biografías a una sucesión de historietas que nadie se toma la molestia de desmentir —le expliqué con el propósito de alejarme del crimen más absurdo de los últimos cien años.

Noté cierta suspicacia por la apostilla. Su mirada era como aquellas viejas máquinas de escribir: ponen en limpio tanta cosa desperdigada; ordenan secuencias para atajarle el camino a las amenazas agazapadas. Tomó al gato y lo acarició. Ausculté si salía ilesa de los señalamientos, por los dedos ávidos clavándose sobre la pelambre del animal.

—*Que levante la mano el que quiera morirse siendo útil y sensato* —dije, recitando de memoria a José Luis Piquero. Soltó al gato y se paró ante mi recurrencia sardónica, aunque a mí no me pareció excesiva.

***

Después de cenar, abandonamos voluntariamente las descripciones de Carlos Castresana, el Comisionado de la CICIG, sobre el asesinato de Rosemberg. Me dio la impresión que se divertía conmigo. Su prudencia simbolizaba un beneplácito, o en el mejor de los casos, una manera de resignarse a mi inadmisible costumbre de acumular papeles, cuadernos, libretas y fichas con miles de nombres. Cuando hablábamos de ello le hacía notar que éstas tan sólo eran una clasificación preliminar, que se requerían años y paciencia. Los dos recurríamos, a nuestra manera, a tramas dolidas, salvo que ella lo hacía para indignarse y yo era de los adeptos que creían menos en tantas cosas.

Recogimos la mesa y nos entretuvimos en asuntos domésticos los siguientes cuarenta minutos.

—Me gustaría leer esa revista —mencionó, mientras secaba los platos que yo le iba pasando.

Dudé si había sinceridad en su interés. ¿Le seducía el ensayo del poeta Carlos Illescas, *Apuntes del guatemalteco* o el cuadro del discurso de Arbenz? No obstante, la di por descontada porque no hubo una descarga de fatalismo, al contrario, fue delicadamente casual. Al final me encaminé a un estado de confusión, un poco, nomás. Me sequé las manos y fui por ella. Me arrepentí ya que dejé que me echara una mirada con un aire consternado, luego de leer en voz alta el primer párrafo del ensayo del poeta.

Me interrumpió y calló con un aire de melancolía agridulce. No seguí y pensé en ponerme al día en el *ars amatoria* para redactar un manual sobre seducción, quizá ello contribuyera a amainar la tormenta. También me sería útil algo de estrategia.

Sin embargo, esa consternación se volvió recurrente y fui incapaz de anticiparme a un desenlace. Los últimos seis meses no renunciaba a revelarme alegatos y dejos desiguales, ora un rostro claro, ora unas palabras dolidas. La mañana antes de partir a Quetzaltenango me dijo en el jardín: «aprende el poder de despertar a los muertos». Cuando el taxi emprendió la marcha creí que llevaba furtivamente unos restos óseos en la maleta, entregados a mí por los médicos de la Fundación de Antropología Forense. Abordé el bus con la incertidumbre que ya no volveríamos a amanecer juntos y despeinados, empachados de felicidad.

Nos sentamos en la sala, a la par de la lámpara y fumamos en silencio. A un lado, abierta, la revista. Apuré el resto de Chivas, sólo quería dormir y que me rascara la cabeza como una loca acaricia con las manos a su gato.

—Perdonarás que esta queja pueda parecerte histérica, temática, pero la investigación que llevas desde hace quince años sobre los desaparecidos es oscura. Hasta ahora nadie sabe qué resultados esperas obtener —reclamó como si trajera a cuento una liquidación de saldos.

No supe qué decir. Naufragaba en su turbulento mar.

—Sólo te digo, como un poema de Rosario Castellanos: *el que se va se lleva su memoria, su modo de ser río, de ser aire, de ser adiós y nunca.*

—Eso es literatura, Gabriel —rechistó, desesperada conmigo, abismándose porque carecía del impulso y no deseaba armarse de valor para echarme de patitas a la calle.

Me incliné hacia ella, le besé la mejilla y subí a la habitación. Ya no tenía fuerzas para mentir con gracia, tampoco escudriñar en esa conversación la nobleza de las grandes palabras.

***

Me siguió a la habitación con sus plenos derechos que le daban su arquitectura de nalgas y pechos como una fruta del paraíso. No quitó el dedo sobre la llaga.

—Debes cerrar esa página de tu vida —dijo, viéndose los pies.

—Yo busco una libertad, como señaló oportunamente Alejandro Rossi, que me permita romper con los destinos heredados,—apunté, sin dejar de sentirme ligeramente cobarde.

—Carajo, sigues con la literatura —gritó, enfadada.

—Qué quieres, así soy.

No cejó y rebatió con cólera, fumando y moviéndose alrededor de la cama.

—La única verdad, Gabriel, es el día que comienza y así fue ayer, así será mañana.

Quise imaginar lo que seguía, pero calculé mal. Susana había perfeccionado sus discursos que terminaban en una conceptualización impredecible. De modo que no hablé más para no parecer un idiota.

Apoyado en la almohada, miré su entalladura para escamotear sus reproches. Lo hice desde varios ángulos y todo se desplegaba en curvas: sus muslos, las paredes, la perspectiva con sus cortinas al fondo.

Me vio de cierto modo, lo cual era una salida para presagiar y constatar en mí cierta chifladura, y todo ello al margen de la tarifa a pagar por salir airoso de la discusión, que no trataba sobre fidelidad conyugal, eso hubiese facilitado las cosas; no hubo, pues, el capítulo de las culpas y las disculpas. Más bien se trataba de no dar marcha atrás sobre su exigencia para finiquitar el asunto que me traía de cabeza, según ella. Susana nunca fue muy exigente en los asuntos de pareja y hasta me había enamorado de ella, pero también de Piedad y a su vez, del recuerdo de América.

Su postura tenía que ver con principios o cuestiones de un vocabulario axiológico que desconocía. Me asustaba sobremanera la apología sobre el deber ser. Odiaba tener que purgar esos pecados. Uno llevaba a otro, y derivaba en otros peores. Lo más cómico era que no sabía a qué pecados se refería. Simplemente exigía que aceptara convivir con ello para encontrar, según ella, un nuevo espíritu. Cada que podía me hacía a un lado para que no me atropellara esa avalancha.

—Juguemos con tus reglas. De Chirico escribió: *demasiada felicidad, como demasiado dolor, debilitan la fibra moral* —sostuvo, sintiéndose vencida.

—No comprendo.

Para bien o para mal, enumeró las huellas reconocibles de mi vida. Su discurso fue como leer un diario escrito en un cuaderno de suavísimo papel y pulcra tapa. No fue mi noche, la del viaje desastroso desde Quetzaltenango, tampoco su mejor litigio entre almohadones y esa lujosa alfombra donde se sentó con un abandono mezclándose con cierta intemporalidad y una sabiduría dictada hace mucho tiempo; no deseaba ser ejemplar, deduje, quizá sólo le restaba esperar una carta que no llegaría nunca.

—Hay asuntos sobre los que nada dices —reclamó. En sus ojos era inocultable la censura a mi actitud.

—Me temo que algunos no tienen sentido —respondí para no verme obligado a dar detalles sobre La Red.

—¿Y tirar a la basura quince años lo tiene?

—Unos son más listos para ciertas cosas. Tienen algo que yo no tengo. No me preguntes qué.

—En la política como en la vida, corremos el riesgo de sustituir un conformismo por otro —reviró, dando a entender que mi actitud apuntaba a incorporarme a una sociedad cuyas costumbres eran el reverso de lo que procuraba rechazar. Por mi cabeza pasaron todo tipo de imágenes. Deseé irme por las ramas. Para Susana, lo mío estaba en el avance paralelo de tiempos asimétricos: un día era coherente, otro, infantil y torpe.

Esa noche sólo se me ocurría oponerme con cinismo a esa exigente rendición de cuentas. De ningún modo deseaba tirar a la basura quince años de trabajo, pero no lograba aún resolver el dilema del inicio por mis deficiencias gramaticales. En otras palabras, el lugar común de la puerta de entrada de una narración.

—No se trata de ejercer un historicismo ornamental —argüí.

—Menos te queda ese aire de resignación —reprochó.

—Está bien, yo sé que algo no va bien, pero no creo que sea genuino escribir cualquier estupidez con tal de salir al paso de esa complejidad. No deseo ser arrastrado por las rutinas.

—Dejemos las metáforas —exigió.

—¿Cuáles?

—Yo sé que desde hace décadas, la épica perdió su paso. Pero debes sentarte con seriedad a ordenar esas historias y compartirlas. Succiona su miasma y su detritus.

—Ve, ahora eres tú la de las metáforas.

—Deberías leer más poesía —aconsejó.

Sencillamente la disyuntiva se enunciaba en cómo arrancar con esas historias de una naturaleza tan esparcida y evitar a toda costa escribir sobre banalidades. A su juicio, lo que me perdía era mi falta de ambición.

—¿Poesía?

—Apollinaire, Gimferrer o Hölderin —agregó, con un discernimiento de fondo. Y es que alguien con estudios en Europa podía alcanzar esas asociaciones sin gravedad o porque poseía afinidades probadas con esos autores.

—Los leeré, lo prometo. Aunque me parece que terminaré escribiendo en el tono de unos ejercicios espirituales, según recomienda la sabiduría ignaciana.

—¿Cuándo podremos hablar en serio?

—Lo más sensato es mostrarse sin intención, vacío, sin canon.

—Eso es hermenéutica de tercera —señaló con un camisón de dormir en las manos. En cambio, yo me quedé con las manos juntas y el mentón hacia abajo dibujando figuras al estilo Derridá.

El efecto del Chivas había desaparecido por el antagonismo. Era la primera vez que llegaba tan lejos; yo anhelaba el placer de la continuidad a secas, ella, un exceso de laceración. Sin embargo, tuve fuerzas para decir:

—Los desaparecidos surgen con mucha frecuencia como variables de una ecuación, el problema es que resulta muy arriesgado postularlas así por así. ¿Y el resto de variables?

Quise preguntarle si vislumbraba la lectura en clave de una tradición trágica de los desaparecidos. Era muy tarde, ya se había puesto el camisón y echado sobre la cama. Sonrió y me dio un beso antes de dormirse.

***

Acababa, sin saberlo, de empujarme hacia una ansiedad pertinaz. Mi perplejidad me llevó a buscar más Chivas en el comedor y quedarme hasta las cuatro de la madrugada, cavilando alrededor de la confesión terapéutica de Susana, lo cual desfasaba cualquier pretensión de claridad y complicaba más mi precaria situación emocional. Ella ya no soportaba mi retahíla de excusas, pero tampoco yo quería escribir un culebrón sobre justicia transicional que, además, para mi infortunio, fuera asumida teatralmente por la corrección política.

En otras palabras, quince años después, estaba ante el peligro de caer en un libertinaje retórico que en última instancia, fuera susceptible de una confiscación ideológica o en el peor de los casos, sufrir un saqueo por algún discurso del poder. Intenté despertarla para explicar el sentido de la metáfora que bloqueaba mis esfuerzos para concretar lo que ella demandaba.

Pero le asistía la razón, estaba al borde de convertirme en un autista si no cerraba ese capítulo de mi vida. Mi inconsistencia era real: un desajuste que prefería apelar a las justificaciones meramente discursivas, algo más cómodo que el radicalismo de algunos textos. Cosa curiosa, en menos de 24 horas mi sentido de la vida daba un giro radical. Es más, bastaron sólo tres para la exterminación de lo poco que me sobraba de temple. Susana fue esa noche un personaje de novela: me dio una terapia moral.

***

Recapitulé: en esos años he buceado en un lago de nombres sin rostro. Entregado por entero a ese apuro, volver al pasado a través de episodios en declive, barridos cuidadosamente bajo la alfombra, me condujo a asumir el riesgo de convertirme en estatua de sal, aspecto que señalaba con tenacidad Susana; lo hice a condición de conocer lo que fuimos, o al menos, acercarme a ciertas convicciones sentimentales como un lapso derretido e ingrato.

Frente a su exigencia vislumbré un camino: para narrar el mal regresaría a la niñez, la edad de oro, con su realidad inventada y su ángel de la guarda que nos protege de un presente caótico e incierto; no sabía si es el mismo ángel que acechó a Eliot, tal vez fuera el ángel de la vida no vivida.

Tan grande era el derredor del lago que sólo podría sentir alivio dando la vuelta a mi pasado y juzgar a ellos que también fueron niños y murieron jóvenes. Tampoco ver hacia atrás, podía ser un mal augurio. Más bien se trataba de traer a cuento el recuerdo de algo que tuvimos amasado por la levadura de deseos y miradas.

***

El gato pasó pedaleando por en medio de mis piernas. Se aburrió del calor de Susana. El principio estaba ahí, pensé. Su reclamo era un hilo blanco que se batía alrededor del comedor y el vaso de whisky. La estatua del gato me recordó esa juntura de la memoria que descubrí de refilón hace años en un verso de Salinas: *Di, ¿te acuerdas de los sueños, de cuando estaban allí, delante?*, pero también, después de una borrachera, cuando leí *Me acuerdo* de George Perec, que a su vez me llevó al *Si, io mi ricordo* de Mastroiani o *I remember* de Joe Brainard. En esas frases estaba contenida la niñez con el croquis de su antigüedad, Me preguntaba cómo trazar un itinerario definido que me llevara a esa niñez que sucedería a su vez, en un balcón desde donde vivía la infancia y la juventud de estos héroes. Tal vez podría verlos cruzar el vestíbulo de los días o desde un ángulo del tragaluz recobrar los colores naranja de sus tardes cuando hablaban con sus madres de cosas menos peligrosas o susurraban a sus jóvenes amantes todo tipo de porquerías.

El reloj de pared alargaba la noche tan lejos que ninguna pesadilla podía alcanzarla. Aludí a la adolescencia y los escarceos en las pensiones baratas con las mujeres que me educaron con paciencia y me develaron las nieves perpetuas de sus saberes. Sus besos trastornados y su gloria purísima, que bajaba de sus vientres, estimularon un desarreglo: mis caídas en constantes figuraciones. Después de esos júbilos y delicias exactísimas, llegaba a mi casa y me encerraba en una habitación al fondo y se me ocurría que existía un lenguaje —o debería haberlo— que correspondiera a ese extraño universo encerrado en pocas palabras. Y comencé a inventar oraciones, enunciados y adjetivos, que no expresaban nada, pero eran la prueba palpable, según mis desvaríos, que andaba en el camino correcto.

Éstos durarían el resto de la adolescencia, hasta que mi padre me dio un billete por haber terminado la secundaria. Con éste compré *Rayuela* de Julio Cortázar en una librería del centro de la ciudad y la vida cambió. Olvidé mi gramática novísima y decidí que era hora de ir con más frecuencia a las pensiones a seguir instruyéndome en los abismos con mujeres de bocas de silencio con la vana ilusión de encontrar a La Maga.

***

Apagué la luz y me dirigí a la habitación. Antes, me retraje de rescatar mi gramática novísima en esa noche amarga. El olvido obligaba a pagar una cuota adicional y se comportaba como una meretriz. Como sea, pude recobrar en un santiamén una sola frase de todo aquello: *aromático del fiticón.*

El descubrimiento hizo que subiera las gradas a grandes trancos y despertara a Susana.

—Oye, ya tengo la solución —susurré, sacudiéndola. Ella abrió los ojos, se apoyó en un brazo y me vio.

—Sí, *aromático del fiticón* —dije, con atropello.

—Por favor, Gabriel, mira la hora —suplicó, metiéndose la punta del dedo en la boca. Luego, se dio vuelta y continuó durmiendo.

LA GRAVE DESTREZA DEL DESTINO

Cuatro horas después, Susana recostaba su cabeza sobre mi hombro, en paz. Tenía el pelo revuelto y sus pómulos eran un ave invisible, lucían como una soledad poblada de penumbra. Reparé en esa sensación física y en un placer empeñado en que nada de ese instante fuera falso ni desmesurado. Algo me decía que se grabaría en mi memoria con el único fin de que no se extraviara y permaneciera oculto y perenne. La enorme televisión de plasma emitía un documental sobre comidas exóticas. Ya no había rastros de la discusión de la noche anterior, la pulsión negativa se deshizo a lo largo de la madrugada.

La resaca por el ron y el whisky era espantosa. Había bebido demasiado y llevaba muchas horas sin comer en forma. La pasé mal los siguientes minutos. Persistía mi resistencia a enfrentar lo que según ella era un claro subproducto de lo que definía escénicamente como anomia nacional, lo cual no me gustaba tanto. Me distrajo un plato realmente asqueroso que mostraba el conductor del documental. Volteé la vista a la pared casi vomitando. Después, me las arreglé para pensar en otra cosa. Me retraté con una agraciada caligrafía ejerciendo de copista el resto de mi vida. Desistí en el acto. Era jueves y semejante disparate no ayudaba a reconciliarme con mi condición de prófugo de sí mismo. Decidí cortar por lo sano.

Tal fue la fuerza y convicción del reclamo de Susana que tuve ganas de salir corriendo a comprar una libreta escolar y escribir la historia de esos jóvenes. Me escandalicé porque también deseaba escribir la biografía personal de los proxenetas del centro de la ciudad. Ellos gozaban de cierto parecido con los victimarios de los muchachos; debía llamar a Matías para que dictara las decenas de leyendas que conocía desde que poseía memoria. Sólo él podía llevarme a esa ventana que daba al pasado para mantener a flote la vida que pendía de un hilo. Cerré los ojos y me abismé en otros pensamientos. Tampoco eran muy claros. En el fondo, otra vez la ventana de Matías, quien me esperaba afilando unos lápices.

El programa de asquerosidades culinarias había finalizado. Anunciaron un documental sobre islas paradisíacas en el Pacífico Sur. Sobrevino una continuidad sin borde que abrió paso a la necesidad de escribir; era clara y con densidad, pude leer algunos párrafos propios del argumento de una novela. Susana gozaba su duermevela. Algunos episodios no encajaban con el concepto que había construido con Matías. Aunque los desaparecidos cobraban protagonismo, lucían arrebatados de su juventud y su silueta no era definitiva.

No estaba claro de dónde provenían estas visiones, si de la presión de Susana o de la resaca. Desvariaba y ponía de relieve la posibilidad de asumir escrupulosamente los riesgos de escribir sobre los jóvenes. Temí ganarme un peldaño más en mi bien lograda reputación de estrafalario. Poner por escrito esas amarguras interminables, es un riesgo en este país. Hice a un lado a Susana, fui al baño. Un escalofrío sacudió mi espalda cuando oriné. Me asomé desde la puerta, todavía dormitaba. Bocabajo, aturdía y hechizaba su estampa. En este día no habrá espacio para purificaciones, pensé.

Bajé a la cocina, abrí el refrigerador, necesitaba con urgencia agua fría. Para mi suerte, encontré lo que quedó de la botella de Chivas. Imposible olvidar esa visión extrema de los jóvenes que ahora serían mucho más viejos que yo. Era necesario salvarlos del olvido, dije, entre dientes. La huella de lo cursi tropezó con la frase que no aportaba ninguna tensión, aunque sí la tenía, pero en términos completamente opuestos.

Si compraba la libreta escolar escribiría un libro infinito. Ahora bien, cómo enfrentar, no la hoja en blanco, sino la libreta en blanco; era una pesadilla similar a la de contar ovejas. Haría muy bien valerme de un arrebato para listar los muertos desde el primer día. Tras contar los más de quince mil días, terminaría haciéndome la misma pregunta: ¿cómo se llamaba el primer muerto?

El gato dormía a pocos centímetros de mí, sentado en uno de los bancos, con una nube de sueño en la cabeza. «Me conviene hacerme a la idea de que tendré miles de lectores, eso sí, después de que sepa el nombre del último joven muerto en la guerra y redacte un texto donde no haya reglas del juego». ¿Cómo trastocar el horror en ruptura?, pensé.

En todo esto, el secreto estaba en la maña. Ronroneaba por mi cabeza *aromático del fiticón*. «Si leyera *El tesoro de la juventud* podría ser más fácil dar cuerpo y principio a una novela, una biografía...», creía con sincera ingenuidad.

Me senté en el otro banco, a la par del gato, y recapacité en la frase que un familiar lejano me dijo alguna vez: «debes reconocer de una vez por todas que la escritura de la vida de estos jóvenes es un empeño ineficaz. Sería más fácil empuñar un cepillo de dientes frente al espejo».

La frase *aromático del fiticón* duraba en su lugar. La situación se parecía a la mueca cuando colgamos el teléfono, porque se nos olvidó añadir un último comentario y ya es demasiado tarde para ello. ¿Empeño ineficaz?, apelé, como si tuviera un interlocutor y no al gato, lo que en buen romance quería decir locura o en palabras de mi tío Olegario: «hay que ir al hueso, mijo, si no quieres terminar en el manicomio». Lástima de esa sabiduría de los orientales, porque había que decirlo con todas sus letras, muchos terminaron en torturadores eficaces y sin misericordia.

***

Susana bajó de la habitación con una extraña lozanía, como si hubiera adelgazado durante la noche. Se paró con una facha de garza pariente del fénix de los egipcios para reafirmar que aun con su amor confuso, podía perfeccionar el fluir de la vida para que no me arrastrara con sus lastres, y me arrojara sin cara de circunstancia a ella.

—¿No hay café —preguntó, bostezando.

Traía en las manos un grueso volumen. Alcancé a leer el título: *The letters of T.S. Eliot.*

—¿Y ese libro?

—Es la correspondencia de Eliot. Lo compré en Nueva York —dijo, sentándose en uno de los bancos de la cocina, mientras preparaba el café.

—¿Ya lo leíste?

—No, apenas hoy empezaré —aclaró. Lo colocó sobre la barra de la cocina. Me llené de envidia. Olió el café y me vio con su felina percepción de que no pasaba por alto mi intención de hablar de otros temas; según yo, mi interés por Eliot borraría del ambiente la tensión.

—Gabriel, lo que te voy a decir, lo he pensado no meses, años creo, así que escúchame: *pase lo que pase, se acabó.*

Un acre remordimiento se apoderó de mí. Callé por la convicción de que no debía seguir hablando porque ella no cedería sobre su exigencia de que me pusiera a trabajar de inmediato en los desaparecidos, menos que confesara en ese instante la existencia de La Red y los sobrevivientes. Dio un sorbo a su café y la parquedad de sus palabras fue su mejor virtud porque las cultivó con un esmero que hirió y ensució mi cobardía. Bueno, no sé si cobardía, como sea, me salté ese ingrato plan y me entretuve en su pequeño reloj de pulsera, sin resolverme a preguntar qué significaba eso de *pase lo que pase*...

—Según Pascal, nadie vive de manera estable el presente —dije.

—Conociéndote, dudo de tus contribuciones, son de procedencia desconocida. No sé si lo haces para demostrar tus conocimientos sobre esos hombres o es para ponerte al margen. Es difícil distinguir con claridad la diferencia.

—He acumulado diez, veinte mil fichas, no me he puesto a contarlas, pero cada vez se acumulan más y desentrañar la historia de cada una sería un esfuerzo interminable. En quince años apenas tengo completas unas cuantas, aunque no depuradas; existen datos contradictorios, oscuros… Además, no se te olvide la existencia del Archivo de la Policía Nacional.

—Sí, lo sé.

—¿Tienes idea de cuántos documentos están archivados?

—No.

—Alrededor de 31 millones, fechados entre 1960 y 1996.

—No sé a qué viene esta precisión.

—Para que pongas en contexto el asunto. En seis millones de estos documentos se mencionan hechos relacionados con detención, secuestro, tortura, asesinato, homicidio, violación y desaparición.

—Sigo sin entender.

—En 400 mil documentos se reporta el delito de secuestro, en 250 mil el de desaparición.

—Eso no es nada nuevo.

—Ya lo sé, pero tampoco estoy dispuesto a sumergirme en millones de folios para concluir lo que ahora sé.

—¿Qué sabes ahora?

No caí en la trampa, no era momento de confesiones, menos de pormenorizar sobre La Red con cientos de miles de nombres que eran más que las interminables listas que Estela me había proporcionado y que yo también acumulé recurriendo a otras fuentes.

—Ya tienes algo por dónde empezar.

—¿Empezar qué, Susana?

—Un libro de testimonios, una novela, un informe. Qué sé yo, Gabriel.

—Pierre Michón dice que *la verdad que pongas en el corazón de tu mentira será lo único que podrá absolverte.* Algo más: no poseo sentimientos de salvación ni cosas por el estilo.

—Esos aportes eruditos incrementan a un grado mayúsculo tu necedad de inventar farsas desproporcionadas.

—¿Farsas desproporcionadas?

No respondió, buscó al gato y se fue a la sala; antes, se sirvió más café y tomó el periódico como si nunca me hubiera prestado la debida atención. Una atmósfera de payasada me rodeó, sin que me lo pudiera explicar de manera razonable.

Me fui detrás de ella, con la confianza de que en los siguientes minutos todo se simplificaría con algunas aportaciones cínicas de mi parte, ante las cuales, ella se interesaría vivamente al decir: «quiero ayudarte a escapar».

—No aspiro a publicar el listado de los desaparecidos, eso a todas luces es insuficiente. Quiero contar la vida de cada uno: qué estudió, en qué lugar trabajaba, sus hijos, hermanos, tíos, sobrinos, esposa, padres…

—Nunca terminarías —interrumpió.

—Además, es una indecisión que encaja tan fácilmente con la indecisión colectiva para abordar esos asuntos. Cuando intento hacer algunos bosquejos y empezar a escribir, pienso en las palabras de Thomas Mann…

—Otra vez con las citas de memoria, por favor, Gabriel…

«…escribir al borde del acantilado, entre la belleza y el cieno, entre la estética y la putrefacción».

—Lo tuyo se parece a la tragedia griega cuando Antígona no puede enterrar a su hermano —agregó, con la vista en las páginas del periódico.

En ningún sentido me era posible enfrentar ese fracaso que tan puntualmente señalaba. Ella podía sustituir la gran libertad de su vida por sus creencias y no necesitar de mí. En cambio, yo no podía sustituir la gran incertidumbre de quince años para sentarme los próximos meses a escribir una historia que, para ser honesto, necesitaba de una consagración de la vida entera.

Una espesura se agrupó cuando pude verme en un mar de papeles, notas, fichas bibliográficas incompletas y la tortura de las pruebas de imprenta. Por no decir de los desvelos por perseguir a un prologuista, especialista en justicia transicional y que, además, se distinguía por preparar ediciones críticas de temas emparentados. Y todo para qué, para organizar palabras que nombraran fantasmas, pero también vidas derrotadas por la ficción. Juegos, nomás, para aplazar la presencia de la muerte que los alcanzó como el eco del mar y deshizo su irresponsable alegría.

Su demanda desató sentimientos encontrados. ¿Estaba en lo correcto? Sus señalamientos se reducían a frases directas, casi obscenas por su sinceridad. «Ir al hueso», como sugería mi tío Olegario. De inmediato pensé en yacer con ella. El camisón traslucía sus rosados pezones, tensos en la tibieza de su sombra, esperando la respuesta imposible, o en cualquier caso, que le prometiera que trabajaría con ahínco en la historia de los desaparecidos.

Desde un punto de vista mundano, y para no parecer un maestro de ceremonias y su manoteo desorganizado, le dije que me parecían razonables los señalamientos sobre dicho asunto y que de ningún modo echaría en saco roto su opinión.

—Me parece sensato de tu parte —contestó, deliberadamente animosa.

Dejó a un lado la lectura de las noticias y alzó la vista. Comprendí que sin ponernos de acuerdo, conveníamos de inmediato en que era preciso considerar con detenimiento un proyecto de trabajo.

—Sólo me falta afinar algunos detalles. Por ejemplo, salir a la calle y soltar cintas de colores por la boca —dije.

Se rió, aunque disimuló sus tinieblas ante la broma y mi arraigada tendencia al regateo.

—No se te olvide que han sido las madres, esposas, hijos, hermanas, quienes los han buscado sin descanso —señaló.

—Nunca. Sabes, lo que me impresionó de aquella reunión de hace quince años, fue que ninguna de las organizaciones revolucionarias reclamaran el paradero de sus militantes. Pura lucha familiar.

No sé porqué sonrió apenada. Movió nerviosamente sus manos durante unos segundos. Sacudió la cabeza y realizó un esfuerzo para pensar si prestaba atención a esa confesión.

—Es más —dije—, lo que me llevó a obsesionarme con el tema de los desaparecidos es que un ochenta por ciento no pasaba de los veinticinco años, el resto, apenas rozaba los treinta y tres. Así fue durante cuarenta y dos años.

Entonces, fui yo quien sonreí cada cinco palabras, como si alguien de pronto fuera a pedir un fuerte aplauso. Moví afanosamente los brazos en búsqueda de su aprobación. Susana volvió a comparecer. Lo hizo tan pronto como pudo, veinte segundos más tarde, apenas restablecida del efecto del dato. Fue y volvió de la cocina con más café.

—A vos, que tanto te gustan las metáforas, te contaré lo que observé en el metro de Tokio. Ahí, un músico ciego tocaba una especie de chelo, shamisen lo nombran los japoneses, es de origen chino. En China se conoce con el nombre de san-hsuan, es un laúd de tres cuerdas. Pues, éste interpretaba una melodía que resumo en seis palabras: el sonido poseía la grave destreza del destino.

Quise preguntar si el recuerdo —cualquiera que fuera éste— tenía principio y fin, y si ese fuera el caso, en dónde empezaba y dónde terminaba. Me abstuve de volver a la frase: «pase lo que pase, se acabó». Sin duda había ganado tiempo para que no me sacara a empujones de la casa. Tampoco quise afirmar: «lo que ha ocurrido no tiene remedio. Salvo, consignarlo de forma ordenada». Pero ella había dejado de lado el camino errático de mis respuestas.

La escena del laúd me trajo una hondura en todas partes y era hora de franquear la muralla que erigió, sin embargo, ella ya se había escurrido inteligentemente. Se mordió las uñas y contempló lo mejor que pudo, el miedo que golpeaba mi voz. Ocultó una particular curiosidad sobre mi interés por complacerla; sus ojos inventaban una lluvia detrás de las cortinas o un proceso de declinación, como voces al teléfono o una sombra azul de la crueldad que no se detuvo ante los cadáveres.

Ese generoso lapso del miércoles a jueves fue como si nada sucediera. Para concluir, dejé pasar el tiempo, sin siquiera balbucir la idea que me abrumó poco después del sonido del san-hsuan: la sangre derramada para expiación de todos, como la del cordero.

La sentí avanzar hasta irse haciendo desnuda y entrar al baño de visitas. Un ligero temblor de mis manos la siguió más allá de su sonrisa, desfigurada detrás de la puerta entreabierta.

Asumí que la tormenta de la frase «pase lo que pase, se acabó» se había disipado porque horas más tarde decidimos almorzar en un restaurante francés de la Zona Diez. Era un lugar amplio con una vista espléndida hacia la avenida que aún conservaba algunos árboles centenarios y bugambilias de rojos violentos. Cuando apenas empezábamos con la ensalada presenciamos desde nuestra mesa un asalto, seguido después de un tiroteo. Por supuesto, no faltó el operativo de la policía, ello después de la sopa. Por suerte, fuimos nada más «testigos presenciales», como suele escribir la jerga periodística y policial. Fueron momentos desagradablemente curiosos por la sordina de su infierno. Desde unos cincuenta metros vimos un abanico de heridos y rostros con sombras acumuladas. Le dije a Susana que esos hechos me parecían meras representaciones de un significado que aún como sociedad no desciframos: sombras moviéndose sin fe.

—Eso apesta a arrogancia juvenil —apuntó, mientras metía la punta de la lengua en la copa de vino.

Volteé la vista a la calle para comprobar si encontraba algún punto de apoyo y cuyo vínculo explicara lo que sucedía. Pero no hubo ese *algo más* entre el almuerzo y los hechos, responsable de esa situación, aunque tampoco podía descartarlo mediante un mero ejercicio de aburrimiento, producto de la comparación.

—¿Arrogancia? —reaccioné segundos después.

Susana, bondadosa, sonrió. Bamboleaba la cabeza de arriba abajo.

—Qué mala pata la nuestra, ¿no crees? —añadió.

Subí los hombros y me serví más vino, la resaca de la mañana había quedado atrás. Había tomado un whisky para entrar en calor, con la ensalada elegí un Chablis y con la carne, un Rioja. Faltaba el postre y el champagne. Ella desdobló con parsimonia la servilleta y retuvo la frase que venía.

—Tengo que viajar el próximo lunes.

—¿A dónde?

—A Buenos Aires.

Por cierto ingenio tuve presente el sur de Buenos Aires, los hinchas del Boca, los zaguanes con ancianos y niños; una sutileza abrió una ventana hacia hermosísimas mujeres que parecen un milagro, como el bandoneón de Piazzolla. Recité en silencio un poema de Borges y me dio gusto recordar a Piglia.

—¿Y vos, qué harás los próximos meses? —preguntó.

—Ya te dije, voy a concentrarme en terminar el trabajo de quince años. Tienes razón, llegó la hora que ponga punto final a esa historia.

—No me refiero a eso. Digo, ¿tenés trabajo?

—Suficiente. Al menos tres consultorías para los próximos seis meses.

A la mitad del postre, sin apresurarse, no había razón para ello, fue sutil para remarcar que no estaba resuelta a poner fecha a su regreso.

—Sabes qué, Gabriel, estás cansado de las hipotecas políticas.

—Puede ser. Ante tantas historias de jóvenes y su muerte civil sin caja de muerto, ni lápida ni sepulcro, sueño con elaborar algo así como una Teoría de figuras, imperfecciones y nombres. Con un sugerente subtítulo: el pan y la paga. La paga por eso de la obediencia.

Afuera continuaba el barullo de sirenas, bomberos, curiosos y periodistas apostados detrás de los árboles con cámara en mano. Otros, más osados, se arremolinaban en torno de los heridos uniendo sus manos para soportar el mediodía del jueves. De vez en cuando un mesero se acercaba, los otros se acomodaban el chaleco rojo y conversaban en voz baja en una esquina de la barra, vigilando la acera a una prudente distancia. Susana entrevió sucesivamente el miedo y la rutina. Vació la copa hasta congelarse en una imagen de cine, Charlize Theron o Scarlett Johansson en cualquier sala para acercarme su sonrisa.

A la par de nosotros, dos mujeres jóvenes contemplaban con horror hacia la calle. Una de ellas se fijó en mí con ojos de un brillo sucio, como si yo tuviera antecedentes penales por mi irrebatible irresponsabilidad moral. Era bonita, sin duda, pero sus facciones duras me permitieron refrescar unas palabras de Vila Matas sobre aquellas mujeres que tienen el rictus de teléfono móvil. Esa caracterización se me fijó en la memoria porque provenía, según el escritor, de Guido Ceronetti, un experto en «mundos borrados», donde me había sumido con la colaboración de Matías y Estela.

—No sé si son las hipotecas políticas —recusé, después de pensar en esas aboliciones como meros embelesamientos.

—¿Entonces? —preguntó, al tiempo que pedía la cuenta.

—Con esos expedientes me pasa como la reseña sobre una obra inédita de Balzac, cuando dijo que Pascal, evocando a Zenón, creyó que «también en la pequeñez y en los espacios limitados nos podemos encontrar con el abismo y con la forma más perturbadora e indigerible del infinito».

—¿Infinito? Por favor, impunidad, diría.

—Puede ser.

—Gabriel, los desaparecidos no son una abstracción de arqueología forense. Los familiares han peregrinado con sus azadones por las cunetas…

—No sólo las cunetas —puntualicé.

—Es un decir, Gabriel —justificó, molesta.

Sin asomo de mala conciencia agregué que no había que buscar explicaciones ni corregir los detalles de no sé qué destino; ello significa poco menos que dejarse llevar por la melancolía. José Emilio Pacheco alega que la melancolía es «la disneylización de la memoria».

—Nadie te pide explicaciones, menos, estudios de melancolía.

De todos modos, dije, no estoy seguro si hay que contarlo así.

—¿Cómo?

No respondí. Me opuse a preguntar por qué estaba obligado a escribir esa historia. Creí que iba a pararse, pero retrató con precisión y abundancia de ejemplos, cómo ciertos personajes cambiaron algunos detalles y silenciaron otros, todo en pro de la pureza de la lucha del Estado contra sus enemigos.

Le aclaré que eso lo sabía de sobra. Mantuvo la cabeza rígida y esbozó por simpatía, un gesto de complacencia, y de vez en cuando, aprobaba mis palabras, balanceándose de arriba abajo.

Me aturdí entretanto unos diez minutos y vi cómo bailaban unos hombres desnudos con colas de animales, intentado atrapar a las dos mujeres vecinas de mesa. Desvanecido el lapso, las colas y los señalamientos, traje a cuenta las palabras de Alexander Herzen, quien dice que las revoluciones no dejan un heredero sino una viuda embarazada. Ello lo comprendió muy bien Martin Amis, porque tituló así su última novela: *La viuda embarazada.*

A pesar de que no era amiga de rodeos, sonrió por la cita y no eludió la figura que intenté construir a medida que sus trazos surgían en ese presente mirando el reino, como un cristal que lo borraba y lo rehacía todo para guardarse de malbaratar aquella posesión en ascenso.

No paré. Me dejé ir de un lado a otro, resbalándome hacia lo más hondo de mis titubeos. Menos se inmutó, supo comportarse dignamente ante mis querellas. Sabía que era absurdo seguir con esas contorsiones para escabullirme de sus críticas. Para ella, el asunto merecía una profunda reflexión. La dificultad estaba en que no concedía un plazo para deliberar. De un día para otro establecía una fecha de caducidad, como si el asunto se resolviera poniendo plazos.

Como sea, exigió respetar la sucesión de los hechos, muy distinta, con arreglo a su discernimiento, a la que más adelante describieron y transmitieron los encargados de la historia oficial.

Coincidimos en que obraron con maldad desde el primer momento y que después la gente se acostumbró a los hechos consumados y a darle larga al asunto, viviendo en una siniestra y abrumadora calma, porque lo único que se les venía a la cabeza en esos años era decir en privado: «en algo andaban metidos». La pura metodología del pánico. Después, cuando emergió a la luz la verdad, pronunciaron los discursos histéricos bañados de una cólera imposible: «cómo puede ser verdad tanta mentira». Y el antiguo estupor de los familiares se topó con la torpeza de los hechos y el amargo asombro del fracaso: estar a contraluz del crepúsculo de la remota adolescencia defraudada de los desaparecidos.

Para terminar nuestro accidentado almuerzo, pedimos café. Susana insinuó la posibilidad de escribir una novela histórica.

—Te estás ahogando, Gabriel —dijo, enfatizando con las manos y los ojos que yo sí era capaz de hacer lo que otros no podían hacer.

—Una novela histórica es como un gran mural, desaparecen la mayoría de trazos y detalles de hombres y mujeres. Eso me parece una aliteración —afirmé, amable y comedido.

—No importa, hay que hacer algo antes que otros maquillen su memoria.

Me gustó el alegato, pero no me convencí de qué modo proceder. Me esforcé en imaginar a Matías, a Estela, en su extraña presencia con los ausentes. Menuda cruz, rumié.

—Ni siquiera estoy seguro de que la novela sea la opción más apropiada. Algunos afirman que ha muerto.

—Lo que está muerto es el lector, tal y como lo conocemos, declaró Roth en una entrevista reciente —apuntó, entre reservada y vengativa. No objeté nada al respecto porque ella era experta en su obra.

Mientras daba un pequeño sorbo al café, me sobrecogió el recuerdo de la lectura de un viejo periódico de Uruguay que me enseñó Matías, donde se reseñó las penurias de Arbenz en ese país, también tuve en mis manos uno local, amarillento, mostraba cómo la gente asistía al Parque Central a gritar idioteces contra los comunistas. Me sorprendí de que nada hubiera cambiado desde esa fecha: las calles, las casas, las estatuas y las viejas supersticiones. Curioso, las cosas que uno olvida no desaparecen, terminamos reencontrándonos y viéndonos en ellas.

—Gabriel, esta sociedad construyó a su adversario idóneo. Eligieron el odio absoluto. Desearon que los destruyeran para no dejar piedra sobre piedra después. Se crearon una identidad a partir de su enemigo —comentó enseguida, dando la impresión que sólo había aportado más desorden a mis ideas.

—Sabes qué pienso a veces, que el caso del presidente Arbenz es para algunos, como haber frenado al Ejército Rojo que estaba a punto de desembarcar sus tropas en Puerto Barrios. Olvidamos con frecuencia hechos históricos fundamentales, como el asesinato de 14 millones de personas en los Balcanes por meros intereses políticos de Hitler y Stalin.

***

Pagamos la cuenta y pronto nos trepamos a un taxi. El cielo estaba limpio y la luz apabullaba mientras avanzábamos. A un costado, a mi derecha, la quietud de una puerta se tambaleaba y las personas caminaban con un desprecio imperceptible. Más de alguno lo hacía como si fuera una celebridad.

Susana, de nuevo, cayó en la cuenta de que en la noche un joven escritor presentaría su primera novela. No hubo nada qué discutir, más bien me pareció adecuado en un primer momento. Aunque no comenté que estaba fatigado.

—Ya la leí, Gabriel. Posee un interesante tratamiento antropológico posmoderno —esclareció.

Al fondo de un crucero de avenidas adiviné la silueta de los volcanes de Agua y Fuego. Quise retenerla pero todo fue confuso. Estaba seguro de que en la noche no habría nada más claro que ese enredo por venir. Fue como una imagen huidiza, requerida para el lucimiento de pos estructuralistas y expertos en deconstrucción. Sugerí que fuera sola, que no era tan temerario, como ella creía, para asistir a semejante actividad. Además, añadí, no soy una autoridad en la materia.

Cuando terminó de vestirse, se dio vuelta y la observé con el crayón de labios en la mano izquierda. La figura fue de una belleza violenta, desbordante. En ese momento se evaporó de golpe el malestar que llegué a sentir por sus recurrentes señalamientos sobre el tema de los desaparecidos. Se me antojó invitarla a una pizzería y olvidarnos del novelista debutante.

Abrochándose los botones de una chaqueta amarrilla pidió que dejara para otro día mi mal humor y mis clásicas trampas retóricas. Le resultaba, así dijo, incomprensible mi falta de convicción. Lo más desolador para ella fue pensar en unas pizzas repelentes y las atrocidades de un vino barato.

Tomó su cartera y la seguí, flotando detrás de aquel perfume apacible, no me atreví a preguntar el nombre; tuve ganas de escapar. Mi vitalidad, visiblemente mermada, se derrumbaba detrás de sus tacones.

Llegamos media hora antes al Centro Cultural de España. Nos entretuvimos conversando con viejos conocidos. La rareza del ambiente entorpecía cualquier arranque de felicidad y de claridad. Me aparté de Susana, busqué una banca en el paseo peatonal y fumé. No logré encontrar un hilo central en todo ello, en derredor mío subían y bajaban transparencias espectrales; me ocupé de los atolondrados asistentes, unos con boinas negras, sacos largos, aretes en la nariz… sólo faltaban las putas, los rufianes y algún que otro marero.

Por alguna ambigua razón presumí que seríamos testigos de algo próximo a cometerse, tal vez un crimen. Me sorprendió la cantidad de gente que empezaba a asomarse. Era una muchedumbre que lograba poco a poco imponer un ritmo lento, y el mérito era sólo de ellos haciendo cola para ingresar al salón. El ambiente se cargó de tensión; temí que una atrocidad iba a ocurrir. Susana me tomó del brazo y avanzamos como los demás: pasamos invictos la prueba. Nos sentamos en medio del salón; los tres comentaristas y el autor ocupaban sus lugares en el escenario. El presentimiento de que la situación se traducirá en una escena patética continuaba. Se lo comenté a Susana.

—Te encanta dinamitar las cosas —dijo, acercándose a mi oreja, roja, con los labios apretados.

Mi incompetencia lingüística imposibilitó que le diera al menos tres motivos para refutar esa afirmación aberrante. Ya no había tiempo para decirnos algo. Una mujer hizo la primera faena de la noche: las palabras de introducción y bienvenida.

Susana golpeó con su codo mi costilla. Acepté que en nuestra relación era obvia la presencia de la simplificación, nuestras conversaciones constituían el epítome de las buenas costumbres: nunca llegábamos a conclusiones finales.

El primer comentarista lucía una pinta de profesor de letras. Esgrimía argumentos intraducibles. Me fijé en sus manos chiquitas y temblorosas. Recalcó la complejidad estructural de la novela y señaló que su poder expresivo y su potencial fonético se notaban más cuando salían a la superficie, textualidades (*sic*) y cláusulas subordinadas; se entusiasmó al referirse a los participios, los gerundios y los giros gramaticales. Bostecé los siguientes minutos ante conceptos por el estilo. Por ningún lado aparecía el enfoque antropológico posmoderno ni el argumento de la obra.

El siguiente parecía sostener una máscara de porcelana para protegerse de un muro a punto de caerle encima. Las explicaciones fueron más o menos previsibles. Trató de convencer al público de que el autor construyó una singular carpintería que ofrecía una original concepción del protagonista principal. Así, sintetizó el contexto de la novela, una especie de burdel donde sobresale un ex guerrillero sin escrúpulos y un traficante de drogas en la 17 calle de la zona 1. En la trama habían *juniors* que hacían lo que querían, mientras varios comisarios de policía consumían cocaína, recordando sus mejores días de torturadores. Afirmaba que le divertían ciertos detalles repugnantes, como las escenas de violación en el estacionamiento de un bar.

El último se concentró por completo en las referencias literarias. Eran fundamentales, afirmaba, para hurgar en el asunto. Sentenció que la novela, a pesar de su brevedad, develaba una complejidad ajedrecística. Estupefacto quise pararme y sugerirle en voz alta que indagara en el manejo maestro de la intriga en la película *Casablanca* y la honestidad de Bogart. Como si no bastara tanta sandez, reafirmó que esa complejidad era un término demasiado holgado porque ciertos capítulos eran de tal hondura que impedían llamarla una novela negra, como varios críticos insistían en etiquetarla. Para finalizar, dijo sin ningún empacho, que sus partes más afortunadas se debían a que mostraba una especie de sustrato metafísico oscilante entre el *fashion* como una opción de sobrevivencia y una rebeldía manifiesta posconflicto armado.

***

Levantar la mano y exigir explicaciones hubiera sido un dislate. Permanecí sentado, casi muerto de asfixia, como si estuviera en una pesadilla de la que anhelaba evadirme por cualquier lado y de cualquier modo. El resto de la presentación fue un ruido grande de palabras y gestos, nomás. Algo que se sustentaba en esa idea de un clivaje conceptual que tan sólo respondía, en el orden hermenéutico, a ese fenómeno de envejecimiento de la novedad. Todos los ahí presentes, en una hora, se transformaron en ancianos, adoradores de las fábulas del deterioro.

«Puta, qué pensarán de mí, tengo bastante más de cuarenta años y ando con una mujer quince años menor», pensé.

Antes que sucediera otra cosa, después de los aplausos, me dirigí a la mesa donde estaban las copas de vino. «¿Y de este modo quiere Susana que escriba la historia de los desaparecidos?» Era una pregunta que no merecía ni siquiera unos breves comentarios.

Una parte del público se acercó al novel autor, otros buscaban lo mismo que yo, el vino. A unos dos metros de donde me encontraba, una mujer se levantó la falda y se rascó la parte superior del muslo, donde las manchas de celulitis eran inocultables. Escuché carcajadas y breves alusiones a los presentadores, que estaban en el otro extremo. Ladeé la cabeza y alcé la copa, el mesero captó de inmediato. Estaba llena otra vez. Recelé que los ahí presentes solían asistir a festivales cinematográficos.

Susana me buscó y me halló esquinado. Se desconcertó porque se preocupó al ver mi semblante cenizo.

—Ven, te voy a presentar unos amigos.

Me dio pavor; «y si sólo hablan de posmodernismo y enfoques antropológicos», me dije. Me defendí, pero era tarde, a rastras cruzamos el salón hasta donde estaba la joven promesa firmando libros, rodeado de admiradores.

Gracias a mi habilidad para decir estupideces, fui aceptado en el acto en el círculo de mimosos. Anunciaron que el *after* sería en un localito cercano al lugar. Temí que fuera un tugurio de mala muerte, cargado de malos humores. Eché de menos mi escritorio y mi soledad. No cabe duda, recapacité, la estupidez es genuinamente universal.

***

Traté de descifrar, sin éxito, las palabras en francés que cruzaba Susana con un funcionario de un organismo internacional, invitado por el círculo de los mimosos. Su pinta era chocante, y diría que hasta absurda. Parecía un gallo desgarbado, alto, pelo canoso y sus mejillas lucían como la cresta de esos animales. Cuando hablaba, movía con desgano las manos, como si no dijera lo que deseaba, debido a sus atribuciones oficiales. Susana, muy educada, me informó del contenido de su conversación.

—Hablamos sobre la influencia de la cultura francesa en América Latina.

El gallo en cuestión, desconcertado por mi dejadez, quiso saber si conocía la cultura de su país. Me arreglé el pantalón y señalé el declive del existencialismo. Lo último que he leído es a Houellebecq, añadí. No develé mi entusiasmo por Camus, el Chablis, la cocina normanda y los cuentos de Meza Teni, tampoco la anécdota de mi tío Olegario, quien acostumbraba cerrarla con un parlamento genial sobre el baño de perfumes y rosas con las putas francesas de la Zona Diez. En alguna ocasión, movido por la curiosidad, visité el lugar para salir de una buena vez de la duda sobre la autenticidad de tal cuento. Para no decepcionarlo nunca le compartí mi descubrimiento: las putas francesas eran unas hondureñas, estupendas eso sí, rubias con el pelo oxigenado, que en sus mejores tiempos fueron estudiantes de la Alianza Francesa en Tegucigalpa y lo único que les quedó de todo aquello fue el acento.

Avisté el riesgo de internarme en aguas pantanosas y los dejé continuar con su conversación. Me acerqué otra vez al grupo de los mimosos que rodeaban a la promesa de celebridad. Discutían acaloradamente. Sin disimulo inhalaban cocaína. Pasaban de tener un aspecto sombrío y melancólico a un estado de arrebato que los convertía a mis ojos en raros inclasificables. Después de la cocaína volvían a la sobriedad. Escuché a la promesa de celebridad: se deleitaba dibujando desviaciones y aberraciones sexuales, lo que le valía elogios en el pequeño círculo que lo rodeaba.

La insoldable penumbra del localito enrarecía más el aire, que además, era húmedo, enfermo, entretejiéndose con los alientos alcohólicos. Por alguna razón, tuve la impresión que se acercaban a la nada por caminos oblicuos; un poco de repugnancia me asistió para no salir corriendo, cuando fruncían los labios como chimpancés.

Susana me salvó al regresar con otro funcionario, ahora de Naciones Unidas. Un poco mayor que yo, tenía una sonrisa imprecisa y ojos nublados. Elogió mi trabajo con los desaparecidos. Susana arqueó el cuerpo cuando se percató de mi reacción. Fue imposible ocultar mi excitación porque no creía poseer respuestas ante la inminente andanada de preguntas.

—Su trabajo es fascinante, Gabriel —dijo.

Juzgué que mi silencio le irritó más de lo que hubiera querido confesar. Inmediatamente pensé: «Una cosa es pasarse quince años sumergido en un mar de nombres y otra es pronunciar la palabra *fascinante* de ese modo», por lo que no hice el menor intento de aproximación. Dudé que le interesara genuinamente el tema de los desaparecidos. Mas, supuse equivocadamente, que intentaba seducir a Susana. Sin embargo, mi desinterés y la frialdad de la acogida declinaron cuando confesó que ayudó en los mismos menesteres a los familiares de las víctimas de esos delitos en Argentina. Entonces, se borró la mala impresión de su letanía y dije, en las vísperas de mi retiro del localito, que me gustaría tomar un café con él la semana siguiente, a lo cual el funcionario aceptó la propuesta con entusiasmo.

—Deseo ponerme al corriente del caso guatemalteco —dijo con lentitud.

Su sinceridad logró poner a un lado mis reticencias, además, yo estaba lúcido, ya no había ingerido ni una gota de alcohol. Intenté retirarme, imposible. Nos fuimos a un rincón sin Susana. Preguntó cómo inició mi trabajo con los desaparecidos. Relaté brevemente los casos de Matías y Estela. Preguntó si participé en alguna organización revolucionaria. Le dije que nunca.

—Estudié un pos grado de historia en la UNAM, en México, más tarde un doctorado en Washington. Recién graduado me contrataron en una universidad de Chile, cuando la concertación arrancaba su gobierno, todavía olía a Pinochet.

—Aún se siente ese olor.

—Nosotros tuvimos a varios Pinochet —dije.

—¿Varios Pinochet?

—Claro, desde que a los liberacionistas, en 1954, se les ocurrió llamarse el partido de la violencia organizada, empezó la locura y la esquizofrenia del Estado anticomunista. Su lema era Dios, Patria y Libertad. Así, con mayúsculas, como mayúsculo fue el disparate que armaron.

—¿Por qué en Chile?

—En México conocí a buena parte del exilio chileno, hice amigos y uno de ellos me ofreció una cátedra en Santiago.

Le recomendé dos libros. Señalé que en ambos encontraría la raíz de tanta malignidad.

—Sin duda, comprenderá, al leer con atención, cómo la restauración conservadora se aprovechó para estructurar un Estado anticomunista en su primera época y derivar en un Estado contrainsurgente.

Admití que no lograba ubicar su origen. «Su acento y su facha lo hace alguien de una nacionalidad indefinida», dije. Se rió ante mi señalamiento. Con voz empecinada develó su origen húngaro, donde vivió los primeros diez años de su vida, luego terminó de crecer en Florencia y, finalmente, envejeció en el laberinto de América Latina. En un ataque de sinceridad aceptó que no sabía si salió ganando o perdiendo con esa elección, tampoco qué fue lo que más le estropeó la vida. Se convirtió, dijo, en un hombre medianamente incomprensible, como de otro mundo.

—Los desaparecidos es un lugar muy sórdido.

—¿Lugar? —reaccioné, desconcertado.

—Claro, un territorio de la nada. En Argentina pasé unos años más bien siniestros. Siempre será una búsqueda triste.

—Entonces, ¿por qué dijo que mi trabajo es fascinante?

—Quizá porque se ha sometido a ciegas a la tortura de la incertidumbre. Reflexione, todo eso son puras palabras, a la postre, su trabajo se reduce a avanzar, retroceder, con nombres, nomás. No se trata de un mero dominio de la rigurosa metodología archivística. Pero, no tiene caso hablar de eso ahora, cuando tomemos un café lo haremos ampliamente.

Me dio su teléfono y se despidió. Los mimosos y la promesa de celebridad estaban completamente borrachos. Su euforia había menguado, no obstante, seguían en el intento de parecer retros, con desvaríos sicodélicos. Al ver el cuadro pensé que las generaciones que no vivieron esos años, trataban de abrirse paso entre ruinas, o quizá, se quedaron viviendo como mendigos, intentando salirse de ellas, sin saber que todos seguimos perdidos en ese laberinto. Uno de los mimosos, pelo largo y ropa de cuero color negro, el más cercano a la promesa de celebridad, se agitaba en la mesa. Momento que aproveché para buscar a Susana y salir huyendo de esas escenas perturbadoras.

—Vamos, aquí pueden asesinar a alguien con Cianuro, para inventar el nuevo argumento de la próxima novela de la joven promesa —dije a Susana, casi jalándola hacia la calle.

***

El domingo, último día que estuve en su casa, esa enorme casa, regalo de sus padres, evitamos con elegancia adentrarnos en la polémica de los desaparecidos. Mención al margen hice del ultimátum, pero ella enrojeció de vergüenza y se concentró en sus maletas; sin ser consciente, aquel era un final previsible, de donde se desprendería el resto de ciertas descripciones de nosotros mismos; consideré la contingencia de no volver a verla y acercarme a Piedad, quien no ponía condiciones ni presionaba —seguro nunca le interesó otra cosa que reír—; su jubilosa obscenidad incluía una serie de pasajes sobre delicias simples que nunca había visto en una mujer, salvo aquellas picarescas tan olvidadas, lo cual era muy apropiado para no verme obligado a dar explicaciones.

Antes de marcharse, abracé a Susana en el jardín —sitio habitual de nuestras despedidas—, la luz de la tarde le bañaba el cuerpo y sobre su rostro, una mancha a la altura de la mirada abotagaba su mal ánimo. Perdió la voz y se abrió a una mueca, su cuello tenso, separado de los hombros, intentaba escapar del calabozo de mi incuria y recuperar la compostura, antes que fuera demasiado tarde, antes que los dos nos hundiéramos en algún lugar de una negrura afín al tema de los desaparecidos.

Se iba dolida a Buenos Aires porque no logró convencerme de que me dedicara a concretar el largo esfuerzo de quince años de trabajo. Se equivocaba, su presión empezaba a dar algunos resultados. No lo dije, aunque tampoco dejé de mirar fijamente hacia la empalizada de esa trampa. Una vez más comprendí cuán poco me conocía; sentí sus manos venosas y la intensidad de su emoción, lentamente clavándose en la última frase y su brillo animal. Me di la vuelta y apresuré el paso para ahuyentar de mi cabeza las palabras de Francis Bacon: «es imposible amar y ser prudente».

Los siguientes días descansé. No realicé ninguna llamada y leí varios libros sobre el tema de la represión en esos años. En mi haber contaba con alrededor de 600 títulos sobre el tema. En las cajas, apiladas en una de las habitaciones de mi departamento, seguían acumulados los guiones de cientos de miles de nombres. Decidí no tocarlos hasta que me venciera la impresión de que no eran meras evocaciones personales y líricas, envueltas en niebla o unas sombras con cuerpos demasiado desnudos. No podía sino asombrarme y resentir en todo su significado, el increíble despilfarro de vidas, destinadas a biografías más nobles.

Un incipiente deseo de ordenar mi trabajo se abrió paso a través de los lapsos de ausencia; Susana pesó hasta la noche que encontré la anécdota sobre Rousseau, que en 1743, en Venecia, recibió el consejo de la famosa cortesana La Zulieta, quien le dijo: «Deja a las mujeres y estudia matemática».

Con el espíritu que desató el estudio de las matemáticas, llamé a Germán, el húngaro-italiano, el de la fiesta de los mimosos y su joven promesa de inmortalidad. Convinimos en vernos en un café del centro de la ciudad. Llegó puntual con un libro bajo el brazo, era uno de los muchos informes publicados en Argentina sobre las cárceles clandestinas. Éste era de la Escuela de Mecánica de la Armada, el sitio más famoso por las atrocidades cometidas en nombre de la libertad y otras jiribillas por el estilo. Volvió a las preguntas de la noche aquella, la de los mimosos y la joven promesa de la literatura nacional.

—¿Cuáles son tus planes?

—Me limitaré a escribir esas historias y huir de los confesionarios, el psicoanálisis y de los blogs —dije.

Se rió con desparpajo y pidió un café americano.

—Eso es fabuloso. Yo estudio todo lo relacionado con movimientos sectarios, renegados, apóstatas, cismáticos, herejes, relapsos. Me ayuda como no tienes idea para rastrear las coincidencias con el presente.

Me gustó su franqueza y la correspondí confesando también que cuando no estaba con la biografía de los desaparecidos, me entretenía estudiando la historia de Alejandría y su famoso faro, o me detenía en la historia de las cosas o de los inventos, como el arsénico, descubierto en 1250 por san Alberto Magno, filósofo y alquimista. Coincidimos en la importancia del estudio de los mitos arcaicos y modernos para dilucidar las consecuencias de las obsesiones sobre las ideas del progreso. Para nada mencioné el tema de La Red.

—Eso es saludable, al menos me aparta temporalmente de los muertos sin muerte civil —admití.

Después de leerme algunos párrafos del libro que me obsequió, sostuvo que sentía que el tema en el país tenía los visos de una conspiración del silencio.

—Los jueces parecen entrevistadores de televisión —dijo.

Admitió que en Argentina tuvo miedo cuando apoyó a las familias de las víctimas. Una de las razones fue el origen judío de su apellido. Cuando lo dijo, tenía los ojos entornados sin abandonar su gesto perenne de cordialidad.

—Aquí no dijeron que eran los judíos sino los comunistas —aclaré.

—Dos argumentos para justificar cualquier exceso. De entrada se declaraban buenas personas y uno de sus grandes negocios fue la venta de niños. Es más, sus casas eran sucursales de comisaría, o en su caso, de batallón —comentó.

—Aquí también los niños han sido un gran negocio —apunté.

Me sentí obligado a invitarlo a mi departamento para que viera con sus propios ojos el resultado de años de trabajo. Mostré algunas carpetas. Las leyó detenidamente con observación añadida: «se necesita sangre fría para vivir tanto tiempo inmerso en ese daño». Fue convincente, al grado que me figuré como un toxicómano en estado último de gravedad. Ofreció ayudarme, mencionó que existían algunos fondos para financiar mi trabajo.

Puntualicé el asunto: las consultorías me permiten una vida relativamente cómoda, pero sobre todo, tiempo e independencia, algo fundamental en esa investigación. Aunque algunas veces tuve ofrecimientos de dinero, los evitaba para no estar sujeto a los formularios burocráticos y los informes de avance de proyecto.

—Acabo de rechazar una oferta de la ONU, tan sólo el formulario de información general tiene más de veinte páginas. No sé qué es lo que quieren, porque sólo esa cantidad implica un esfuerzo de unos ocho días.

No supe descifrar el sentimiento que me quedó cuando nos despedimos, algo como un tufillo de realismo o de sentido común que me espoleaba a escribir una ilegible y enmarañada biografía de miles de jóvenes.

Pero no es una historia que pueda contarse así, al menos no por mí, ladeado en la indecisión; nunca me interesó realmente contarla, más bien, lo justo era completar la información y dársela a los familiares; el aporte, según yo, estaba en entregar un rompecabezas más o menos ordenado, de tal suerte que se hiciera justicia a su memoria. Además, me divertía la idea de burlarme de los formalismos de los mareados acólitos de la justicia transicional.

Lo que vio Germán fue una pila de papeles con miles de nombres y una sucinta biografía de cada uno. Nombre, seudónimos utilizados, organización, grado o responsabilidad militante, lugar en que fue detenido, fecha y una pequeña historia sobre su vida política y familiar. Lo que no revelé fue el gran secreto, el pacto que durante años había mantenido con Matías. Ni siquiera Estela lo sabía, menos Susana, quizá si lo conociera no se hubiera ido a Buenos Aires. Es decir, la red de ex militantes reconstruida a lo largo de los años y que gracias a su disposición, lograron salir a flote esos destinos anulados.

***

Dejé de ver a Germán por un buen lapso de tiempo. Después de la partida de Susana, me había encerrado, negándome a aceptar el rompimiento, creyendo que duraría algunas semanas o meses como en las otras ocasiones. Para aliviar el dolor, retomé mis planes de trabajo. Hice unas llamadas de teléfono, debía firmar los contratos de mis consultorías. Dos de ellas eran relativamente sencillas. La primera —a realizar conjuntamente con Manrique Sandoval—, «Estudio del impacto de la violencia en las zonas fronterizas con México y El Salvador». La segunda, «Caracterización sobre los procesos de apropiación de identidades globalizadas en áreas de pequeños comerciantes evangélicos en Chimaltenango». La tercera: «Historia y verdad», en la cual me acompañaría la Bruja Mala. El tema, incluía una larga serie de entrevistas con diferentes personas —actores subrayaban los términos de referencia—, además, conferencias y dos talleres en el área ixil del Quiché. De ese modo trabajaría durante seis meses y garantizaría mi futuro económico los próximos 24.

Las consultorías me martirizaban de tal modo que no podía evadir un desasosiego permanente, pero no tenía otro modo de ganarme la vida. Sufría más cuando trabajaba con la Bruja Mala, quien se hacía pasar por pura e inmaculada. A menudo rechazaba mis informes y propuestas porque me tachaba de frívolo y de prostituir las verdaderas razones que impulsan a «quienes luchan por un mejor país». Afirmaba que mis paradigmas eran trivialidades emparentadas con una complicidad cercana al peor de los cinismos.

Solíamos rivalizar cuando le exponía que eso de la equidad de género, por ejemplo, eran delirios de feministas cincuentonas y que había que llamarlo por su nombre: machismo puro y puto. Montaba en furia y señalaba que era inaudita mi superficialidad. «Agrégale descarada», reviraba, huyendo de su papel de buena.

Después de esas explosiones, se retiraba rascándose la cabeza y yo divagaba en cómo descifrar los extraños signos que paren gigantescas disparidades maquilladas como asimetrías sociales. Lo que es capaz de hacer el lenguaje de la corrección política, concluía.

Por alguna razón temía que me había convertido en un consultor ramplón incrustado en el engranaje de la corrección política y la cooperación internacional.

Por fortuna, la Bruja Mala no se comunicó de inmediato. Así, seguí con mis rutinas: revisar los archivos, redactar los esquemas de elaboración de las consultorías y husmear en el Internet. Un día, recibí el primer correo electrónico de Susana. Sus palabras eran un asidero de una lejana víspera de su presencia. Las líneas siguientes del argumento eran irregulares: Montevideo como un lugar de confidencia que fluye en la pantalla del computador; palabras abajo, pintaba unas avenidas que serpenteaban entre madrugadas; cambiaba de ciudad; más adelante, Buenos Aires.

—Son un río —dictó—; incliné mi espalda y afloró eso de un destino torcido, ajeno, a modo de cualquier pensamiento.

Prometió escribir más seguido. Yo volví a ocuparme de mis asuntos como si ella habitara en un edificio al costado. Afortunadamente, en los correos electrónicos no eran comunes los reproches y los epílogos. A esas alturas de mi soliloquio, carecía de una sensación de destino, y reparé en las cosas que quedaron sin decirse. Antes de apagar ese proscenio y pasar a otra cosa, me vi quieto ante la muchedumbre de nombres ocupados en redactar una nota de melancolía moderna, para justicia de su antiguo sacrificio.

Pero no apagué la computadora. Hice una llamada cualquiera. Me alegró que nadie contestara. Sacudí la cabeza para ahuyentar imágenes que precedían a una creencia: lo malo de pensar demasiado en mujeres desnudas o en telarañas que atrapaban mi idealismo intuitivo. Unos soldaditos desfilaron con el paso cambiado, fuera de sitio. Alguien cambió los datos originales. ¿Quién me persuadía de lo contrario? Había un riesgo latente, razonar para equivocarse sin remedio, como si hablara con cadáveres. Lógico, en esta historia no los había, llevaban muchos años esfumados, como bien los llamaba Elsita Guzmán Arrivillaga.

Regresé a la silla y contesté el correo de Susana: «Qué bueno lo de tu viaje a Montevideo. Me gustaría caminar con vos por esas maravillosas avenidas. Siempre hace bien». Escribí lentamente sobre los días soleados y sus secuelas ensambladas o algo parecido a una fanfarria. Luego de un punto y coma agregué: «quisiera ser un enano saltarín para verte desde el cielo». Palabras más, prefiguré un consumirse en pensar en otra cosa, algo que ella no entendería. A cuenta gotas añadí unas palabras y cerré con mala leche:

«Estoy bien, ahora pienso como Luciano de Samosata, que en el siglo II dijo: *cuando todo el mundo habla de los héroes de las batallas, yo hablo de las moscas.* Un beso».

***

Recibí una llamada de Matías, anunció sorpresivamente una reunión en su casa. Fue obvio que se trataba del fin de un ciclo. Temeroso, creí que el propósito era en torno a la escritura del libro. Ya más relajado, le conté el desastre con Susana y su partida hacia Argentina. Sólo me escuchó, respondiendo con monosílabos. Estoy seguro que fue por mi indecisión que rompió nuestra relación, le dije. Eso me parece absurdo, opinó. Tampoco manifesté que el empeño de sentarse a escribir sería como sumergirse en la inmensidad de un abismo desconocido.

—En este caso, no se trata sólo del tema de desaparecidos —dijo para tranquilizarme.

Expliqué que tenía un viaje en puerta. No abundé en detalles, nomás subrayé que podía comprometerme hasta que resolviera mi compromiso en Chimaltenango. Pregunté si Amanda, una antropóloga de mal gesto, compañera de Estela, quien mareaba hablando sobre rigor exegético y otras aterradoras valoraciones estaba en la lista de sus invitados. Lo negó, riéndose de mi pregunta. Al colgar, mis temores se disiparon, Matías explicó breves detalles de esa reunión. Cuando regreses, te diré más ampliamente los motivos.

Inmediatamente después, salí de casa y me fui en taxi hacia El Trébol, donde abordé el autobús. Luego de dos horas estaba en Parramos. Durante el trayecto valoré la posible amenaza —a sí mismo y a los propósitos de la consultoría— que implicaba mi perenne incredulidad ante lo religioso. Resuelto ello, arrastrándome sin fe llegué a una abarrotería donde me esperaban circunspectos, dos pastores indígenas, representantes de la iglesia Salvación del Mundo.

Almorzamos en una modesta fonda a un costado de la iglesia Católica. Durante la comida, no fueron muy expresivos, nomás informaron que cosechaban verduras y mini vegetales; lucían prosperidad. Cada uno sostenía entre las manos una Biblia. El de mayor edad hablaba bajito, susurrando, lo cual exigía de una paciencia a la que no estaba habituado. Cuando el otro intervino, necesité de una atención casi desesperada, como si los matices entre un aleluya y el resultado de las cuentas fuera de capital importancia para entrar al reino de los cielos.

Acepté, resignado, que era inútil interrogarlos dentro de los parámetros que se utilizan en este tipo de investigaciones. Por lo visto, la idea de Jehová era insuficiente para caracterizar un proceso de apropiación de una supuesta identidad global, que tan bien precisaban los términos de referencia. Los dos, sumamente claros a fuerza de ejercer una incoherencia sin límites. Sin duda, habían perdido toda noción de religión y veneraban una especie de teoría autoritaria de Dios.

Cualquier cosa fue preferible a ese diálogo donde de pronto estábamos en Jerusalén mientras sufría un ataque de sed en medio de un desierto con camellos y visiones poderosas sobre el pueblo elegido, cuyo nombre no precisaban. Otra concepción divina era simplemente una imposibilidad cerebral y moral para ellos.

Estuve a punto de cometer una imprudencia: preguntar qué opinaban del *Popol Vuh*. Me contuve a tiempo al recordar que para los evangélicos este libro es el puro Demonio. Había que reconocerlo, sus risas fueron comedidas, al mencionarles el papel del perdón. A la sazón, ellos también estaban urgidos de éste.

Un momento desagradablemente tenso se dio cuando dijeron: *como usted sabe, existen 73 libros en la Biblia, sólo mencionaremos el Libro de Jeremías, ahí el Mesías predicó…*

Me hundí en esas palabras. Desgraciadamente mi resignación no daba para más, pero aguanté unos minutos más.

…El profeta Isaías, en Palestina, la ciudad de los tiempos tan antiguos como Alejandría...

¿Alejandría? Quise compartir mis amplios conocimientos sobre el faro de Alejandría. Pero, por mi estado emocional habría sido más aconsejable consultar alguna biografía psiquiátrica para sentirme menos acosado.

A esas alturas de la conversación con los pastores me preocupaba más la redacción del texto de la consultoría. Por más que intenté llevar la charla al terreno que me interesaba, no logré sacarlos de su arrebato, menos, pensar que mi vida corría un serio peligro al no aceptar los términos perentorios de mi conversión.

De pie, inmóvil, el mayor me miró como si le recordara algo sórdido, el problema estaba en anticiparse a su reacción cuando afirmara que sus prédicas no tenían eco, más que en ellos mismos. Después del apretón de manos, me fui cargando con una culpa que no conocía, temeroso de que en la próxima esquina fuera asaltado por algún demonio, o en el peor de los casos, detenido por la autoridad competente acusado de escándalo en la vía pública por vestir como un antiguo habitante de Palestina, aunque, también existía la posibilidad de ser acusado de pertenencia a Hamas y ser deportado a Israel. El peor escenario: regresarme a la ciudad en un camello.

***

Fui cariñoso y cordial al despedirme de ellos. Luego, abordé el primer autobús que encontré. Liberado de los sermones, no podía con la excitación que deseaba derramarse. La salida de Chimaltenango fue caótica. Una infinidad de comercios a la orilla de la carretera hacían del paisaje, algo rudimentario y sucio. Detrás de la ventanilla quedaban: ventas de materiales de construcción, mueblerías, tiendas de abarrotes, cantinas y putas adolescentes, vehículos usados, iglesias evangélicas… Nada se parecía más que a la horrenda avenida de Ermita Iztapalapa, en el Distrito Federal, en México en los años ochenta.

Sopesé la posibilidad de renunciar a esa investigación. Afortunadamente, aún no me daban el cheque del veinte por ciento de adelanto a la firma del contrato.

Intenté plantear una hipótesis, es decir, una estructura lógica con sus tres componentes básicos: los elementos de juicio, el enunciado hipotético (conclusión) y el principio regulador, como bien me refirió Custodio, mi profesor de lógica en la secundaria. Nada, sólo tres horas de puro disparate en los que estuve a punto de perder el juicio, no hubo conclusión, menos, el principio regulador.

En la noche, en mi casa, ya más sereno, descubrí que mi percepción sobre las identidades globales había cambiado hacia algo difuso. Hallé el significado etimológico de la palabra inducción: «inducir a» (del verbo *epagogein*), por lo mismo, estuve a punto de ser inducido a una crisis de fe. Para quitarle seriedad al asunto me acordé de una frase de un cómico mexicano: «lo que hay que hacer para tragar».

La consultoría de Chimaltenango dejó de ser un monólogo. Renuncié a las múltiples dudas que me dejaron los hermanos en Cristo. Una tarde, leí un correo electrónico de Susana. Escribía —según yo, sonriendo—, de algo semejante a un éxtasis, no aclaró de qué se trataba. Alborozada trazó un par de párrafos y abandonó su bando sin ser explícita. Lo único que entendí fue que en Buenos Aires había un cielo más claro que el habitual y que me extrañaba. Para olvidarla, leía por las tardes *Un ser de lejanías* de Francisco Umbral.

***

Mientras dilucidaba cómo redactar el informe preliminar de mi visita a Chimaltenango, decidí llamar a Piedad —aquella de la intimidad casi orteguiana—, para alejar el fantasma de Susana. Contestó su madre. Me interrogó, tal parecía que meditaba sobre las consecuencias que acarrearía si hablaba con su hija. Como si no quisiera invitarme a pasar, se despidió. Antes de ponerse al teléfono escuché palabrotas y risotadas. Segundos después oí la voz de Piedad. Dijo hola y creí percibir el rubor de su rostro crecer al otro lado del teléfono. Figuré que cuando hablaba se acercaba a la ventana y desde allí contemplaba un jardín de flores en calma. Su persistente timbre de alegría por la vida y las cosas simples era como si se echara a correr y anduviera por las tardes de su niñez. Se disculpó por no haber llamado. La tesis me tiene de cabeza, ya sabes cómo es la universidad, dijo. Quedamos en vernos. Yo te aviso, susurró, despidiéndose.

Con la decepción a cuestas de la llamada a Piedad, esa noche fui al cine. Pura rutina para matar el tiempo. Una parte del trayecto de vuelta la hice caminando. Una idea peregrina se asomó: renunciar a la historia y pasarme al lado satírico del asunto. No sería mala idea dedicarme a la mística y el amor, ponderé. El paisaje de noche permanecía igual a sí mismo, como cuando salía del departamento de América y atravesaba el Cerro del Carmen y me arropaba esa luna vestida con su arete y me daba por satisfecho con la existencia.

A la mañana siguiente, retomé el tema de Chimaltenango. El problema en el fondo era mi pleito con ese tipo de religión, no era de ningún modo con la fe de las personas, esa sencilla razón explicaba mi odio a parecerme al apóstata arrepentido que tan bien caracterizó Augusto Monterroso en uno de sus libros. Rehusaba someterme a esas exposiciones, donde las virtudes o carencias, según se les viera, no garantizaban tener a mano el número requerido de detractores o admiradores. Por un momento, advertí a la Bruja Mala acusándome de querer pasar por humorista, machacando sobre mi consabida debilidad ideológica.

Pasé las horas hojeando unos apuntes, encontré una cifra: según la CEPAL y UNICEF, en el país más de medio millón de niños murieron de hambre entre 1960 y 2000. Me dieron ganas de llamar a los gerentes y reprocharles esa conmoción y como se trataba de pedir cuentas, recordarles la leyenda de El Zorro, originada en la figura de Guillén de Lampart. Ante la perspectiva de desarrollar un libro sobre los desaparecidos, ¿por qué no incluir a esa niñez en la lista?

Tomé algunas notas sobre el desarrollo económico de Chimaltenango. También, sobre el crecimiento de las sectas evangélicas y el conflicto con la espiritualidad indígena. Picoteé ideas, hipótesis. No estaría nada mal ridiculizar la corrección política con que se abordaban esos temas. Imaginé la explosión de ira de la Bruja Mala al leer el primer párrafo de mi consultoría. No me dirigiría la palabra el resto de su vida, claro, después de anunciar que Naciones Unidas nunca más me contrataría, porque jamás había llegado tan lejos ni llevado a cabo semejante estupidez.

El resto del día, lentos reajustes para entender los momentos del encuentro con los pastores evangélicos; después sonrisas, disparates y Dios a distancia... Cierto horror impidió que viera con claridad los peldaños en el extremo de esa elipsis. Algunas cosas llevaban más tiempo del que desearía, como escribir un estudio perfectamente documentado sobre identidades globales. En algún libro leí que la especialización es la otra cara de la vulgarización; realidad arraigada en lo breve y fragmentario.

Dejé a un lado las cifras, las gráficas y encendí la radio: en líneas generales, una jornada igual a las precedentes. Sólo era cuestión de tiempo que la locura irrumpiera con renovada fuerza. Bordeé a través de las causas; la historia, promiscua y disponible, estaba limada por el presente. Ojala fuera de otro modo, pero era en vano examinar la agonía del pasado, aunque se aplicara cierta gracia y estilo para resaltar unos dogmáticos detalles. Concluí: no tenemos la convicción de que vamos por buen camino. Camus escribió: *uno puede tener la razón y ser derrotado… el coraje no obtiene recompensa.* Cuesta arriba suponer otra cosa a la luz de los hechos. Como sea, una estructura psíquica educada para la violencia y la obediencia, bajo la forma de la bondad, que es peor que una enfermedad desconocida.

Última llamada antes de marchar. Manrique anuncia viaje para dentro de veinte días a la frontera mexicana. Aturdido por el timbrazo quise negociar la fecha pero él ya dictaba el itinerario. Manrique, sociólogo, era un oxímoron: educado y esquivo, desatado y modoso, inteligente y frívolo. Lo que me agradaba más era su soltura, sobre todo cuando estaba borracho y era capaz de ponerse en ridículo y caer en escenas bochornosas y luego pasar dos meses en terapia con el psicólogo porque no podía lidiar con las gomas morales. Por más que insistí para que fuera a vivir un mes a México o El Salvador y comprobara que sólo a nosotros nos daban esos remordimientos. Miraba con aire consternado cuando no hallaba el sentido de la experiencia.

La última vez que sucedió fue en una fiesta en una comunidad agraria. Enseguida de pasar con ellos una semana en unos talleres de capacitación sobre empoderamiento, un sábado prepararon un almuerzo que terminó en una borrachera descomunal y él bailó casi desnudo con una morena jovencísima que no escatimó ningún recurso ante el estímulo de su lengua. Al siguiente día lo noté de inmediato: no podía con una soledad incómoda. Sentado bajo una vieja ceiba le dije que en la *Fenomenología del espíritu*, Hegel advierte que *la vida de la mente sólo alcanza la verdad cuando se descubre en estado de absoluta desolación.*

—No lograrías entenderme. No es a Hegel que necesito, sino una cerveza y que nos marchemos de inmediato —respondió.

—¿Tal vez la morena?

—Cállate —dijo, poniendo el índice en su boca. Su estado era lastimoso y su humor se hizo cada vez más inestable. Regresó con la cabeza fuera de la ventanilla del automóvil.

Deseaba charlar antes de nuestra primera incursión a la frontera. Se oía curado de aquel sábado y de la morena jovencísima. Expliqué que estaría fuera quince días. Al nomás regresar te llamaré, dije, colgando el teléfono. Se volvió antagonista de sus placeres recurrentes. Recapitulaba los penosos actos para eludir la vergüenza, vía la monotonía. Quise sugerirle algunas novelas de Peter Handke, que según Juan Villoro son maravillosas. Ya no hubo tiempo.

NO PERSONAS

Por fin llegó el día para marchar a la reunión con Matías. Preparé una maleta con lo mínimo y en otra guardé mis carpetas con el resumen de la investigación de los desaparecidos, un libro de Monterroso, *Animales y hombres*, editado en 1972 por EDUCA, regalo del director de Editorial Universitaria y *Vida y destino* de Vasili Grossman. Eran la siete de la mañana y el ruido de la calle llegaba amortiguado por mis oídos abriéndose a otros silencios. Todavía saboreaba la llamada de Piedad cinco minutos después de colgar con Manrique. Habló a su ritmo. No oí las risas ni a la madre atrás. Recordó cómo le desabroché la blusa y movía mis dedos sobre su brassier y abría la boca mientras la besaba cuando nos escapamos un fin de semana a un hotel en el lago de Atitlán. En un principio me asustó porque dijo, mitad en serio mitad en broma, que estaba dispuesta a poner una foto de ella desnuda en la pose más impúdica en el Facebook para «que mis amigos vieran lo suertudo que soy». Rápidamente le comuniqué que me ausentaría por razones de trabajo.

A continuación tomé un taxi que enrumbó hacia el lugar donde me encontraría con Matías. Cuando llegué ya me esperaba. Tenía un aire inexpresivo, como si de pronto presintiera que estaba a punto de sucumbir. Ya era viejo y los años le pesaban. Había sido a lo largo de su vida un compañero fiel a sus ideas, nunca dejó de ser un revolucionario en el noble y decimonónico sentido de esa palabra, como lo fueron los revolucionarios españoles que lucharon contra Napoleón en el siglo XIX. Sin duda, la derrota lo marcó, pero la sobrellevaba con elegancia y dignidad. Jamás dudé que supo desechar el rencor y la revancha.

Me subí a su automóvil y al cabo de un rato me indicó que durante las próximas jornadas era necesario mantener la atención concentrada en el tema de los desaparecidos, la represión y la resistencia.

—¿De la resistencia? —pregunté.

—Bueno, de ese tema hemos hablado largo y tendido.

—Sí, entiendo, pero siempre se me has criticado por qué no he hecho nada con la información recopilada.

—La información vos la has ordenado y sistematizado. Yo sólo he sido un facilitador. Nomás. No me meto en consideraciones de otro tipo, me entendés.

—Lo que sucede es que vos y yo hemos llegado juntos a esa conclusión. Es decir, no sólo es la historia de los desaparecidos, es la historia de la resistencia.

—Así es, y de la represión y de cómo se sustentó jurídicamente el Estado anticomunista y de cómo regresaron los ubiquistas —afirmó. También agregó otras descripciones que hubiera preferido callar. Para relajar la tensión, habló enseguida del clima y sus frutos, de los infinitos tonos de verde de las montañas, de los volcanes y del color de los mercados, mientras atravesábamos pueblos del altiplano.

Tres horas duró el trayecto hasta la casa donde habitaba desde hacía cuarenta años. Una especie de refugio entre un bosque de pinos, encinos y eucaliptos en los fríos bosques de Tecpán. Vivía solo, había enviudado tres años antes. No tuvo hijos y un sobrino bastante mayor lo acompañaba con resignación en ese estado melancólico donde el trato de Matías era un alivio, que en lugar de ofenderlo, le quitaba cierta aspereza a la soledad circundante.

Cenamos y nos fuimos a dormir temprano en un ambiente de paz absoluta. Horas más tarde, permanecía tendido en la cama cuando creí escuchar el ruido de un cerrojo. No pude conciliar el sueño por pensar sobre el verdadero motivo para estar en el lugar. Estaba seguro de que mis sentidos no me traicionaban. Intenté despertar a Matías. Inútil, dormía como un niño. Me acerqué a la ventana, afuera una luna sin medida, grande por su blancura, llenaba de luz el patio y los alrededores. Nadie se movía afuera. Miré un poco más. Agucé los oídos. Consulté la hora, las tres de la mañana. Volví a la cama y me quedé con los ojos abiertos. Hasta mi habitación llegaban los ronquidos de Matías. Rigoberto, el sobrino, vivía en una casa aledaña con su familia. Finalmente decidí que no tenía sentido seguir ahí y me puse los zapatos y salí al corredor. Encendí un cigarrillo, me senté en una banca a contemplar esa claridad que me traía de vuelta a América. Al cabo de un rato salí hasta el patio y miré las estrellas. Unos bultos me llamaron la atención. Escruté con la mirada en el fondo del pequeño bosque. Eché a andar hacia el lugar. Las sombras se volvieron cuerpos y brotaron de esa oscuridad.

—Buenos días —dijeron las sombras con unas linternas en la mano. No dejé de sentirme amedrentado.

—Buenas —contesté.

Escuché un pequeño ruido en el espacio que separa la casa de Matías de la del sobrino. Era Rigoberto, mascaba algo y en la mano izquierda sostenía una linterna. Me miró y enseguida se dirigió a las voces que habían salido del bosque. Pude ver las arrugas de su cara y la nariz larga y afilada. Sonrió.

—Pasen, bienvenidos —dijo.

Atrás de mí adiviné a Matías. Preguntó que hacía despierto tan temprano. Me palmeó los hombros y caminó en dirección de las sombras acercándose. Fue extraño estar afuera a esa hora, lidiando con siluetas con linterna y el sobrino de buen talante. Corría una brisa ligeramente helada que me despejó. Pronto, las luces quedaron a mi espalda.

Reconocí a Víctor, ahí estaba, de pie, en medio del patio, abrazó a Matías y se hizo a un lado. Traía una mochila grande, una gorra extraña y lucía cansado, lleno de polvo. Atrás, Antonio, Jiménez y Rodríguez (Clara), otra mujer que identifiqué como López (María), Orellana, Bernabé y Otilia. Todos habían caminado desde distintas direcciones y luego se habían juntado en un punto para dirigirse a casa de Matías. Lo hicieron como en los viejos tiempos. Literalmente venían de todos los puntos cardinales del país. Los conocía a la perfección. Habían envejecido desde la primera vez que nos encontramos. En honor a la verdad debo decir que ya eran viejos en ese tiempo, unos mucho más que otros, pero eran los mismos de siempre, con esa luz en sus rostros que develaban haber sobrevivido a la locura de las dictaduras.

Víctor hizo una seña con el haz de luz de la linterna y nos fuimos al corredor después de los abrazos. En minutos teníamos en las manos café caliente. Todos traían amarrados paliacates verdes o rojos en el cuello. Nos mirábamos y éramos incapaces de decir ni una palabra. Matías sacó una botella de ron blanco y sirvió un chorrito en los pocillos de peltre. Brindamos, yo trataba de sonreír, pero la emoción era más fuerte. Nunca los había visto juntos. Matías me hizo creer que no se conocían entre sí. Los labios me temblaban por la ansiedad. Estaba boquiabierto porque no estaba preparado para tal sorpresa. En cualquier caso, escondí lo mejor que pude mis emociones y los escuché exponer los incidentes del camino. Algunos caminaron más de sesenta kilómetros, otros menos, sin contar la distancia en bus y las horas de espera en cada cambio de dirección.

—Mirá Gabriel —dijo Otilia, quien bajó por el viejo camino de las Verapaces: el Chol, Granados, Concuá. Mostró sus tobillos inflamados por una hierba que rozó al salir de un río. Dirigió su linterna y vi sus piernas escamadas y sus músculos duros a pesar de la edad.

Matías se retiró y regresó con un tubo de pomada. Se puso de rodillas y le frotó los tobillos. Una dosis de esto te ayudará, dijo. María se puso de pie y contó que por poco no llegaba porque el aviso tardó en llegar, andaba por Tapachula. Los miré sentados, cada cual en una silla, una banca o un tronco, simplemente mirándose. Matías se encogió de hombros. Antonio hizo una pequeña broma pero terminó callándose. Adquirieron otra proporción, una que se imponía sin que nadie se diera cuenta.

Víctor confesó que ya no dormía bien. Era mayor que Matías y para ocuparse de algo se dedicaba al insomnio. Clara asintió y río porque dijo que a su edad le estaba vedado beber. Cuando lo hago me caen encima mis nietos, dijo. Orellana, más circunspecto, también aceptó que apenas lo probaba. Me vio y sentí que esperaba que dijera algo, pero no lo hice. ¿Qué podía decir? Se pasó la mano por entre el pelo cano y se lo peinó con los dedos. Con el índice izquierdo movía su labio inferior. Miré alrededor, me sentía muy lejos y muy cerca de todas esas personas, las admiraba, conocía parte de su historia, una mínima parte, es cierto, porque Matías nunca abundó por completo en su epopeya. Los eché de menos cuando empezamos a distanciar nuestras reuniones. Los primeros ocho años fueron cada tres meses, luego cada seis, hasta vernos una vez al año. Teníamos más de dos años de no juntarnos.

Esa sensación de lejanía y cercanía a la vez no la comprendía y me negaba a que tal cosa fuera de ese modo. Poco más es lo que recordaba. Mi vida no se parecía ni remotamente a la que pensé que llevaría después de trabajar con ellos. Anhelé cosas que no lograba precisar en esa madrugada. Menos, qué quería en ese entonces. Matías tuvo planes, no sé si mejores o peores, y así fue como nos conocimos, y esa es la razón por la que seguíamos juntos, sin embargo, ellos estaban hechos de otra pasta, otro temperamento, de una compasión desconocida para mí y en mi fuero interno me exasperaba lo injusto que resultó la historia con ellos y lo superficial que era para cosas trascendentes. Tal vez por ello la Bruja Mala no me perdonaba mi grosería, mi desorden y mi pereza. Aunque mi nula voluntad hacia ella tenía una explicación: sus excesos de beatería ideológica. Para ser sincero, si no fuera por esas anomalías y que acostumbraba vestirse con unas fachas de nostalgia sesentera, la Bruja Mala bien trabajaría de *top model* o de edecán de anuncios de cerveza.

Isabel, la mujer de Rigoberto sirvió más café. Ello fue el pretexto para que Matías diera por finalizada la reunión y nos convocara a las ocho de la mañana. Después del desayuno, dijo, comenzaremos a trabajar. Dio indicaciones dónde dormiría cada quien. Poco a poco nos fuimos despidiendo uno del otro. Me quedé al último. Isabel estuvo a mi lado unos minutos. A unos cuantos pasos de mí, acudió su cabellera espesa, larga, de un negro azabache que parecía un abismo apacible. Al sonreír separó los labios y preguntó dónde vivía. Era menor que su marido. Mucho menor, de esas campesinas que poseen una belleza profunda, natural. Rigoberto acomodó en su casa a María, Clara y Otilia. Isabel preguntó si deseaba más café.

A la media hora conversábamos ligeramente adentro del bosque. Me contó su historia, fue bebedora desde los diez años hasta que Rigoberto la salvó de las garras del alcoholismo. Tenía ochos años de no beber. Calculé: no es mayor de veintiocho años. Tomé sus manos y las besé. Ella, sin más, me bajó el zipper.

Acto seguido, le subí el vestido y la penetré. Sus ojos resaltaban su belleza. Mientras más entraba en ella su labio superior se henchía y sobresalía provocativamente, excitándome de un modo distinto, como nunca. Relájate, pidió, apretando mis manos.

—¿Alguna vez has hecho esto con otra persona que no sea tu marido?

—No creo que sea de tu incumbencia —dijo, acomodándose la ropa. Demandó que esperara quince minutos en los árboles hasta que cerrara la puerta de la casa.

***

Entré a la habitación, encendí las luces, me quité la ropa, la doblé en una silla y la dejé al alcance para cogerla cuando llamaran a desayunar. Me metí entre las chamarras e intenté cerrar los ojos. No podía concentrarme, seguía fascinado por la perfección de Isabel, hasta creí que en pocos momentos me había enamorado de una ex alcohólica, gentil, tibia y silenciosa. Al cabo de un rato me di la vuelta sobre un costado y me quedé dormido.

Soñé que la ahorcaba mientras le miraba a la cara detenidamente. El crimen lo cometía porque estaba seguro de que no podía existir tanta felicidad así de silvestre. Confesaba con un ardor nunca sentido que la amaba. Poco importaba que ella no me escuchara, que estuviera en la otra casa con Rigoberto, María, Clara y Otilia. Poco importaba que estuviera ovillada con sus dos pequeños hijos. Le pedía que nos fuéramos de ahí, seguramente a ninguna parte, ella aceptaba, y no había forma de remediarlo. También me asechó otra pesadilla: el apremio de salir corriendo del bosque porque fuimos sorprendidos por la Bruja Mala y debido a cuestiones de honor, debía ser expulsado en el acto y acabaría siendo señalado por degenerado, traidor a la confianza de los compañeros y un abusador sin remedio de la ingenuidad de una joven madre. Como sea, acababa en prisión, donde era víctima de una generalizada tortura con resultados nada halagadores: una inflamación en los testículos, o como decía mi tío Olegario, «un horripilante dolor de huevos».

A continuación, no podía ver a los ojos del sobrino de Matías. Me había quedado ciego por la voracidad de su Venus. Aún así, no me dirigió el más mínimo reproche. Lo único que alcancé a balbucir fue que era bonito el color del pelo de su mujer. Me hundí el resto de la pesadilla en el ocio animal que caminaba a la par de ella.

Desperté sudando, volví a tenderme boca arriba. Pensé unos instantes en la realidad afuera del lugar, en la desnudez adentro de Isabel, en la estupidez que acababa de cometer, en la misteriosa reunión que convocó Matías y fui incapaz de más pensamientos, salvo que debía dormir. Imposible. Eran las seis. Entré en la cumplida epifanía de su sexo, descubriendo mi lado perverso e Isabel presumiendo ser la rosa, gozosa en su fulgor, quizá yo mismo la tristeza.

Encontré a Orellana reparando los tacones de sus botas y remendando un agujero de su mochila. No parecía el que en sus mejores tiempos logró romper un cerco del ejército a un pelotón de la guerrilla en la Sierra de las Minas, a mediados de los sesenta. Ahora era un respetable y enjuto anciano, poco dado a las palabras. Cuando nos conocimos, esa fue la única confidencia que tuvo conmigo. Matías me diría después que eso apenas era un pequeño detalle de la vida de Orellana. Esa vez, contó que el teniente Aníbal, un joven grandote y dado a la parranda, bajó a Gualán, Zacapa, a buscar provisiones. Como era su costumbre, se puso borracho como una cuba y amaneció debajo de una mesa de billar con dos mujeres. Como pudo, salió huyendo temprano, robó una moto y se dirigió al punto de desembarque.

La inteligencia militar lo dejó ir para detectar la posición de la fuerza insurgente. Los soldados arremetieron en la oscuridad de la noche. El ataque repentino los obligó a desmantelar a toda prisa el campamento y fragmentar la fuerza. Orellana tomó el mando y ordenó dividirse en cinco pequeñas unidades. Lo básico, dijo, era estropear la unidad del enemigo y quitarle la iniciativa. No había tiempo para reuniones de Estado Mayor ni para estudiar mapas. Lo fundamental era adivinar a su favor el desenlace del combate.

La explosión de las granadas, las ráfagas de ametralladoras y fusiles tirando, moviéndose al ataque, a ciegas, como algo inexplicable, misterioso, helaba la sangre del más valiente. Había aprendido del comandante Turcios que la guerra era un arte, pero a su vez, un error repetido, como le sucedió en los alrededores del puente de Concuá con la rebelión que encabezó el coronel Paz Tejada empezando los sesenta, donde sobrevivió de milagro y luego, preso en la cárcel de Salamá, Baja Verapaz con el hijo de Miguel Ángel Asturias.

En fin, una retirada ordenada, sin heridos y la sensación de haber envejecido unos diez años. La única baja, Aníbal, quien después se convertiría en torturador y diputado del Movimiento de Liberación Nacional. Meses más tarde, Orellana bajaría al frente urbano y se dispersaría en la clandestinidad.

Después apareció en el quicio de la puerta Otilia, cepillaba su larguísimo pelo. Rolliza, era un torrente de energía a pesar de sus sesenta y cinco años y diez en un frente guerrillero, artillera en sus inicios y después, entrenada como comando. Su contextura física, a pesar de la edad, era notable. Atrás de ella, María, costeña, flaca, huesuda, acostumbrada a moverse entre las sombras y los límites de la frontera sur. Bernabé, curtido por el sol del altiplano, bajo de estatura, testigo de las masacres y sobreviviente de decenas de ofensivas del ejército. Uno a uno fuimos coincidiendo en un rancho que hacía las veces de cocina y comedor. Antonio lucía de buen humor, elocuente y original, fue el clásico militante bisagra entre frentes rurales, semi rurales y urbanos. Jiménez, eternamente discreto, evasivo, como Clara, tenían la pinta de actores, representaban su papel, como si no fueran suficientes más de veinte años de estar lejos de la militancia, el peligro y la persecución. Era lógico, fueron de los pocos que sobrevivieron a la cacería de la inteligencia militar en las ciudades.

Matías llegó bañado y fresco, echó un vistazo a Víctor, que estaba sentado a su lado. Se quitó la gorra y pasó la mano por el pelo. Tenía el aspecto de un abuelo untado de paciencia y sabiduría. Esa mañana avisté las brechas de tiniebla en sus ojos. Creí que reflexionaba sobre las mismas cuestiones que a mí me inquietaban. A mi derecha alcancé a ver la silueta de Isabel cruzar un sendero con una olla que humeaba.

Tuve miedo de ver a los ojos a Rigoberto. Cuando lo hice, no parecía alarmado, al contrario, sonrió y trazó con las manos un amplio círculo en el aire. Mientras servían el desayuno, todos conversaban sobre temas relacionados con su pasado. Contabilizaban los que se fueron muriendo de vejez y de soledad. Cómo habían crecido los hijos, los nietos. Algunos rememoraron cuando cavaban trincheras y la efectividad del camuflaje antiaéreo o la burla de los extensos cercos de tres meses de duración. Con naturalidad pormenorizaban su buen estado de ánimo a pesar de la adversidad y el asedio permanente. Se burlaban de los errores del adversario y de cómo hacían gala de una iniciativa admirable.

—Buenos, compañeros, estamos aquí para cerrar un ciclo de nuestras vidas y llegar a algunas conclusiones —intervino Matías, con esa mirada de ojos oscuros.

—Adelante, Matías, somos todo oídos —aceptó Bernabé.

Matías, sin más preámbulo, estableció un plan de trabajo. Cada quien debía resumir sus años de militancia y a cuánta gente conoció. De ello, cuántos sobrevivieron y el número de muertos.

—¿No hicimos eso ya en estos años con las listas que Gabriel ha construido desde hace tiempo? —cuestionó Antonio.

—No es ese aspecto que deseo resaltar. Necesitamos ordenar la información con cierto método. Hemos acumulado mucha, es verdad, por consiguiente, necesitamos clasificarla, descartar personajes, hechos, aclarar algunas situaciones y volver a comenzar y conducir nuestra conversación hacia los puntos oscuros, pero, sobre todo, es fundamental quitarle números a estas historias y ponerles carne a las experiencias personales.

—No entiendo. Hemos dado la mayor información que poseemos —intervino Clara.

—Vamos por partes. Lo que hicimos fueron listas con nombres de compañeros capturados. Miles, en todas las regiones del país. El problema de éstas es que hay un porcentaje considerable donde sólo tenemos seudónimos y por asociación creemos dar con sus verdaderas identidades. Esa información la cruzamos con la que posee Estela. Al hacerlo lograremos establecer nexos aunque los datos sean precarios.

—¿Entonces, de lo que se trata es de volver a rehacer las listas? —insistió Jiménez

—No. Lo que haremos es un mapa de la resistencia del país.

—Matías, es lo mismo. No es que trate de sacarte de un error, pero las desapariciones están ligadas con la resistencia —interrumpió Bernabé.

—Lo sé, cuarenta y cinco mil desaparecidos están ligados con la resistencia… y me temo que la cifra se queda corta.

—Sí, pero cómo hacemos ese mapa. Ello rebasa los propósitos de esta reunión. Además, cuántos años nos llevaría levantar esos datos. Existen datos públicos, los menos, pero, y los que no aparecen en ningún registro.

—Esto es más viejo. La Ley Penal contra el Comunismo avaló la acción del Comité Nacional de Defensa contra el Comunismo y ya para noviembre de 1954 existían 72 mil personas listadas en el registro de comunistas —advirtió Víctor.

—El punto es que trabajamos intensamente en formar esas listas. Gabriel las sistematizó. La idea original fue reconstruir en conjunto con las organizaciones de familiares de detenidos-desaparecidos la identidad de las víctimas y reclamar justicia. Ahora hemos evaluado con Gabriel que esas listas poco ayudan a ello. Es más, descubrimos que la nuestra está más relacionada con la resistencia durante cuarenta y dos años —agregó Matías.

—Para mí, la culpa la tienen los anticomunistas —dijo María.

—Vean ustedes, el que inició la resistencia armada no fueron los del partido comunista. Fueron los militares —aclaró Víctor.

—¿Los militares? —cuestionó Clara.

—Por supuesto —afirmó Víctor. Sacó un pequeño libro y de esa lectura se revelaron datos desconocidos para muchos:

> La historia empieza con los cadetes de la Escuela Politécnica el 2 de agosto en 1954, sigue después con la sublevación de sargentos en la Guardia de Honor y otras bases. En 1955 se produce un alzamiento en la Fuerza Aérea, dirigida por el coronel Francisco Cosenza. Hubo diez militares muertos y más de 100 encarcelados. Meses después, muere el coronel Humberto Fernández Izaguirre y el teniente Guillermo Moncada. A finales de ese año, se produce un levantamiento encabezado por los coroneles Arturo Niederheitmann y Oscar Domingo Valle. Otro acto similar se da a principios de enero de 1956 comandados por los coroneles Carlos Paz Tejada y Francisco Cosenza y por el teniente coronel Adolfo García Montenegro. En mayo son asesinados el mayor Pedro Granados y el teniente José Luis Rubio. En junio del siguiente año, aparecen los cadáveres del coronel Carlos Sarti Morales

> y de Francisco Méndez Montenegro. En julio de 1960 el teniente José Guillermo Lavagnino y un grupo de jóvenes intentó tomar la base militar de Cobán. El 13 de noviembre, un treinta por ciento de los oficiales realizan el levantamiento militar de mayor envergadura. Para terminar, en 1962 regresaron del exilio mucho de los militares perseguidos y entraron en acción cuando crearon el frente Alejandro de León y el Movimiento 20 de Octubre encabezado por Paz Tejada.

—Qué, ya se nos olvidó que el comandante Luis Turcios Lima era oficial del ejército, así como el capitán Alejandro de León y Yon Sosa, y le paramos de contar…

—Creo que hay otra vertiente de resistencia, la histórica, la que estuvo ahí y que viene desde tiempos inmemoriales. Si aún algunas personas recuerdan a Socorro Sical —respaldó Bernabé con el consentimiento de Otilia.

—En todo el territorio, las historias de resistencia tienen, al menos, más de cuatrocientos años. No hay que olvidar que desde 1529 hubo motines. En 1755, en Comalapa; Manuel Tot en 1813 o el despojo de tierras en 1893 y 1900 en Chajul o el levantamiento en San Juan Ixcoy en 1898. En 1936, por ejemplo, hubo uno en Nebaj, donde el coronel Daniel Corado, quien ostentaba una crueldad legendaria, capturó a los líderes y los fusiló. Antes que el pelotón descargara sus armas, Corado reía a carcajadas —precisó Otilia.

—También en Izabal es impresionante lo que se escucha y la gente guarda en su memoria —dijo Orellana.

—Es decir, existe una sutil línea entre desaparecidos y resistencia y es tan delgada que estamos hablando del mismo tema —cuestionó María.

—Así es López —indicó Matías.

No intervine en ninguna de las ocasiones. Sólo observé en silencio sus gestos y rostros cuando particularizaban el fragmento que les correspondía de la historia. A pesar de la amargura de la trama, cierto tono abrigador se creó de inmediato, como si fraguaran una nueva insurrección. Les daba lo mismo, si alguien les hubiera dicho que la guerra había terminado, no se habrían movido del lugar. En cada quien quedaba un dolor constante que les encogía el corazón. Hablaron de un modo anormal, entre apacible y ritual.

Aunque todas sus vidas habían llevado la contraria a las dictaduras, ahora no se hablaba de ello con nadie. Antes bastaba con que algún compañero les explicara cómo se realizaba determinada tarea para que se agitaran hasta el punto de ponerse eufóricos, orgullosos, valientes. Y de eso se trataba la reunión con Matías: Dejar de hablar de los caídos y recordar las batallas, las caminatas, las reuniones clandestinas, las miles de tareas realizadas contra reloj y sin recursos, los esfuerzos de trabajar semanas sin dormir, sin descansar.

—Hay que darle la vuelta a esa lista —advirtió Matías.

Por alguna razón que no pude explicar, tuve la impresión de que conforme hablaban empezaron a adelgazar y a parecerse cada vez más cuando eran jóvenes y que sólo reconstruyendo esa parte de su biografía podrían encontrar algo para llenar su vacío. Porque en aquel pasado, ingenuo, sencillo, eran no personas. Conversar era hermoso en la medida que se salía de aquella penumbra a un claro iluminado. Como una mañana feliz en una vida miserable. Como si dijeran en voz alta: no lo logramos a pesar de las rebeldías a granel. Un vaivén entre los sueños y lo desigual, porque surgía una verdad terrible: la doble derrota de la revolución, aunque muchos de ellos hubieran reaccionado al decir que no, que derrotaron el proyecto anticomunista y contrainsurgente, que lo suyo era, sin duda una revuelta histórica, revuelta en el sentido de un regreso a los orígenes.

***

Rigoberto anunció el almuerzo. Nos dispersamos en el patio. Yo me quedé en una orilla del corredor. Observé a distancia a Isabel, era una princesa que salía a un claro, se abría paso entre las ramas de un limonar y apartaba los arbustos cubiertos de azaleas. Un dolor amargo se apoderó de mí, impotente, pero simultáneamente grato.

Orellana se acercó. Dijo que esos recuerdos le provocaban náuseas y que eran como un mal olor, como si estuviera en un hospital con una camisa húmeda por el sudor de la fiebre. No insinuó más, se retiró a deambular por allí. Clara también me abordó. Me contó que en 1989, año en que se retiraron de la lucha, se mudaron con Jiménez a una casa que les pareció el paraíso, pero no tuvieron mucho tiempo para disfrutarla. Aún vivían con miedo. Pregunté si era objetivo o mero producto de la paranoia de la clandestinidad. No, por supuesto que no, dijo, casi enfadada.

—Hay una regla que aprendimos: cuando luchas, si algo extraño llega a tu orilla, o es mierda o el inicio de un zarpazo.

Antes a almorzar nos tumbamos sobre las bancas del corredor a fumar y beber otro vasito de ron blanco que Matías tuvo la gentileza de proporcionarnos. Después del tercero, a varios se les fue la lengua y hasta preguntaron a Matías si no tenía alguna grabadora para escuchar música. María se puso a cantar, algo que resistimos exactamente once minutos cuando salimos despavoridos.

Después de la comida, convinimos descansar dos horas. Me fui a mi cama, desde la ventana el río, el bosque y las flores se hallaban serenísimos, como si en el mundo no existieran las traiciones, el odio ni la vejez. Creo que me dormí una hora. Soñé que la Bruja Mala se incorporaba a la reunión y aparecía con un ridículo vestido artdecó, peinada y maquillada como una loca desorbitada a desenmascararme, según ella, por mis extrañezas y anacronismos. Es díscolo, egoísta e intolerante, gritaba. Abría los brazos para demostrarles a los demás de qué tamaño eran mis yerros. Claro, sus gestos no concordaban con sus acusaciones y significaban todo lo contrario. Brincaba en una silla y les decía que yo era una especie de capital del vicio.

Desperté empapado en sudor, pensando que trabajaba en el departamento de planificación de una enorme empresa transnacional dedicada al turismo sexual. Me levanté y me lavé la cara. Faltaba una hora para reanudar la sesión. Abjuré de los deseos miserables de la Bruja Mala. Sin duda, era presa de la desesperación emotiva que la hundía en la confusión y fiel a su propio instinto anárquico deseaba arrastrarme con ella porque no lograba someterme a las reglas. ¿Y si en realidad lo que quiere es subarrendar mis servicios espirituales y no sexuales?; me planteé esa inaplazable pregunta para desperezarme de la mona del sueño. Incluso, no hacía mucho comprobé que mis vecinos de consultoría se permitían cambiar miradas de asombro cada vez que ella anunciaba, no sin amargura, que ya no sería contratado para ninguna investigación. No obstante, siempre llamaba para citarme y poner sobre su escritorio el trabajo siguiente. De mi parte, la mejor forma de evadirla era no enfrentarla —bueno, eso pretendía e invariablemente concluía urdiendo lo contrario— y escribir cualquier cosa, porque la necesidad de trabajo impedía que le dijera con ecuanimidad: ¡perfecto, quédate con tu trabajo, renuncio!

Enseguida me tumbé en una hamaca para leer *Vida y destino*. La lectura no me interesó demasiado. De algún modo había quedado indigesto de historias de resistencia.

***

Matías, Víctor, Orellana y Bernabé charlaban sobre sus respectivas experiencias. A pesar de la lejanía de los hechos, hablaron de los 244 huelgas ocurridas entre 1966 y 1978 que movilizaron a un cuarto de millón de obreros y campesinos. O entraban en detalles, como el día que murieron 40 personas, otras 300 resultaron heridas y mil quinientas detenidas. Al calor de un café, Matías indicaba a cada uno la nota apropiada. Además, era el encargado de extraer las conclusiones precisas sobre hechos, que en algunos casos, tenían más de cincuenta años. Quien más me impresionó fue Víctor, con sus aportes eruditos. Una verdadera Biblia de la resistencia. Poseía conocimientos exhaustivos de hombres y acciones distantes en el tiempo y dispersos por toda la geografía nacional. Sostuvo que tan sólo en los primeros sesenta días de su gobierno el general Lucas García ya había asesinado a cuatro mil ciudadanos. Juzgué que todo cuanto había habido de heroico y bueno entre ellos seguía vivo. Y no era para menos, describían una casa de pie y en ruinas en una esquina lejana. Quise decir que donde hubo espejismo, debe haber vida. No lo hice, convencido de crear expectativas innecesarias.

Jiménez, según sus costumbres conspiradoras, llegó en silencio y se colocó de inmediato al margen de la charla. Aparte de conocer bien la historia de la resistencia por su privilegiada posición de comodín entre diferentes tareas, resultaba dudoso que supiera distinguir con claridad la motivación de Matías para convocar a esa reunión, que en principio auguraba quebraderos de cabeza, cosa que no sucedió. Desconfiado, no ocultó que se sentía molesto y disminuido.

Lentamente llegaron Clara, María y Otilia. La conversación adquirió un nuevo acento, más delicado. Ahora platicaban mucho mejor. La llovizna imprimió una vaga melancolía en la entonación de la voz de todos. Puede que al hundirse en la mancha de esas memorias, los minutos acabasen como el primero, el más antiguo, el menos doloroso.

El pasado ejercía una fascinación incuestionable y podían enfrentarse a quien fuera y con ello reescribir acontecimientos que parecían ocurridos a la vuelta de la esquina, como la nómina de 1970, donde 198 sindicados de pertenecer a facciones izquierdistas estuvieran muertos años después o cómo, entre el dos y el siete de octubre de 1978, 849 personas fueran capturadas, 22 asesinadas y 99 heridas. Todo era tan extraño. Nada dependía de los éxitos o fracasos. El rumor de la presencia de los muertos cada vez era más audible. Una lección de historia para mí, tan distante de las pasiones humillantes, incapaz de imaginar el tamaño y la constancia de ese asedio. Ahí estaban, reunidos para buscar pretextos para discutir, resumir y llegar a una conclusión imposible. Por abajo de nosotros había un mundo oscuro, cuya falta de lógica o de verdad continuada, resultada reveladora. Sí, no habíamos logrado una verdad continuada. Aquí sólo había lugar para personas que vivieron antes, son mayores y nada quieren de los demás, tan sólo morir y acabar por fin con el silencio.

Se interesaban vivamente por los nuevos movimientos sociales y las antiguas resistencias rehaciéndose. Pero ese matiz era más emotivo que un interés y conocimiento sociológico; explosividades abriéndose sin el frenesí dogmático y la fe ciega de años antes. Curioso, los agravios nunca se acaban, un reproche mudo se hundía al terminar el día.

⁂

Solamente en sueños venía Isabel a mi cama, con su risa juvenil, sin miedo a ser descubierta por su marido. Siete días duraron éstos, hasta que el octavo, de madrugada, un susurro caliente en mi oreja me despertó. Una sordina inhibía la imaginación. No me moví y dejé que ella desafiara el ridículo de mi tensión. El resto de noches sólo podía abrir la boca a la ansiedad y a un deseo de inmortalidad, porque la olía, la tocaba a oscuras y ella murmuraba purezas, sintiéndome sucio porque amanecía vacío, obligado a admitir que moría por ella.

La rutina impuesta por Matías consistió en reuniones de tres horas en la mañana, descanso y por la tarde, otras cuatro. Las noches eran libres y podíamos hacer lo que quisiéramos. En unos de esos ratos de inactividad, pude fijarme en una bodega que había a la derecha de la casa de Rigoberto, en la que a la par se levantaba un montículo de tierra. Le pregunté a Matías qué era todo aquello. Es un antiguo buzón, me dijo. Ahí supe hasta qué punto no podían ser exageradas sus precauciones. Estaba claro, bastaba echar un vistazo a los alrededores para comprender por qué llevó una vida tan discreta. La revelación resultó molesta, porque tuve el sobresalto de que yo también debía decir algo. No se me ocurrió nada sensato, más bien me sentí visiblemente idiota por preguntar cosas que no me importaban.

⁂

Antonio fue un conspirador minucioso, implacable consigo mismo y con sus subalternos. A partir de los veinte años había concedido toda su vida a la lucha revolucionaria. Durante todos los días, su pensamiento y energía estuvo fija en las tareas. Trabajaba con intensidad y nunca se dejó vencer por el miedo, el hambre y la soledad. Y, al igual que la mayoría de sus compañeros, adolecía de un defecto: nunca le gustó documentar los hechos. Ninguno de los presentes escribió ninguna línea sobre su experiencia. Puede que allí radique su mejor virtud. Existieron razones naturales para ello: cualquier escrito corría peligro de caer en manos del enemigo y delatar estructuras, casas, recursos, vehículos, instituciones. Ese profundo terror de tomar una pluma y resultar en delatores era justificado y estaba sustentado en la experiencia histórica.

En las reuniones se esforzaron por igual en una misma cosa: mostrarse sin reservas y contar lo que por primera vez decían sin el temor a ser capturados o señalados como colaboradores de la inteligencia militar. La tarea consistió en liberar recuerdos, dolores, emociones, nombres, lugares. Se apoyaron en un sentimiento consolador, por lo menos eso sugería sus risas, las bromas, la expresión idéntica y la mueca dolorida cuando se metían en detalles y fechas.

Yo intervenía poco y apuntaba lo más que podía. Algunos hablaban muy rápido, como si darse prisa significara romper un enorme cerco militar. Los relatos constituían para mí una frontera totalmente nueva. En la vorágine de los testimonios, se sobrecargaba el ambiente. Una vez terminaban, se alejaban lentamente de ese muelle de la memoria que les había posibilitado aferrarse a un sentido de la vida. Con sus palabras bordeaban el pasado sin anegarse en el lodazal de dolor. En el despliegue de exposiciones, nadie se quedaba a la zaga.

Por las mañanas, los recuentos eran más cortos. Como si pasaran revista a hechos puntuales. La tarde servía para reafirmar que de todos modos nada salió bien. Al cuarto día salieron a luz los combates a lo largo de la Sierra Maestra; San Marcos, Quetzaltenango, Sololá, Quiché, Chimaltenango. Más atrás, la Sierra de las Minas y el heroísmo de los militantes urbanos, de los sindicalistas, de los estudiantes, de las amas de casa, de los vendedores ambulantes, de pequeños comerciantes, de empresarios, de intelectuales, de religiosos, de campesinos. De las decenas de miles de víctimas inocentes, ajenas al enfrentamiento.

Durante más de treinta años resistieron a pesar de los grandes contingentes militares desplegados. Los frentes sólo contaban con docenas de combatientes, soportando el peso de las terribles luchas. Cuando Antonio narraba alguna batalla en particular, me negaba a creer que un puñado de hombres rechazaban a compañías y regimientos durante semanas o meses. Pero ese puñado de hombres era sostenido por miles de manos invisibles que los avituallaban, servían de correos, trasladaban heridos, armas y municiones. Sin ese esfuerzo, jamás hubiera durado la guerra más de un año.

La segunda semana ocurrió algo que parecía imposible: que la historia fuera más grave o peor de lo que hasta ahora. Y así fue. María, una tarde, se abrió a la oscuridad, como si nos metiera a todos en un follaje de noche. Entonces, describió con sus detalles más espeluznantes las capturas en las aldeas, en los municipios, en las ciudades medianas, la persecución de campesinos, los miles de refugiados huyendo por el volcán Tacaná o buscando la selva mexicana. Explicó cómo muchos lograron sobrevivir, aguantaron los golpes y de tanto hacerlo, se aletargaban y olvidaban el dolor.

—Nos acostábamos en el suelo y después del primer puñetazo ya no sentíamos los siguientes porque nos quedábamos dormidos —dijo.

Señaló que ello los obligó a inventarse lugares para esconderse para siempre, arrasados por el miedo y la tristeza.

—El hecho es que desde entonces nos quedamos nombrando los nombres, para que no se nos olvidaran —concluyó.

Orellana venció su timidez y narró los combates en la Sierra de las Minas y luego la represión y las masacres comandadas por el general Arana. Fue parco, considerando el tamaño de lo que detalló. El capítulo de Bernabé y Otilia resultó un agujero: Quiché, Huehuetenango, las Verapaces como un infierno que nunca habíamos atendido. El relato fue como unos truenos, los más ensordecedores que cupiera imaginar.

Jiménez preguntó si todo lo dicho no estaba ya escrito en el Informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico y el REHMI de la iglesia Católica. Matías negó tal supuesto.

—Recuerden que la mayoría de sobrevivientes que entrevistamos no fueron a dar su testimonio a ninguna de las dos publicaciones que menciona Jiménez.

Antonio resoplaba de emoción. Entendía que ahora, sin haberlo preparado adelantadamente, fue capaz de pronunciar un largo resumen sobre sus veinte años de lucha y otros tanto de hundimiento en el silencio, como si el resultado de todo ello fuera convertirse en una sombra. Sabía que sus compañeros experimentaron la misma agitación y júbilo al comprender que la hazaña de sobrevivir a esa debacle civilizatoria estaba entroncada con las resistencias más antiguas contra el autoritarismo y el espíritu de patrón de finca que ha prevalecido en el país.

Durante las sesiones se intercalaban, una vez María, otra Bernabé, de pronto Jiménez o Víctor y así, todos involucrados en construir ese resumen de la resistencia, el dolor, la persecución y la valentía. Del Pacífico brincaban a las partes más altas de la sierra de Los Cuchumatanes. Del volcán Santiaguito al volcán de Agua; unas tardes aparecían las planicies de Petén o la aridez de la tierra caliente de Oriente. Yo simplemente escuchaba como si hubiera nacido mi vocación de escritor. Tomaba notas todo el tiempo. Iban de las generalizaciones al detalle geográfico. Los combates en la boca costa o las capturas de los campesinos cañeros después de las huelgas. Los aviones de los finqueros tirando bombas a diestra y siniestra; los escuadrones de la muerte sacando a los habitantes de los ranchos, en las noches con las caras pintadas de negro; las largas marchas de los combatientes sin comer, sin poder secarse, sin dormir, combatiendo cada día o cada dos; las retiradas de miles de personas hacia los bosques o la selva húmeda, dejando atrás la estela de fuego, muerte y desolación; los secuestros a plena luz del día de sindicalistas o estudiantes; hablaban sin parar, como si escribieran una obra en primera persona o en tercera, según fuera lo relatado. Me sentía en el lado opuesto, sumido en sombra o en luces cuando los ataques al ejército resultaban efectivos, contundentes. Callado, en una esquina del corredor y de cuclillas, reparaba en que esa voluntad fue como un río que tuvo su propio obrar para evitar la aniquilación.

Matías supo que el desahogo de sus compañeros era la madera de sus vidas, ese material midiéndolo, contando sus piezas antes que la negrura gélida de esa época los cogiera otra vez. Así lo entendí al verlo a los ojos y atrapar en toda su dimensión esa oscuridad civil.

En uno de los descansos hizo saber que no vendría Estela. En la tarde se metió en los empeños por desentrañar destinos que a fuerza de repetirse quisieron ser ejemplares. Una idea empezó a flotar: si al final resulta que no valía la pena hacerlo, lo hicieron y ese es el consuelo, ni victorias pírricas ni derrotas humillantes. Como sea, aferrarse a un núcleo, a una posibilidad perfecta; mantenerse indefinidamente a esperar con una velocidad mansa, insignificante;

entretanto, estar seguro de que ocurrirá a pesar de todo algún viernes, quizá; estar seguros que había cosas nuevas que contar, menos, una verdad arrancada de un fingido razonamiento.

Al fin llegaron los resúmenes, la ansiedad fluyendo por las hendiduras, los asomos de los retiros emocionales cuando la edad es una cortina de niebla abriéndose demasiado cerca, y los despojos se enroscan de vuelta: hicieron tanto como pudieron haber hecho.

Entonces, las conclusiones: nosotros no buscamos ese camino, nos empujaron hacia él y lentamente de vuelta del sueño al horror; y cada uno fue describiendo su biografía, sus amores, sus sueños, esa sangre que era como ceguera de mediodía, las súbitas razones y los trenes, las gentes conforme no llegaba el final.

Una noche antes, ya no los oía, tan sólo un rumor me llegaba y dejé de anotar y me aproximé a una conclusión: las palabras son un mera especulación; los ahí presentes hablaron por la boca de miles, y ellos, todos, desaparecieron porque al sobrevivir a la persecución, cambiaron de lugar, perdieron su identidad y se echó al olvido su esfuerzo, su sacrificio. Un incontable victimaje, fueron mártires, ellos, al igual que los otros, desaparecieron y se quedaron en la derrota, en esa falsía que ni levemente retrocedió. Su única victoria fue no plegarse a la humillación del olvido.

Celebramos la culminación del encuentro con un gran almuerzo y mucho ron blanco. María se dio gusto con cantarnos rancheras y apuñalar los suaves efectos del alcohol. Ya no hubo memoria que contar, ni muertos ni heroísmos. Hubo jolgorio, comida y música. Sería la última vez, la mayoría moriría pronto y eso lo sabían porque arrastraban una desidia inocultable. Ya no había tiempo para pensamientos del mañana. Bailé con María, Otilia y Clara. Disfruté de un vaivén cuando lo hice con Isabel.

Los débiles resplandores de la madrugada inyectaron su propia urgencia: había que empacar, retirarse cada quien por el camino que llegó. Con Matías los despedimos en la orilla del corredor, se iban con su clandestinidad limpia, sin ambigüedades, aporreando las ramas y disolviéndose en el polvo de las respuestas y los lugares recónditos. Todos se pararon antes de entrar al bosque y le enviaron un beso y suspiros arrojados al aire, como si sus corazones cubrieran con una tela al mundo, al mundo de Matías.

***

Sin tener qué decir, profundamente impresionado por lo escuchado, me dolió verlos fuertes y felices como si juraran en un pantano, su lugar del paraíso. Entré a mi habitación y esperé que Matías me llevara de vuelta a la ciudad. Ellos hablaban con los dioses y he ahí su condición de no personas, cien veces nadie ante su salto al vacío, sus pobres vidas reventadas en la tormenta. Durante la espera recordé a mi padre, maestro de historia y geografía. Fue él quien me dio los primeros rudimentos. Más adelante serían Marc Bloch y Fernand Braudel. El enigma se reducía a una pregunta: de qué sirve tanta ciencia ante esa lección. Regresaba con una historia entre manos, porque no había archivos, sólo los de Estela y las fichas que había acumulado con Matías, sólo. Y ellos me contaron su vida como si fuera la última trinchera antes de morirse. Como si fueran los compañeros de la imposible libertad.

Hubo una vez un hombre, hubo una vez una mujer… ya todo es imposible, salieron del infierno porque los muertos creyeron que contribuían a la destrucción del viejo régimen sin saber que lo llevaban a la perfección de su locura.

Matías avisó que era el momento de irse. Antes de abandonar el lugar codicié la danza del fornicio, la cítara de Dios, los pétalos de Isabel, locamente natural. Tomé mi maleta y pensé que la violencia era una fiesta de sangre: El país se reencontraba a sí mismo.

VUELVE A FRACASAR. FRACASA MEJOR

La Bruja Mala convocó a una reunión. No en su oficina sino en una cafetería en el centro de la ciudad. Preguntó distraída dónde estuve esos quince días. Le expliqué en voz baja generalidades. Tuvo la astucia de buscarse un modito para no acosarme. Adelantó un pie como tanteando el terreno. Yo no retrocedí.

—¿Cómo vas, Gabriel?

—Bien, Margarita, gracias.

—¿Cómo va lo de Chimaltenango?, precisamente hoy preguntaron desde Nueva York —aclaró, despeinándose y juntando las piernas.

—Siguiendo a Kolakoswki, ese caso es la epistemología del *striptease* —dije. Tomó aire y quiso decir: ¡miserable!

Expliqué con detalles el fallido encuentro con los prósperos campesinos representantes de una de las tantas iglesias evangélicas que proliferan por doquier. Para mi sorpresa, se encogió de hombros y fue gentil y atenta. Pidió fechas y adelantos de proyecto. No encontré la vehemencia de otras ocasiones, tampoco el preludio y su apetito pensando en cómo avergonzarme.

—¿Hablaste con Manrique?

—Sí, ya nos pusimos de acuerdo.

Puso punto final a la indagación y me dio un beso en la mejilla. Te veo la otra semana, dijo, caminando hacia la salida. Llevaba puestos unos jeans que le ceñían el talle a la perfección. Ese era su verdadero cuerpo, el que escondía cuando vestía faldas de origen hindú y pañuelos desteñidos.

Regresé a casa y revisé mis correos electrónicos. Había más de diez de Susana. Anunciaba que llegaría a pasar un par de días. En realidad, una escala de un viaje de emergencia a Washington, escribió. Mientras hervía un caldo de pollo, contesté a sus insistentes preguntas: ¿dónde te has metido, Gabriel?, ¿dónde…? Las respuestas nada entusiastas, demasiado cinismo. Susana lo notó y de inmediato pidió que me conectara al *Messenger.* Quise suprimir un párrafo para desviar su bilis. Nada, sólo resumir ese cumplimiento y reparar en el doble plano de la realidad de nuestra relación. Como sea, un *happy end.*

Pasé varios días revolviendo las fichas, sometido a su materia nocturna. No lograba encontrar la raíz común de los odios. Tal vez no lo hubo ninguna vez. Antes de despedirse, Matías dijo: «en la vida no existen victorias ni derrotas definitivas». Me sentí arrellanado con el arribo temporal de Susana. Su último correo contenía bastante de sinceridad autobiográfica y destilaba una felicidad perfecta.

Había sacado varias lecciones del encuentro en casa de Matías. Esa idea hegeliana, muy desacreditada, de que la violencia política es la partera de la historia, necia como es, se revitalizaba ante el espejo de la tragedia actual. Sin embargo, seguíamos empantanados en la transición democrática, un cúmulo de historias inconclusas. Esas verdades, tan viejas como el mundo, confirmaban que ésta devino en una metáfora calva, incapaz de movilizar a las personas. Le dije a Víctor que a mi juicio, la idea de la «Revolución» dejó de producir significados, no por su antigüedad, sino porque codifica experiencias que se volvieron intraducibles para la mayoría de la población, tal vez pertenecen a un mundo que ya no habitamos. Como un árbol con ramas que se ignoran.

—Es duro lo que dices, pero es verdad. Hoy somos una patria bipolar que terminó hundiéndose en el barro del miedo y la indiferencia. El país que necesitó ordenar reprimiendo. Sin duda no fue una revolución, pero sí una revuelta —contestó y pensé en ese momento el sentido de la palabra como volver a los orígenes.

—También en la culpa —dije.

—No, ella está en otro lado —contestó, desdeñoso. Claro, nunca estuve ahí, siempre me había manejado con descripciones y nombres. No importaba, él lo veía tan bien. Pero, ¿a dónde miraba?

—Dime, ¿cómo se prepara uno para tener esperanza. Sobre todo cuando tratan de convencernos de que el pasado no existe?

—Somos aún una sociedad que se castiga a sí misma. Si no, cómo se explica el fatalismo de aceptar una realidad que escapó a nuestro control. No lo logramos a pesar de las rebeldías, no nos alcanzó el tiempo y la ofensiva del ejército nos aplastó y el triunfo fue cancelado, sin embargo, esa victoria se transformó, mejor dicho, alcanzamos una derrota al revés.

—¿Una derrota al revés?

—Como sea, el viejo régimen desapareció.

***

Cuando hice unos bocetos de nuestra realidad me percaté que existen sociedades mestizas, difíciles de meter en algún orden. Cualquier clasificación corre el riesgo de convocar rigideces y abrir la puerta a una suerte de bestiario medieval, donde importan menos los animales y más las ideas, como si éstas fueran viejos burócratas cuidando el puesto celosamente. No quedaba otra, las dictaduras –así, en plural– no fueron posibles sin una complicidad colectiva. Es decir, una mitad vigilando a la otra mitad. Mientras algunos se dedicaban a cercenar cabezas, los otros volteaban hacia otro lado sin pensar en los efectos, como si fuera una escenificación del *Retablo de las maravillas*, de Cervantes, donde Chanfalla, ese personaje pícaro, monta un espectáculo donde los personajes y la trama son falsos, no existen, pero el público aplaude por temor a ser descubierto en su propia mentira, porque ellos forman parte del mismo teatro.

Como no tenía mucha experiencia en la muerte, me figuraba que eso sería un grave problema a la hora de las interpretaciones y la redacción de mi libro imposible. Olegario, mi inefable tío me dijo alguna vez: ten cuidado muchacho con tu lengua, ésos no se tientan el alma. Lo único que consuela es que ya ingresaron a la posteridad. ¿Posteridad? Sí, mijo, como ¡hijos de la gran puta! A Olegario le gustaba los prostíbulos diurnos, donde aprendió a hablar con ese aire violento y miserable. Deseé burlarme, pero no tenía ni las fuerzas ni el talante para mandarlo a la chingada. Además siempre carecía de su retórica. Poco antes de morir conoció a Susana, la encontró boca abajo en el sofá de mi departamento. Cuando lo acompañé a la puerta, me jaló hacia fuera y advirtió:

—Mijo, lo jodido del amor son las enfermedades venéreas.

Reí y lo abracé. Falleció meses más tarde y dejé de ser acosado por su ironía y torturado por su propensión a la cursilería, disfrazada de sabiduría zacapaneca, tan a modo de campesinos con pistolas, botas y sombrero de ala ancha. A pesar de todo, lo quise.

A modo de antídoto contra la espera de Susana, comencé a escribirle poemas desde el *Messenger* a Piedad. Una vez me llamó de madrugada, muerta de la risa, preguntando si no estaba bebido. Juré nunca más escribirle un verso. ¿Y eso, de dónde viene tanta inspiración? Son unos versos de Gonzalo Rojas, tecleé. ¿Quién? Olvídalo, nomás me dio por escribirlos.

***

Susana no quiso que fuera a recibirla al aeropuerto. Así, me fui a su casa a limpiar el polvo y abrir las cortinas para que entrara un poco de luz y aire. Después, salí al jardín y me senté en una banca. Sólo quería observar las enredaderas y las hojas de unas plantas grandes que se mecían bailando. Ese momento bucólico me hizo olvidar la lista de los desaparecidos y los cinco cuadernos de notas del encuentro en casa de Matías.

Contemplando esa placidez recordé la promesa que hice de no leer las estadísticas que vomitan los diarios sobre asaltos y asesinatos. Había olvidado los motivos de esa decisión radical. Tal vez el contenido de las listas, porque cuando apenas empezaba a estructurarlas, me ganaba un sentimiento de credulidad: cambiar el destino de esas personas. No fue así, pero doblé esa esquina para nunca volver y confié en Matías y su séquito. También olvidé la advertencia de mi tío Olegario:

—Lo pendejo no se quita con el tiempo, aunque te laves con lejía —dijo, antes de marcharse donde las putas francesas y yo recordando la palabra gilipollas, que según los entendidos, sólo se acentúa con el tiempo.

Después de ese encuentro no volvería a ver a Matías. Los días y los años se superponían: gané todo y perdí todo. Recibí una recompensa que jamás hubiera podido imaginarme: la raíz del orgullo. Por lo mismo, a la mierda la angustia escritural. Ya no era un deber ideológico ni moral. Simplemente, al amparo de sus palabras, se echó por tierra la idea de que la novela —en caso de ser escrita—, a diferencia de la cuestión testimonial, no necesitaba verse de cerca, en vivo. Eso quedó perfectamente demostrado en nuestra reunión. Víctor y compañeros se arrancaron la piel y sus relaciones ofrecían la posibilidad de perpetrar una descripción con matices infinitos, intemporales.

Salí del encuentro con la firme convicción de que si escribía algún día ese relato, lo haría de tal modo que fuese como sabotear lo real, como anotó André Bretón en el Primer Manifiesto del Surrealismo: *lo admirable de lo fantástico es que desaparece lo fantástico: sólo existe lo real.*

Daba por hecho de que no existía una línea directa entre el testimonio y un libro que reivindicara la lucha de miles de hombres y mujeres. En eso me ayudarían las palabras de Rimbaud, es decir, *de lo que se trata es de llegar a lo desconocido por un desarreglo de todos los sentidos.*

Poca cosa: concupiscencias humanas. Exactamente, un tratado que eliminara los extremos que señala Pascal: maldad y bondad; la eterna contradicción entre la bestia y el ángel. El humano como las dos cosas: contienda y drama.

Me gustó un pensamiento de Walter Benjamin: *la memoria no es un acto sino es un escenario.*

***

Al cabo de media hora regresé al interior de la casota a esperar, en la ambigüedad que separa y une, el ir y venir de Susana. Cuando abrió la puerta pude rescatar los fragmentos que de ella quedaron la última ocasión, cuando nos despedimos en el jardín. Por ejemplo, su sonrisa digna de encajarse perfectamente en un espejo, antes de salir a escena, sola, presa de los reflectores.

Se quedó ahí parada diciendo que se orinaba y corrió. Por atrás, sus bragas como una aportación valiosa al ejercicio de hábitos visuales y una especie de falta de pudor que la traía sin cuidado. Cumplida al pie de la letra esa conducta me abrazó.

—Vengo muerta. Imagínate, doce horas de vuelo. Lo peor, es que mañana a las doce salgo para Washington.

Perdí el hilo conductor que subyacía a esa yuxtaposición de ires y venires. No hallé la eficacia ni el sentido de esa comedia. Para salvar la urbanidad y no perder el decoro la besé sin explosiones emocionales, literalmente, con cierta delicadeza sin efectos patéticos. Ella puso el corazón y los dulces elementos y nos aglomeramos en enumeraciones sin mayor trascendencia. Ninguno quiso imponer sus representaciones ni su ritmo. Solamente resbalamos. Subí sus maletas a la habitación y me esperó tirada en el sofá y allí se dejó estar.

Durmió una hora. Abrió los ojos y yo estaba viéndola, antes de mí, antes de ella; leyó mis ojos y pareció que adivinaba que me había quedado sin algo que decirle. Imposible salirme de esa escena.

No fue una noche perfecta. El viaje, el cansancio... Poco fornicio, aunque suficiente para una liturgia sin frenesí. En la mañana, correr para salir rumbo al aeropuerto, sin las promesas de siempre y las advertencias de la última vez. Sin duda, antes de entrar a la sala de abordar, un adiós aburrido que fue feliz. Más ella, yo, sin drama pasional, a metros de su amor.

***

Llamó Piedad. Su voz era torrencial. Ya no susurraba como el último timbrazo. Cuando estaba feliz se quemaba. Me atuve a sus instrucciones: acompañarla a una fiesta en la costa sur en casa de su abuela. Piedad tenía sombra y en mis momentos más ortegueanos, descubría con ella que la vida, en cada uno de sus instantes posee algo de pistoletazo, disparado a quemarropa. A veces, ella era la vida o lo que había que hacer. Nunca le dije quién era Ortega y Gasset, no fuera que lo confundiese con un abogado y notario, como sucedió con José Emilio Pacheco. Cuando leía sus poemas me dijo: «no sabía que el licenciado Pacheco era poeta».

Con Piedad me sucedían cosas extrañas. Miraba sus ojos y un vértigo me asaltaba después de que el mundo se iba quedando atrás, haciéndose pequeño. Sus ojos no precisaban fondo, tenían cielo. Acepté la invitación. Un poco de fiesta me venía bien.

***

Eran alrededor de las once de la mañana cuando el vehículo de Piedad se detuvo enfrente de la casa de su abuela. Bueno, por fin llegamos, dijo. Me bajé y comenté que jamás había visto una ceiba tan grande. Entramos por un camino lleno de flores, después atravesamos un patio interior cubierto de baldosas y una fuente al centro, luego recorrimos un corredor. A la primera banca que Piedad encontró, invitó a sentarme. Ahí permanecimos largo tiempo, ella acariciándome la cabeza con la palma de la mano. Me sentí como un muñecón de los que regalan a las niñas para Navidad.

—Parece que me voy a quedarme dormido aquí mismo —advertí.

—Espera un poco. Aguántate, enseguida conocerás a mi abuela.

Piedad entró de prisa a la casa, gritando. Volvió con ella de la mano. Se notaba que tenía mucho carácter. Me abrazó como si fuera uno más de sus nietos. No parecía encontrarse llena de achaques, sin embargo, enumeró todas las supuestas dolencias que la tienen al borde de la muerte.

—Pues, usted se ve estupenda —comenté.

—Qué gentil —dijo con alivio, viendo a su nieta y tomándola de la mano.

La abuela calculó el momento para decir que yo era bastante mayorcito para su nieta. Pero eso no importa, agregó. Me quedé paralizado y agradecí a la vez de no haber salido peor parado por los inconvenientes de mi edad.

Pasamos a la sala donde una enorme televisión de plasma dejaba ver un programa mexicano sobre el mundo del espectáculo. Chismorreos, nalgas, pechos con implantes, actrices comprometiéndose con galanes rubios o bronceados. Todos los hijos de la anciana empeñaron hasta la dignidad para comprárselo y pudiera entretenerse. Es más, el verdadero motivo de la fiesta era celebrar esa adquisición.

Descansamos una hora antes del almuerzo. En la habitación que se me asignó reinaba una oscuridad acentuada, matizada solamente por el haz de luz de las rendijas de la puerta. El tiempo transcurría uniforme. Oí los latidos de mi corazón. Tras permanecer boca arriba unos quince minutos, entró Piedad, descalza y se tiró sobre la cama. Jugó conmigo, era un animalito. Lamió mi oreja e informó que ya había llegado la familia. Me puse unos jeans nuevos y una camisa de manga corta. Era poco más de mediodía. Atravesé la casa y salimos a un enorme patio de tierra. Había varias mesas, sillas a los costados, una grabadora descomunal y mucha gente, no conocía a nadie.

Preparé mi mejor sonrisa y fui saludando, uno a uno, a los tíos, primos, tías, hermanas, cuñados... No sé, como si me presentaran un catálogo de personajes saliendo de un escenario de una película de Fellini. Alguien puso la primera canción. No supe diferenciar entre música colombiana u otro lugar del Caribe. Lo cierto es que la abuela estaba en medio del patio haciendo derroche de un gran talento natural para el baile. Deduje que nos esperaba una gran fiesta y una comida pantagruélica para celebrar el asunto de la televisión.

Me ofrecieron un ron. Asentí y volví a la imagen de la abuela danzando en el patio. Piedad pidió lo mismo. Bailamos como no lo hacía desde mi juventud. Soledad, la madre de Piedad, pasó en una silla toda la jornada. Se quejaba de un espantoso cólico de uñas.

—Tené cuidado, Soledad, porque de allí te vas directito a una alferecía —le advertía una hermana, risa y risa. Por supuesto, no quise preguntar por el origen de esas enfermedades. Todavía no creía que podía existir un lugar así en el mundo. En el almuerzo apareció el tío mayor de Piedad, don Alfonso, quien se presentó como dramaturgo y actor de teatro. Auxiliado por un enorme pañuelo, buscaba cuidadosamente las palabras para hablar y reclamaba admiración de los presentes. Creo que nadie le puso atención. Sólo faltó que afirmara que era candidato a ser nombrado Gran Sátrapa del Colegio de Patafísica, como Ionesco.

Una breve tormenta de rayos, truenos y lluvia obligó a terminar la fiesta. Era media noche y la mayoría estaban completamente borrachos. Nos retiramos con Piedad sin despedirnos de nadie. Había dejado de llover. Cuando entramos a la habitación, los goterones de agua que caían en el tejado sonaban cada cinco segundos como una música que no suena porque ella, Piedad, sería generosa como nunca esa madrugada.

De vuelta del viaje a la costa, lo primero que encontré cuando abrí la puerta del departamento fue una nota tirada en el suelo. Era la Bruja Mala requiriendo de inmediato mi presencia. El programa de la consultoría sobre Historia y Verdad había cambiado. Al menos una de las conferencias se adelantó por órdenes superiores y necesidades coyunturales. Bueno, eso era lo que decía la nota manuscrita. Tuve que llamar a Manrique y explicarle el inconveniente. Por unos instantes, enmudeció. Adiviné que habíamos llegado a un punto en que sentíamos que lo mejor era creer, en principio, cualquier disparate que a ambos se nos ocurriera con tal de no hacer el viaje. Estaba equivocado. Él sí tenía interés en entrar a ese caótico terreno de violencias y marginalidades apocalípticas que rondan por Tecún Umán. No obstante, comprendió que si era una orden de la Bruja Mala no quedaba otra que acatar.

El martes me dirigí a su oficina y pregunté a la secretaria por ella. Ésta me informó que llegaría después de almuerzo, pero había dejado un sobre para mí. Contenía unas hojas con breves descripciones y preparativos de la conferencia. Sin consultarme, decidió cuál era el tema que disertaría ante un numeroso público en un lujoso hotel capitalino. Por desgracia, no había forma de negarme ni refunfuñar por esa puñetera idea de pararme ante decenas de expertos en justicia transicional y cuidarme de tener un traspié. La situación me puso de mal humor y me apetecía un trago. Apenas un día para preparar la conferencia y no tenía la menor idea cómo redactarla. Pedí el auxilio de Manrique. Accedió de inmediato y nos juntamos en su casa. Para mi mala suerte, me recibió con una botella de *Absolut* y ese fue el acabose.

A la mañana siguiente, aún estaba borracho. Me bañé a prisa, redacté un punteado de lo que iba hablar sobre Historia y Verdad y me largué a toda prisa en un taxi a la conferencia, dejando a Manrique doblado en el sofá de la sala.

Una voz joven anunció mi nombre y una breve historia de vida. Me sonrojé ante el desnudamiento. No me gustó eso de experto en justicia transicional, historiador riguroso… sólo faltó agregar mis habilidades con el karaoke. Subí con pánico escénico y una goma espantosa, por decir lo menos, porque estaba a punto de ver al Diablo y vomitar sobre el micrófono.

Así, me fui por la tangente y hablé de escapismo economicista, de la prisa y del futuro dispersándose en plazos brevísimos y evanescentes. Los rostros y la expresión boquiabierta de los asistentes me ayudaron a citar las palabras de José Vidal-Beneyto: "vivimos bajo el signo de la perplejidad". Era obvio, me había salido del libreto y hablé a continuación de la quiebra de los valores públicos y la implosión de las referencias colectivas. Esos escurridizos párrafos suavizaron la tensión que notaba en los rostros de las primeras filas. Para salvar la situación, recurrí al manido lugar común de Vargas Llosa sobre en qué momento se jodió el Perú. Y para evitar el linchamiento moral de la Bruja Mala, terminé mi no poca ortodoxa intervención diciendo que los muertos de Juan Rulfo aún tienen algo qué decirnos.

Para mi sorpresa, el aplauso fue estruendoso y la primera en acercarse fue la Bruja Mala. Iba vestida como nunca, con un traje sastre color rosa que le acentuaba una liviandad melancólica. Por primera vez en años, me abrazaba y para cerrar con broche de oro, me dio un beso en la mejilla. Al estrechar su cuerpo calculé que no pesaba más

55 kilos y era preciosa de vértebras. Tuve una erección.

—Hueles espantoso —me dijo mientras caminábamos a la salida.

—Es que trabajé con Manrique hasta las seis de la mañana.

***

La luz del amanecer dispersaba las sombras de la noche. Descubrí que la Bruja Mala estaba a mi lado, en la cama, echada a mi derecha. Lancé una ojeada al reloj de pared, grabé la hora en mi memoria. Resumí los últimos momentos: Después de la conferencia nos fuimos a un bar de unos italianos. Necesitaba revivir los ángulos muertos de la conciencia. No había duda, estábamos en su casa, cuyo vínculo apenas explicaba qué hacía en su habitación. Me levanté, rodeé la cama y no me cansé de observarla. En mi fuero interno me interrogaba si era eso lo que yo quería que sucediera. Su vestido estaba en el piso. Desordenado. Cuando se despertó se limitó a verme. Fui incapaz de interpretar su expresión. Ella apartó la sábana y tomó mi mano y se la llevó a la boca. No dije nada. Ojala pudiera leer en sus ojos lo que pensaba.

—Así desnuda debo parecerte más vieja —dijo.

—En absoluto, eres mucho más joven que yo —respondí mientras miraba las blancas cortinas de encaje de las ventanas.

Era inútil una oleada de vergüenza ni postular la consabida frase de «asumir las consecuencias». El punto es que ya estaba hecho el desatino. Qué podría pasar que significara una diferencia entre el odio que nos profesábamos y la circunstancia de estar desnudos en su cama.

Antes de irme confesó que lleva dos meses de no ya no tomar somníferos. Cuando cerré la puerta recordé la frase de Beckett: *Vuelve a fracasar. Fracasa mejor.*

La naturaleza fugaz de la memoria nunca escapó al arte de narrar. Es como el efecto de producir una ilusión de lejanía: la presencia fantasmal de los desaparecidos y de los sobrevivientes de la resistencia. Un enigma seductor. Y vaya si no, después de acumular cinco libretas, cientos de páginas con nombres y seudónimos, vidas, como ríos de infantería para dejarlos guardados en un baúl destinado a la posteridad.

Una idea demasiado cardoziana que me disgustó. Tampoco pretendía llevar una vida solitaria, acaso un poco gris, para dedicarme los próximos cinco años a escribir una obra monumental. En resumen, mi situación estaba a medio camino entre la ficción y una secuela de historias inconexas.

Seducía el sentimiento de regresar al presente. Al menos la ciudad no era precisamente aquella que invitaba a la contemplación. No pasaba un día sin que mataran a veinte personas, capturaran a un funcionario corrupto mientras cien se reían detrás de sus ventanas de impunidad. Huele a mierda el presente. Habría que esperar sentado el milagro de que a alguien se le ocurriera otra cosa con el país.

Tal vez, esbozar argumentos para futuros análisis: Que si la colonia, que si la obediencia, que si la oligarquía, que si la creación de territorios narcos o la destrucción del orden anterior; la fascinación por el desastre y las prédicas de enseñar a pescar y la creciente obsesión por la bondad de ciertas ideas. Pero es lo mismo, la caridad de forma directamente proporcional a lo que prolifera: marginalidades desdoblándose vertiginosamente. La idea de lo oculto como la medida de lo claro; la ceguera en esa misma dialéctica de la transparencia. Algo al respecto señaló el húngaro italiano: «escribir ese libro, que llamas imposible, sería como transcribir una pesadilla en alejandrinos».

Quizá lo único que realmente le diera sentido a un libro de la resistencia fuera abrirse a la inconsistencia misma del presente: la sospecha como supuesto ubicuo que delimitaba los temas: todo es falso hasta que se compruebe lo contrario. En pocas palabras, la falsa gramática de lo público.

Poco a poco descubrí que no había un vocabulario formal común. Cuando decían genocidio, alguien se desgañitaba contra los comunistas; allá una mujer testaruda —como Estela— se sostenía con su pancarta y su foto —la del hijo, esposo, padre, hermano...— y una señora enfadada gritaba: ¡putas! Y miles de voces encolerizadas explicaban sus contraejemplos y los valores patrios y la cuestión de los profesionales distinguidos y el deber, como si éstos descansaran en un aparador de un almacén. Todo el presente —que también el pasado— es un poco así, antojadizo.

Acaecía una luz de anomalía en ello. Rotundamente congruente: muchos preferían seguir esa anomalía e inventarse su maniquí y verse en la foto de bodas e imaginar los congelamientos y las congestiones alcohólicas.

***

Debido a numerosas alarmas emocionales, opté por mantenerme lejos del listado de los desaparecidos por algún tiempo. Una razón para no regresar a ellos: huir de una dictadura conceptual de la corrección política. En otras palabras, nada de justicia transicional o de seminarios sobre Memoria y Verdad. Nada de autoerigirme en experto de lo que ignoro. Lo único cierto, los miles de desaparecidos. No era necesario ser demasiado observador para percatarse del agravio moral.

Decidí concentrarme en las consultorías. Al fin eran unos meses y tendría el dinero suficiente para un año sabático. Un preámbulo para más o menos darme una idea parcial del proyecto de escritura, o del proyecto de mi vida. A estas alturas, lo de mi vida estaba más enredado. En términos prácticos, me aburría pensar en emprender eso de una familia, sembrar un árbol y escribir un libro. Bauticé mi nueva condición: estar a dieta de la memoria hasta que encontrara el argumento o echara mano de cualquier pretexto para la mística.

El trabajo no era propiamente arduo. Tanto en Chimaltenango como en las fronteras de México y El Salvador, nos ofrecían alojamiento, comida y bebida. Nunca había visto tan feliz a Manrique. Abandonó las terapias pos borracheras. Tal vez se inventó unas falsedades más imaginativas producto de alguna técnica hipnótica o se volvió un cínico sensato. Con Margarita —a quien dejé de llamarle la Bruja Mala, después de que la frecuentaba los sábados por la tarde— logramos finiquitar el trabajo de Historia y Verdad. El último sábado que estuve a visitarla tenía reservada una sorpresa.

Traía el rostro desencajado. La trasladaban a la misión de Haití. Antes de irse me invitó a conocer a sus padres que viven en Bilbao. La sombra que proyectaba su delgado cuerpo era más ligera de lo normal. Pesaba menos y esa mirada incisiva e inteligente palidecía frente a mis dudosas dotes de buen observador. Como sea, su hermosura fue una experiencia tan a medida del deslumbramiento verbal de Góngora.

Cuando estaba a punto de refrendar mi decepción por ella, sucedió algo inesperado: su beso de despedida, el vestido sastre de la otra vez, lo que me obligó a mirar las listas de desaparecidos cuando la puerta se había cerrado y el ruido de mis zapatos bajando las gradas era un eco. No pude explicar por qué ocurrió de eso modo. Lo que fue un hecho es que pensé en las voces airadas afuera —adentro de la ciudad, adentro de nosotros mismos—, tirándose los muertos a la cabeza. El resultado, esa ira delegada que no respetaba a las víctimas. Un discurso legible para ellos e indescifrable para los que sufrieron atrocidades.

En dos platos, puras pérdidas a la carta: sin Susana ni Margarita y a punto de quedarme sin Piedad. No tardé en percatarme de que ella se parapetaba en su madre. Preferí evitar conclusiones demasiado rotundas. Su madre la negaba insistentemente. Su voz metálica, cortante, dejaba entrever la posibilidad de que me haya mandado a la chingada. Cuando colgaba el teléfono, daba un singular rodeo para ocultar una extrañeza o lo esencial, el resto de sus palabras. No desistí, llamé durante tres semanas seguidas, quería oírlo de su propia voz. Soledad, su madre, se erigió en un muro, desperdigando pistas por aquí y por allá. Fingía y se desbordaba incontenible sobre las enfermedades de la abuela pese a que yo preguntaba cómo seguía de su cólico de uñas.

Piedad llegó a convertirse en un retrato, un patio, una comida pantagruélica, un cólico de uñas, una niña encima de mí, una sombra con anzuelo. Di por finalizada la amenaza en el *Facebook*.

***

Ni rastros de Susana. Su última comunicación informaba de un nuevo contrato con una organización internacional. Viajaría por tres meses a la región de tutsis y hutus, en Ruanda. «Es la tercera fase de un proyecto de justicia transicional», líneas que completaban su comunicación. Presentí un riesgo, o dos: que fuera devorada por un león o la persuasión elusiva del horror para irse a vivir al Tibet. Los hallazgos estaban en las fotografías que enviaba.

ESO ES LO QUE MERECÍAMOS

Cuando los hombres superaron un temor ya abrazaron otro. Había que confiar en el pasado, el presente es demasiado precario. Para empezar preparé un café y abrí los periódicos. Cuatro cabezas aparecieron metidas en bolsas negras de basura en diferentes puntos de la ciudad, una de ellas, en la acera del Congreso de la República. Tampoco se trataba de poner el grito en el cielo y desgarrarse las vestiduras. En el mundo helénico del siglo VI antes de nuestra era, período anterior al siglo de Pericles, siempre hubo una atmósfera de peligros y malos presagios.

Poca cosa, extravagancias de la globalización diría el mimoso mayor, el de la promesa de inmortalidad. Sin dioses y sibilas que nos asusten, en el presente soportamos a los expertos con su catálogo de inminentes catástrofes.

Estaba de vuelta con las estadísticas. El personaje principal es el muerto en un barrio marginal, un chofer de autobús, una mujer joven violada y cercenada en un callejón oscuro. No sorprendía que la oleada de malos augurios y el bestiario contemporáneo hiciera palidecer a los monstruos medievales: animales mutantes, gripe aviar, gripe H1N1, calentamiento climático. Los últimos 100 años superan por mucho los terrores medievales.

Escribí una línea: «la posesión no deja lugar a la piedad».

Quien me dejó sin Piedad fue Soledad o la abuela. Desde luego que me seducía la posibilidad de que fuera por un hombre más joven que bailara con más propiedad.

Nadie como John Buchan para marcar en su muy personal mirada lo que sucedía: «bajo la delgada corteza de la civilización murmuran voces primarias». En un cuaderno viejo hallé un poema de Adonis, el semita: "...En tu desconsolado rostro, /o en tu temor amigo. /Seguirás siendo historia de andadura. /Seguirás habitando una tierra sin tiempo, /viviendo en una tierra sin retorno. /Aun cuando retornes, Odiseo".

No pasaban ni diez minutos cuando escuché las noticias de la radio: «Renuncia Carlos Castresana». La noticia me causó ilusión. Ahora sí regresa Susana, pensé. Alguna alegría vendría de esas gargantas que lo odian y siempre traen en la boca la superioridad moral. Se trata del funcionario español que designó Naciones Unidas para desmantelar los aparatos clandestinos. Dejé a un lado el periódico y abrí la puerta del refrigerador, tomé un poco de fruta. No sé por qué creí que las manzanas, cuidadosamente alineadas, eran las cabezas cortadas; me miraban fijamente con los ojos entrecerrados.

Los locutores continuaron con la comedia y la desgarradura de las vestiduras por el retiro del funcionario. El país derrama miedo como una fuerza invisible. Avasalla. Los comentaristas convirtieron el asunto en una realidad esquizofrénica. Un oyente, al aire, ilustró cómo íbamos en camino a la disolución. Los retratos eran fragmentarios y la bilis salía por el altavoz del aparato.

Susana lo señaló una noche después de una agria discusión debido a una de mis bromas sucias y groseras. Pronunció las palabras con una antipatía que jamás había escuchado de ella:

—Gabriel, cuidado, cuando la violencia se apropia del espíritu de las palabras, ya lo tocó todo.

Susana era un nombre detenido y recuerdos que se acumulaban sin orden ni concierto. La distinguía en una pradera subida en un elefante. Sus facciones, como la atmósfera que la rodeaba, eran naturales, en paz, sin esos precipicios cercanos a las masacres entre los hutus y los tutsis.

No sabía nada de su paradero. Noche tras noche la buscaba en el internet. Lejos de Susana era como arder sin nadie. Quería cegar al minotauro para llevarme a Ariadna…

Una mañana llamé a Estela y le expliqué las razones por las cuales debía establecer una conversación larga y tendida con los exiliados que regresaron después de la firma de la paz. Ella aceptó gustosa.

—Por fin, ahora sí te animarás —afirmó como si estuviera sumida en profundas reflexiones.

—Sólo es un plan. Una ocurrencia, pues —contesté, después de que la escuché exhalar una especie de suspiro.

—¿Una ocurrencia, Gabriel?

—Es una manera de decir, Estela.

Unos gigantescos nubarrones se cruzaron en su cabeza. Y, como si quisiera averiguar los entresijos de la «ocurrencia», soltó una andanada de preguntas. Deseaba comprobar en qué estado emocional me encontraba. La tranquilicé y en mi descargo dije que no había cosas raras en mi cabeza.

—Te llamaré luego —dijo, más calmada.

Un domingo en la mañana sonó el teléfono. Era Estela con todo dispuesto: fechas, lugares y nombres. Con el primero, nos reunimos en el cubículo de la universidad donde trabajaba. Escribía una tesis doctoral con un título y tema impronunciable. Se quejó durante la reunión y describió de diversas formas su idea de la derrota. No es que esperara encontrarme con un hincha de la lucha revolucionaria, pero al menos, con alguien menos vencido. Era un discípulo de la posmodernidad y llevaba veinte años estudiándola.

La mayoría poseía estudios universitarios. Las entrevistas me entretuvieron alrededor de cinco semanas. Unos fueron amables, otros, cínicos e irónicos, eso sí, muy educados, procurando limpiar los restos y desechos de su experiencia.

Unos hablaron de su niñez, especialmente de un tiempo perdido, irrecuperable. Una mujer —se presentó como Lola— dijo que el simple hecho de vivir era ya alguna cosa. Alguien más —un hombre maduro, lento para hablar, como si estuviera muerto y nunca se hubiera enterado— alegó que el país ya no era lo que fue ni mucho menos. Manifestaron mucha ira, decepción y un odio espontáneo contra sus compañeros de lucha. Conforme hablaba con más exiliados, les preguntaba sobre el libro de Juan Gelman, *País que fue será*. Nadie supo decirme si lo conocía, menos al poeta.

Me aturdía el fervor de esa radicalidad de la pérdida, contrario, por ejemplo, a Matías, Víctor, María, Antonio…, quienes navegaban en Argo, el barco donde lo hicieron los Argonautas; fueron, sin duda, émulos de Hércules, Teseo, Orfeo y Néstor o como los soldados de Aquiles en la guerra de Troya. Después de ese lapso de tiempo, no tuve más remedio que dar por finalizada esa etapa exploratoria. Aunque no logré sacar nada en claro, comprendí que era mejor quedarme con las listas y los cuadernos de notas.

Con el último exiliado, un hombre de unos sesenta años, con lentes oscuros y bigote cano, hablamos en una cafetería antigua apartada del centro de la ciudad. Actuaba como si aún estuviera en la clandestinidad. Fue el más violento. Tiró mierda con ventilador. Se autoproclamó el más revolucionario, el más puro, el más entregado. Tal y como había supuesto, nunca combatió, ni en la ciudad ni en la montaña. Fue difícil escurrirme de esa sesión de depresión y angustia. Antes de despedirnos señaló que la derrota fue una explosión inevitable de un largo proceso degenerativo de la vanguardia y que el Estado, fundado en la opresión, la corrupción y, primordialmente, en la represión usó todas las máscaras y herramientas del terror. El país se convirtió, dijo, en un universo carcelario, lo demás era retórica.

Cuando al fin me encontré lejos de todo aquello, hice memoria de una frase de Gelman y Carlos Alonso: *el exilio es una vaca que puede dar leche envenenada, algunos parecen alimentarse así.*

De vuelta a casa me detuve en una librería que había a medio camino, quise comprar un libro sobre cómo escribir una novela. No encontré ninguno que valiera la pena y resolviera mis incapacidades discursivas. Después de un mes no podía precisar ni siquiera sus rostros. Francamente, me sometí inútilmente a horribles discursos del desasosiego y atar cabos sobre seres anónimos resultó imposible; seres instalados en la orilla de un mundo sedentario donde empieza el descenso, a partir de esa impresión tuve un sobresalto de que se trataba de algo simple pero macabro: eso merecimos por no obedecer. Los entrevistados me daban material suficiente para escribir: "Manual para vivir con la derrota", como el disco *Old ideas* de Leonard Cohen.

Abrí la puerta, no encendí las luces y me senté con la mirada fija en un muro que parecía un abanico de opacidades…

LA BUENAS CONCIENCIA

Homero, mi profesor de literatura en la secundaria profesaba un credo. Según él, existían tres libros alegóricos en el mundo. A saber, *El Quijote*, *Los viajes de Gulliver* y *El Criticón* de Gracián. Años después supe que lo había leído de Schopenhauer. Ahora, cuál era el libro alegórico que debía escribir. ¿Cuál su argumento medular?

Me reuní con Estela y compartí mis impresiones de las reuniones con los exiliados. El resultado fue desastroso. Molesta me acusó de favorecer una visión negacionista de la tragedia. Pero debía ser sincero. Acepté que mi pereza intelectual al aplicar juicios tan rigurosos sonaba aventurada. Pero lo era más obviar un tufillo de derrota. Más calmada aceptó a regañadientes mis observaciones.

—Lo malo de las buenas intenciones es que se pueden aplicar indiscriminadamente a cualquier cosa —dije.

—Y eso, ¿a qué viene?

—A que la mediocridad tiende a la uniformidad.

—No entiendo.

—Sí, la historia que hay que contar es compleja, posee matices que no vemos porque siempre leemos el mismo cuento. Hay un sustrato heroico, otro casi metafísico y ello sólo es traducible y legible en un texto que reviva la original versión de los hechos.

Me sentí con el derecho de describir lo que oí y observé. Me miró fijamente como si ella tampoco creyera lo que estaba oyendo. Fue un rato larguísimo hasta que, movida por una emoción contrariada, se levantó y me dejó solo en la mesa.

***

Matías no se aparecía ni llamaba, mis días transcurrían de una manera lenta y continua. Seguía sin noticias de Susana y Piedad desapareció del mapa. Intentaba armar el rompecabezas de las listas. Todo quedaba lejos, mis amores, mis amigos…

Al menos saqué en claro que enfrentaba una sinécdoque que no era más que el tropo que extendía u ocultaba la significación de las palabras. Por ejemplo, lo que hicieron durante cuarenta y dos años: convertir a los opositores del anticomunismo, fueran revolucionarios, social cristianos, social demócratas… en malos ciudadanos. Para sus buenos propósitos, eran los únicos representantes del conjunto de ciudadanos decentes y honrados. En otras palabras: Dios, Patria y Libertad.

Un viaje a Panamá me sacó de esa inercia. Fue una invitación que tramitó Manrique. Gastos pagados y sol. Estaba ligeramente feliz, regresaba al mundo verdadero. En el avión, esa sensación permaneció largo tiempo en mi cuerpo. Era un encuentro de historiadores de Centroamérica y el Caribe. Volvía a lo mío: la academia, que tampoco era gran cosa. Antes del aviso de Manrique una duda me asaltaba: si lo que había decidido sobre la escritura del libro a partir de las listas y las libretas era realmente el camino correcto. Pensé en declararme un ágrafo sin compostura —ya nadie lee a Esopo ni los cuentos de *El conde Lucanor*—.

Con Manrique, más de lo mismo. Borracheras, desvelos y mujeres y las escenas a la mañana siguiente: acostado en la cama con la mitad de la cara tapada con una frazada viendo con un solo un ojo la televisión local. A media tarde estaba curado y dispuesto a continuar la parranda. Lo ayudaba su pinta de ser buen hijo de familia. Por fortuna, sólo fui un invitado más, no me vi obligado a pronunciar discursos ni ponencias.

Bajé del taxi, aún traía la resaca y el calor de Panamá pegado al cuerpo, para mi sorpresa, encontré a Rigoberto sentado en la orilla de la banqueta. Saqué las llaves del departamento y lo invité a pasar.

—Y ese milagro, qué hace usted por aquí —pregunté. Hizo una mueca. Tras pensarlo un poco, se sentó. Por unos instantes permanecimos sin decirnos nada. Sacó de un morral una carta y un paquete. Abrí de inmediato la carta. Se murió Matías, exclamé y pregunté a la vez, él sacudió la cabeza. Se puso el sombrero sobre las rodillas y continuó inmutable.

La carta, breve, era su despedida. Señalaba que la muerte era algo natural, pero a mí no me lo parecía. Abrí una ventana y respiré todo el aire que mis pulmones podían inhalar. Fui a la cocina por un poco de ron.

No pregunté por Isabel. Releí la carta. Entonces, reaccioné y destapé el paquete. Eran unas mil páginas escritas a máquina.

—¿Y esto, qué es, Rigoberto?

Sólo se encogió de hombros. Por lo visto, era su autobiografía. En una nota inicial Matías pedía que las analizara como material de apoyo al libro que debía escribir.

Rigoberto se levantó, sus ojos lucían entornados. Por la expresión de su rostro parecía que estaba en una nube. Le di un abrazo y se fue. No dijo adiós, sólo se levantó y cerró la puerta con sumo cuidado.

A prisa, tiré el equipaje y me adentré en las mil páginas. Apretaba los labios y me dejaba sin respiración ese torrente de vida. Ya era de madrugada cuando pensé en la casa deshabitada de Matías. Sólo quedaba una sordina uniforme, sin nadie adentro.

Miré fijamente cómo se ponía el sol en su atalaya fronteriza. Me había quedado solo.

***

La muerte de Matías me hundió de golpe en la extrañeza. Lo soñaba en las madrugadas. Aparecía como un príncipe guerrero, trotando despacio, en otra escena, abandonaba la estación de trenes de Mazatenango; sus pasos dejaban una marca oscura, indefinible en el asfalto de las calles. Hablaba con un hilo de voz muy agudo. En cualquier caso, no era al que estaba habituado. Después, estaba al pie de la cama, inmóvil, mirándome desafiante.

El vacío es la nada y, conceptualmente, qué es la nada. Matías seguía parado a mi lado. Nunca terminaba de traspasar el umbral, ¿era eso la nada? Descartes creía en la presencia ubicua de un fluido transparente, es decir, la materia sutil. El vacío ganaba cierta precisión y se despojaba de su hábito metafísico.

Hay sueños que se repiten.

Al volver la cabeza en dirección de la pared se insinuó el umbral y un perfil saliente en la lejana víspera. Una figura pintada. Contenía gráficamente los elementos de la historia que debía escribir.

El fluido transparente vagaba entre sombras; la materia sutil de Matías era pura indecisión, como para siempre. ¿Qué alternativa conceptual propondría a la materia?, ¿el vacío? No era mala idea convertirme en partidario del ser inmóvil de Parménides. Ser vacuista: fan del vacío. Al menos era más atractivo que serlo de la mano invisible del mercado.

O atomista (Demócrito, Epicuro, Lucrecio…). Casualmente, los atomistas creen que el movimiento es vacío.

Matías trepaba por un declive pero no se salía del radio del umbral. Se ahondaba el vacío. Su cuerpo, débil, como el de un muerto. Sus pantalones estaban enlodados hasta las rodillas.

¿El vacío o la nada? Veía sus brazos doloridos de cansancio. Esperaba un camino imposible. La vieja pesadilla se hizo realidad: gritos que llegaban como ecos terroríficos cuyo sin origen, emergían de la oquedad del vacío…

***

Lo siguiente que recuerdo fue que salimos del departamento y caminamos por las calles. Me tomó del brazo y habló sobre un dios que cuenta de un holocausto. Cuestiona: ¿quién pudo deleitarse con esa rapiña?

Mientras, unos fantasmas danzaban alrededor de un carrusel, escenas grotescas donde las pérdidas y los duelos no daban tregua. No describiré el lugar, estaba a escasos metros de mi apartamento, en una calle estrecha de la zona, sólo diré que era oscuro, tanto como para confirmar mis temores: soñaba despierto.

—Volvamos a la casa —le dije.

Se despidió bajo el espesor de la madrugada, aplastado por la negrura. Se marchitaba antes de tiempo.

Bajó las escaleras, sus pasos sonaron como el ruido del principio.

Lloré y leí el final de su carta de despedida:

«...el mundo es una infamia, eso no es nuevo, pero hay que resistir porque nada puede contra nosotros. Nosotros volamos».

***

Guardé la biografía de Matías en un armario que hacía las veces de librero y salí a buscar a Estela a su oficina. No está: anda de viaje, dijo lacónica una mujer menuda, como en miniatura. Pocas palabras para abrir excesivamente la boca (habrá de soñar con reinos y caballeros, dragones y tesoros y será lectora compulsiva de la nota roja). Otra mujer refrendó las palabras de la miniatura. Al terminar de despachar unos asuntos, me hizo una seña para que me acercara: Estela volverá la próxima semana.

Sin nada qué hacer, fui a buscar a Piedad. Llegué a su casa después de mediodía. Su madre me recibió en la puerta y luego me invitó a pasar. Directo nos fuimos al comedor, que estaba a la par de la cocina. Guisaba algo.

Presa de una agitación que achaqué a un agravamiento de la salud de la abuela, me habló de asuntos familiares para mí desconocidos. No entendí lo que quería decir. Menos los enredos con las hermanas, las letras atrasadas del televisor de plasma y el tío actor y dramaturgo, preso por intento de violación de una hermana en Cristo, hija del pastor de la iglesia, vecina de su casa.

Tardó en confesarme que Piedad había ganado una beca en Brasil. No lo llamó nunca más porque no tuvo corazón para decirle adiós, dijo con su característica y atroz cortesía. Me quedé pensando en una respuesta.

—Me gustaría estar con ella —dije antes de despedirme.

—A ella también —respondió, limpiándose las manos con el delantal.

La visita me dejó completamente perturbado. No creí para nada en la veracidad del cuento de la beca a Brasil.

Me retiré con la convicción de que me arruinaron ese delicioso principio de enamoramiento.

Transcurrida la semana que me indicó la compañera de la miniatura, busqué a Estela. Bajó al vestíbulo a recibirme con un trazo de la boca más bien amargo. Luego, me llevó a su oficina. Con una seña indicó que me sentara en una mesa de reuniones muy grande, sin nada encima. Conocía de memoria ese temple sombrío. Los primeros minutos no habló de nada importante sino de cosas relacionadas directamente con asuntos de oficina, trámites, permisos de exhumación.

La estancia era agradable y despejada. Desde la ventana observé la oscuridad del verde casi azul de las montañas que rodean a la ciudad. La escuché con los ojos entrecerrados. El aspecto de su cara hacía pensar que la plática iba a desembocar en señalamientos. Me sentí fuera de la realidad.

Con la espalda encorvada, inclinada ligeramente hacia adelante, frotándose las manos, dijo: Habla, pues, Gabriel.

Conté todo lo que debía contar, exactamente cómo ocurrieron los hechos. No ahorré detalles. Tan sólo disfracé algunos capítulos, como el de Isabel, los desmadres con Manrique o el vestido sastre de Margarita. El resto hice honor a la verdad: la reunión en su casa, el encuentro con Víctor, Antonio, María, Clara…

—¿Cuándo murió?

—Desconozco la fecha.

—¿Cómo te enteraste?

—Por Rigoberto. Acudió a mi casa y dejó una carta. No mencioné las mil cuartillas.

En la estancia colgaban decenas de fotografías, la mayoría jóvenes, de hombres y mujeres; ese tiempo parcelado, esa pugna por regresarlos, ese sótano del país, esa cavidad con los restos y los hilitos de sus hijos. También me llamó la atención la curiosa manera en que estaban ordenados los archivos. No sé, la disposición irregular era anómala, tal vez por su contenido.

Como prometí a Matías, le conté el gran secreto. Lo hice con la mayor honestidad posible. Ella sólo escuchaba y apuntaba en un cuaderno.

—¿Miles de sobrevivientes, estás seguro?

—Completamente.

El secreto de la red de sobrevivientes quedó relegado a un segundo plano. La idea de la resistencia no le pasaba por la cabeza. Era demasiado grande.

—¿Y los desaparecidos, en dónde quedan en todo esto?

—Me temo que son más los que sobreviven en silencio, en el total anonimato. Es una ecuación extraña.

No fue para nada consolador ni grato de tratar el tema. Así, no me quedó más remedio que entregarle una copia de las listas que habíamos recopilado con Matías y compañeros.

—¿Sabes dónde está enterrado?

—No sé. Rigoberto dijo que es un secreto.

Las historias que le conté se grabaron en su gesto, lo cual le confirió peso y dignidad a su vida. Tardó en rehacerse de la impresión de mi confesión. No comprendía cabalmente cómo Matías había dispuesto de ese modo reconstruir la memoria. Esa memoria dura que no tenía nada que ver con justicia transicional.

Unas amargas lágrimas brotaron de sus ojos por el desposeimiento. Se soltó el pelo, como si fuera una señal de luto. Permanecí sentado, con la cabeza ladeada. Al cabo de unos segundos me levanté y la abracé. Nada fue un error, ni sus hijos, ni las preguntas sin respuesta, ni la grandeza del silencio.

Salimos de la oficina con lo puesto: el horror, la memoria, la dignidad de la resistencia, dejábamos a nuestras espaldas a Ur.

Sentí que me había quitado un peso de encima. Para mi buena suerte, al regresar a casa hallé en el correo electrónico una nota de Susana. Me emocionó. En rigor, tenía sobrados motivos para no ver con buenos ojos su alejamiento, hermanada por la misma ceguera e imbecilidad de hombres rapaces y beligerantes. Envió unas fotos con un pie que rezaba: *esto ha sido*. No quise verlas.

Acercaba en ráfagas sus impresiones. Ríos, atrocidades, árboles que ardían por un sol maravilloso. Conmovía su capacidad de indignación. Preguntó si sabía algo de su gato, como si yo fuera su secretario particular. Tenía tesitura su pregunta; resplandores para una trama fracturada y su correlato.

«…sé que no has abandonado el libro. Debes adquirir en alguna parte la enciclopedia *Enziklopadiedades Holocaust*. Te aseguro que es la más completa».

No era fácil creer que se trababa de una nada alegre semblanza necrológica. Agregaba, líneas abajo, que el historiador alemán, Peter Longerich acababa de escribir una biografía de Himmler, el jefe de la Gestapo y de las SS. El título no poseía ningún mérito: *Heinrich Himmler*.

Merced a una mirada satírica comentó que Himmler sufría de trastornos de vinculación.

«…eso sí, creía que hay que matar con decencia. Lo peor de todo es que no eran lunáticos sino seres humanos».

Ya no quería más biografías, con la de Matías era suficiente.

Una vez finiquitados los asuntos sangrientos, retrató un futuro mejor. Aunque en tal calificativo no sabía si podía incluirme, menos si hacía planes para cuando estuviera de vuelta. De pronto, un clan familiar; seguramente no, lo más que llegaríamos, si es que regresaba, sería ahondar nuestra carnalidad. Era arriesgado lo del sentido espiritual, una convulsión más subterránea.

Para desintoxicarme de Susana recordé cuando vivía en un edificio de departamentos en el primer nivel, al lado de un lugar lleno de coreanos. En las noches percibía el olor de la moxa del acupunturista. Su casa era su clínica. No había elevadores y las escaleras disimulaban el desequilibrio de sus habitantes. Cada que podía, tocaba a su puerta para una sesión de agujas, incienso y unas increíbles infusiones de té.

Cuando abría la puerta, sus brazos colgantes me invitaban a pasar. La voz del doctor —así le gustaba que lo llamaran— era vieja, languideciendo conforme pronunciaba su mal español. Al esperarlo recostado en la camilla, me hubiera gustado desaparecer en el olvido, resbalarme hacia el pasado y despertar antes que pasara el voceador del periódico de la tarde.

Al cabo de una hora estaba como nuevo. El doctor con los brazos caídos retiraba las agujas y el alma no era un alma, sino un dolor al costado derecho y la gesticulación minúscula, errática, como si no perteneciera al cuerpo.

Pagaba la consulta y me iba tras el proceso de declinación que se reflejaba en las ventanas en el corredor a mi izquierda, donde colgaban los enigmas anteriores a la sesión y resultaban un abandono sonriendo; hastiado entraba a mi departamento y me dirigía de inmediato a la habitación; boca arriba en la cama, pensaba en el cuerpo de Piedad, en la persistencia de Matías, en la terquedad de Estela y completaba el círculo que daba impulso al mecanismo de la memoria, a sus móviles, a sus personajes, a los textos por escribir con cierta veracidad sólo y sólo sí, su efectividad no estuviera en la forma sino en el tono. Sólo tenía cuerpo para pensar y perderme en la confusión de armar heterogéneas historias. Es más, cómo entender su correlación, porque nada importaba más que pasar de la intuición a la escritura. Para ello, me entretenía con una vieja idea de Borges: si cumplía con cierto orden, obtendría el concepto del libro como un fin, no como un instrumento de un fin. Entonces, recreo a unos grandulones acechando —mientras escucho sus imprecaciones—, pestilentes, vigilándome para actuar de inmediato cuando redacte el primer párrafo, tal como fue el caso de Ovando Pérez Jácome, quien me siguió durante nueve meses, todos los días, sin descanso. Los amigos de Estela me advirtieron sobre él. Trabajaba en inteligencia. Me acostumbré a su nada discreta presencia y hasta me resultó simpático, claro, no me importaba que pensara de mí lo que quisiera. Por supuesto, suspendimos las visitas a Víctor y a La Red. Se anticipaba a todos mis movimientos, pero era burdo y torpe. Tenía un rostro con algo extraño, como una rotura por donde penetraba la desconfianza. De algún modo me recordó al policía filosófico de Chesterton y su obra *El hombre que era jueves*, quien deduce que *a partir de un libro de sonetos se va a cometer un delito*. Como tuve que suspender mis reuniones y mis viajes, me entretuve pensando que un día era un aristotélico sin remedio o un platónico muy dado a cierto patetismo.

***

El fantasma de Susana seguía rumiando en la esquina de mi habitación, para ahuyentarlo salí a caminar. Antes llamé a Manrique, lo cité en un restaurante de comida rápida. La conversación fue más bien melancólica. Informó que se emborrachó y estaba en las vísperas de algo irreparable. Lo hice reír con los cuentos de mi tío Olegario, que sabía más de transgresiones. Inclinó la cabeza y sacó hacia fuera el labio inferior, era un niño que recibía un castigo. También, un hombre viejo; dejó a un lado sus cavilaciones y regresó del hoyo de ausencia como quien acababa de despertarse al presente fluyendo hacia la alcantarilla. Le entregué dos novelas: *Nombre falso* de Piglia y *V*. de Pynchon, las vio e inmediatamente engulló el resto de comida, metió ambas en una bolsa de papel y con gestos parsimoniosos se despidió.

Regresé a mi casa. Me hubiera gustado en ese instante hacer el amor con Susana, Piedad, Isabel, América, con todas juntas y hacer gala de nuestros instintos primarios.

Llovía como nunca. Desempolvé un viejo archivo, encontré una ficha de un parte policíaco de marzo de 1967: "Novedades de carácter subversivo". Escuché las noticias: "Fuerte erupción del volcán Pacaya". Me senté en el sofá y leí el cuento *La buena conciencia* de Monterroso. Fotografía a una extravagante familia de plantas carnívoras. Sensibles a la crítica, renunciaron a sus hábitos. Decidieron convertirse en vegetarianos.

Germina una vinculación con el presente al leer las últimas líneas del cuento. Es un retrato inusualmente vigente:

…A partir de ese día se comen únicamente unos a otros y viven tranquilos, olvidados de su infame pasado.

Me asomé a la ventana, resultaba familiar ese extrañamiento. La ciudad, singular por la distancia. Sombras acentuadas por la excesiva luz de la erupción. Parecían sangrar por donde algún dolor les hubo de manchar el cuerpo en una existencia anterior.

La vida se paralizaba y la lava del volcán era un epitafio para cierta fábula: Ardía la lejanía y se dibujaban sus peores modos cuando era coronada por una lengua de fuego. Nada más oportuno que el significado en mam del volcán Tacaná: «fuego dentro de la casa». Sus habitantes recibían en sueños revelaciones sobre un holocausto, de cuyo testimonio dio fe un hombre viejo elevado sobre una piedra ennegrecida. A la vez, ascendía todo lo sucio y feo que yacía en el fondo de miradas torcidas y un árbol abriéndose a la hondura de la humedad.

Afuera, llovía arena y ceniza.

***

Temprano llamó Germán. No supo cómo justificar el disparate de despertarme a las seis de la mañana. Inventó cualquier excusa y me dijo que pasaría a verme a mediodía. Me invitó a almorzar. Tengo un libro maravilloso. *Bartleby y compañía.* Es de Enrique Vila-Matas, informó. Acepté su propuesta.

El resto de la mañana leí un texto sobre Marvin Pontiac, seudónimo de Marvin Touré, nacido en Detroit. Su padre era originario de Malí y la madre, una judía neoyorquina, ingresada años después a un psiquiátrico. Lo cierto es que Pontiac, según el que escribió dicho texto, tenía en sus discos de jazz el ADN africano. En 1963 fue arrestado en California por circular desnudo en una bicicleta. Al igual que la madre, estuvo temporadas en manicomios y sostenía que había sido secuestrado por alienígenas. Amigo cercano de Jackson Pollock, tiró a la basura los cuadros que el pintor le regaló. Murió arrollado por un bus en 1977. Su consigna era: mi pene tiene cara y le gusta ladrar a los alemanes.

Ignoraba por qué me seducía la historia de ese gran músico de jazz. Propuse a Germán que me ayudara a buscar algún disco de Pontiac. La búsqueda resultó una empresa fallida. Germán se despidió ligeramente alterado de los nervios. Después de cuatro horas, ni señales del maestro del urban blues en los almacenes de música.

El día terminó sin mayor novedad, sin embargo, el siguiente empezó con un abrupto insomnio. Leí la historia de todos los Bartlebys que Vila-Matas describe con maestría. Descubrí que Rulfo también tenía un tío, Celerino, como mi tío Olegario. Devoré sus casi doscientas páginas hasta las cinco de la madrugada.

Su lectura me dio algo de buena conciencia. No tanto como el humor de Monterroso. ¿No habría algún malévolo propósito de Germán al regalarme la obra de Vila-Matas? No me detuve a averiguarlo.

Caminé hacia el armario y saqué la biografía de mil páginas de Matías. Encendí la computadora.

Minutos después, comencé a teclear lentamente cada línea preñada de una armonía eterna. Era la fuente de la vida y un azul de pasiones que dispersaba la confusión y el aire doliente de los últimos años. Conforme avanzaba una certeza surgía: Matías jamás contaría una historia trágica, estaba fuera de lugar, los personajes —sus compañeros— sufrieron tan aterradoras experiencias que en el hecho mismo, perdieron la posibilidad de comportarse con grandeza trágica. Sólo quedaba su dignidad, una sin adjetivos, viviendo en la soledad del olvido y en la memoria de nosotros.

El Fiticón podría ser un buen título, sin el adjetivo.

Me retraje. Susana seguramente me acusaría que vivo en medio de una exquisitez absurda, falto de determinación. En otras palabras, soy una mierda para la mística. Pensé en una frase de Leopardi: *vivimos sin valores de ilusión.* Sólo los evangélicos fundamentalistas gozan de esa invasión espiritual y su entusiasmo es de antología.

Me quedé con la sentencia del poeta Vladimir Holan: *Hay ideas para las que no hay palabras.* Pero también podría optar por la sentencia de Niels Bohr: *lo contrario de una verdad no es una mentira, sino otra verdad.*

Posiblemente existan novelas para las que no haya título porque son una desmedida rareza para una historia de héroes.

Como fuere, la biografía de Matías era las notas de un método, para que algún día, en alguna parte —quizá una mañana feliz en una vida miserable—, la música del corazón nos guíe hacia el lugar donde ocurrió una guerra imperfecta y las no personas sean los bienaventurados de mañana.

CONTENIDO

EL RESTO DE NOMBRES SE AMONTONAN 11
LA GRAVE DESTREZA DEL DESTINO 47
ESTAMPAS POSMODERNAS 65
A TRAVÉS DE LAS CAUSAS 75
NO PERSONAS 91
VUELVE A FRACASAR. FRACASA MEJOR 119
IRAS DELEGADAS 135
ESO ES LO QUE MERECÍAMOS 141
LA BUENA CONCIENCIA 147

La edición de *Fiticón* se terminó de
imprimir en los talleres de Magna
Terra editores en febrero de 2016. El
tiro, sobre bond beige de 80 gramos.

NOVEDADES EDITORIALES

Relatos verdes en escala de gris
Pablo Sigüenza Ramírez
Cuentos

Contranatura
Edmundo Urrutia
Cuentos

Sin señal de perdón
Gloria Hernández
Cuentos

En la libertad de nuestros días
Anaís de la Roca
Novela

Yo soy pasión
Begoña Bravo
Poesía

Ecos de un teatro vacío
Anita Aparicio
Historia

La Sagrada Familia
Gloria Hernández
Poesía

El espacio que recorre un grito
Elmer Telón
Poesía

MAGNA TERRA
CENTROAMÉRICA

Fiticón es el retrato de aquellos dolores después. También, la historia de una guerra imperfecta, donde morir o sobrevivir fue la moneda de curso común. Irónica, cínica por momentos, esta novela describe la resistencia del pueblo guatemalteco ante los demonios de la intolerancia. A su vez, da cuenta del surgimiento de una sociedad posdictaduras, donde la corrección política impuso su fragmentariedad temática y discursiva. Asimismo, desde el título, se adivina la insurrección de la imaginación, la palabra, en sí misma, es un desacato a la realidad. "Fiticón" es un juego, un término inventado que no necesita ser comprendido, basta su formulación distópica y atisbar en esa febril búsqueda ontológica de la existencia, un mundo brusco e incongruente, para concluir que, a pesar de que las cosas salieron decididamente mal, el peor escarnio es la férrea voluntad de recordar. Sus personajes oscilan entre el desencanto y el imperio de la memoria, entre la duda y la esperanza. El humor se abre paso, no importan las múltiples relaciones amorosas, el desasosiego, los desencuentros, las miserias y grandezas. Aquí, la terquedad de quienes, desde sus infiernitos, creyeron más allá de su propia voluntad.

ISBN: 978-9929-651-38-8
9 789929 651388